



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

Prof. JUAN E. PIVEL DEVOTO
Ministro de Instrucción Pública

MARÍA JULIA ARDAO
Directora Interina del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C. GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 55

CARLOS ROXLO
SELECCION DE POESIAS

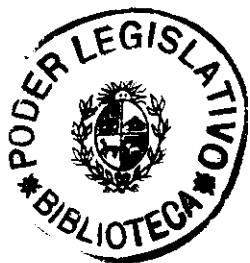
Preparación del texto a cargo de
JOSÉ PEDRO BARRÁN y BENJAMÍN NAHUM

CARLOS ROXLO

SELECCION
DE POESIAS

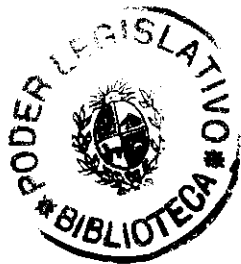
Prólogo de
EUSTAQUIO TOME

155933



MONTEVIDEO
1964

U
2.1.3



PROLOGO

1. Tres eran los escritores que en el último cuarto del siglo XIX y los cuatro primeros lustros del actual, podían considerarse como los verdaderos representantes de la poesía en el Uruguay. Las preferencias de los lectores y de la crítica se dividían, casi por igual, entre ellos, aunque ahora nos parezca, y muy mucho equivocada la uniforme valoración. Juan Zorrilla de San Martín, cuyo estro culminara en la *Leyenda Patria* de 1879 con sus ampliaciones posteriores y en la primera lección de *Tabaré* (1886) plegó las alas de la inspiración al nacer el avasallante movimiento modernista comenzó a primar en el campo de las letras hispanas y rioplatenses. El más egregio representante de ese movimiento en nuestra Patria, Julio Herrera y Reissig murió el año 1910 cuando contaba solamente treinta y cinco años de edad y su obra extraordinaria y magistral podría haberlo consagrado, como el indiscutible máximo poeta uruguayo, si la Providencia no hubiera interrumpido tan pronto el hilo de su vida. Del tercero de los grandes inspirados, vamos a ocuparnos, con cierta detención, en los párrafos siguientes y que sirven de prólogo a una selección de su extensa obra en verso.

Hubo un tiempo en que los jóvenes de nuestra generación no ocultábamos nuestra simpatía por los versos de Carlos Roxlo, de la misma manera que el pueblo, perteneciera o no al partido político del autor,

tenía en la memoria sus más inspiradas estrofas o sus composiciones de oportunidad en las cuales el verdadero estro rara vez estuvo ausente.

El correr de los años, las modificaciones de los distintos ambientes, la transformación del gusto artístico y otros factores de análogo alcance redujeron, en nosotros, el fervor admirativo de aquellas alejadas horas, si bien una revisión de los valores históricos ha venido a demostrarnos que la aludida posición espiritual era justa y explicable, y que estábamos, aún con el criterio actual, más cerca de la verdad que la desaprensiva estimación de los modernos aristarcos.

2. Nació Carlos Felis Roxlo en Montevideo el 12 de marzo de 1861. La partida del bautismo, efectuado en la Iglesia Matriz (actual Catedral Metropolitana) el 19 de mayo del mismo año, nos dice el nombre de sus padres y abuelos José Roxlo y Carmen Miralles Felis Roxlo y Dolores Sessa; Domingo Víctor Miralles y Manuela Jusique.¹ Con mucha mayor elocuencia que el escueto documento las palabras del bautizado informarán, en plena Cámara de Representantes, de la nacionalidad de sus mayores; “nacido en un hogar de genuina cepa española, educado en medio de honradísimas ideas anticuadas y siendo algo romántico por naturaleza...”²

En la misma oportunidad parlamentaria el inspirado legislador dijo; “Mi padre que había leído miles de libros, me educó para las ideas; pero mi madre me educó para el sentimiento, puso las simientes de la flor de la ternura en el vaso de mi corazón, y mi

1 Libro 31 de Bautismos. Folio 47.

2 “Frente al divorcio”, pág. 12.

madre es una viejecita que reza y que cose, una esposa cristiana que espera que la muerte volverá a juntarla con el único compañero de su juventud, que fue el único compañero de su ancianidad”.³

El futuro poeta, si se descarta, la buena educación familiar, sólo contó para ilustrarse con las Escuelas Públicas anteriores a la reforma de Latorre y Varela, porque como él mismo lo dijo; “El hogar de mis padres era un hogar humilde: no era humilde por el origen, sino por los vaivenes de la fortuna. Los miembros de aquel hogar hemos conocido la escasez y el dolor, con todas las tempestades que la escasez y el dolor engendra”.⁴

Ni el dolor, ni la escasez impidieron que el núcleo familiar, apoyado por la discreta enseñanza de la época, detuviera las inclinaciones literarias del escolar que en 1878 sorprenderá a Magariños Cervantes con su lírico homenaje “A la memoria del poeta Adolfo Berro” que le mereció los honores de su inserción en el volumen — verdadero jalón en el estudio de nuestras letras — “Páginas Uruguayas. Tomo I. Album de Poesías”. Y no crea el lector que se trataba de la creación aislada de un numen juvenil, porque el mismo año (1878) de la aparición de la valiosa antología, Carlos Roxlo publicaba *Veladas Poéticas*, su primer libro, donde, en diversos metros, canta temas, por lo general sentimentales, con indudable corrección formal y un tenue destello de originalidad.

3. Debió mejorar y mucho la situación económica de los familiares del poeta, porque éste pudo trasla-

³ Id., id., pág. id.

⁴ Id., id., pág. 14.

darse a España para continuar sus estudios. Allí lo sorprendió la noticia de los incidentes suscitados a raíz del resonante proceso de los italianos Volpi y Patrone el año 1882.

De la patriótica actitud asumida en tierra extraña, por varios uruguayos informa esta honrosa página de la actividad parlamentaria de Roxlo.

En la sesión del 19 de marzo de 1907 de la Cámara de Representantes, dijo nuestro autor; "Me encontraba yo estudiando en la Universidad de Barcelona. Era en los tiempos del gobierno del general Santos. Tres orientales únicamente estaban en aquella universidad; el doctor Juan López Aguerre, que actualmente ejerce su profesión de médico en Tacuarembó; el señor Julio Enamorado, ingeniero cuyo nombre ha circulado por las ciudades de Cuba, en virtud de su preparación y en virtud de sus trabajos de carácter público; y yo, el humildísimo diputado que, sin saber por qué, ha entrado sin mérito alguno y sin ningún prestigio, a esta Honorable Cámara, — y juntos supimos por el diario *La Razón* de Montevideo, y por otros diarios, los incidentes habidos alrededor de los súbditos italianos Volpi y Patrone. Supimos algo más — lo que saben todos los señores diputados: la reclamación de las autoridades italianas y los cañonazos tirados en saludo de su bandera!"

"Pues bien, señor presidente: yo, que no fui santista, yo, que estaba lejos del país, y aquellos compañeros, que no teníamos pasiones políticas allá a la distancia, donde se siente la nostalgia del pago, estábamos con Santos y no estábamos con los partidarios de Volpi y Patrone!"

“Era el sentimiento de la patria, el amor a la enseñanza!”⁵

En España no cursó el escritor carrera liberal alguna, por lo menos en su académica integridad, pero aprendió no poco y no le fueron esquivas ninguna de las disciplinas literarias y humanísticas.

A raíz de su regreso a la terrena natal vio impreso su segundo libro de versos titulado *Estrellas Fugaces* con un prólogo consagradorio del distinguido literato español Don Manuel del Palacio que representaba su Patria ante el Gobierno Oriental. “El señor Roxlo, dice el prologuista, es un poeta principiante, pero que principia siendo poeta”, y termina con este juicio que, palabras más o palabras menos, cabe aplicar a toda la obra posterior del prologo.

“Poeta de pocos años, escribía en 1885, el señor Roxlo rinde tributo en estas páginas a todos los ideales del siglo: se identifica con sus alegrías y sus tristezas: siente como él la nostalgia de la duda, y como él pide consuelos al amor sin que le abandone un punto la esperanza.”

4. Continuó el vuelo ascendente y, en *Fuegos Fatuos*, aparecido dos años después, halló cabida entre otras producciones de menor resonancia el poema *Andresillo*. Este poema consagró definitivamente al autor, al respecto dijimos, en nuestra Conferencia, mal titulada “los Líricos”, en el ciclo del Centenario de la Jura de la Constitución; “poema lleno de emoción y simpatía por los humildes, “Andresillo”, según lo expresa con acierto el Dr. Nin y Silva, es drama lírico *vivido*; es la poesía realista de Coppée, en Francia, de Ferrari,

⁵ “El sitio de Montevideo y la guerra del Paraguay”.
Pág. 19.

en España, trasladada a nuestro medio. Roxlo poseía el corazón y el arte necesarios para sentir y expresar los problemas sociales. El canillita, mártir de su generosidad, el héroe humilde y desconocido, golpeó en el alma del poeta, y éste narró su historia en sencillos versos. Roxlo que era un visionario, un imaginativo, rara vez describe con acierto: sus pinturas son idealizaciones, trasuntos de sueños coloreados, pero aquí, en *Andresillo*, supo ver y reflejar la ciudad fría, inhumana, egoísta, y trazó la silueta “de un condenado — de que el Dante no habla”. Las lágrimas se transformaron en ritmos, y el poema fue; los niños lo repiten y sus palabras tienen más elocuencia que todos los programas políticos y sociológicos juntos. Mientras vague el canillita por nuestras calles, y la vida sea cruel con los desheredados de la fortuna, el poema que analizamos será siempre recordado y su recuerdo inspirará más de una acción generosa.

¡Con cuánta razón Blixen exclamaba entusiasmado: “¡Paso a la poesía nacional que se levanta! ¡paso a nuestro poeta nacional que se revela!” Y éste seguirá, en medio del aplauso y de la admiración colectivas, cantando los más dolorosos problemas sociales y manteniendo la nota lacrimosa, elegíaca que oiremos resonar al máximo en *Por los caídos* y en *El beso errante*.

5. Otro de los sentimientos dominantes en la producción del autor fue, sin duda alguna, el amor a la tierra nativa. Séanos permitido anticipar, antes de referirnos a sus inspiradísimos cantos patrióticos, las palabras del legislador pronunciadas en octubre de 1905. Dicen así: “El sentimiento del patriotismo se parece a aquel vaso de cristal finísimo de que habla

Sully-Prudhomme: basta que el soplo del aire de un abanico haga en él la menor hendidura, para que se escape toda el agua”.

En el mismo discurso parlamentario el digno representante agregaba: “¡Las patrias se parecen a la madre salomónica; las patrias quieren al hombre, al hijo, al ciudadano entero para sí, en su inteligencia, en su corazón y en su culto a la gloria heredada!”

El Libro de la Patria publicado el año 1891 en Buenos Aires acredita en la sinceridad de sus bordones la sinceridad del parlamentario y la concordancia de sus expresiones de 1905 con sus expresiones poéticas de quince años atrás. En ese volumen se inserta *Las dos invasiones*, la más difundida, la más inspirada y, sin duda, la de más altos valores dentro de la obra lírica del autor.

A la par de la *Leyenda Patria*, *Las dos invasiones* se convirtió en la oración ineludible de las grandes ceremonias patrióticas, de las recitaciones escolares, en Biblia cívica, para brindarnos oportunas citas y, demás está decirlo, tuvo siempre lugar preferente en todas las antologías y selecciones.

Posterior a la obra de Zorrilla de San Martín, inspirada en las mismas fuentes históricas, con la coincidencia admirativa respecto a los maestros hispanos, el poema de Roxlo tiene varios “contactos” con el poema del ya consagrado maestro de *Tabaré*. No es posible hablar de imitaciones, a lo sumo de coincidencias explicables por las apuntadas circunstancias, y sin hacer comparaciones, improcedentes en el campo de las letras, podemos arribar a la conclusión de que el valor de ambas es equivalente y que el significado de las mismas sólo difiere por el transcurso del tiempo que medió entre ambas.

El plan de *Las dos invasiones* es menos oratorio —conste que para nosotros ello no es un mérito, ni un demérito porque entendemos con Coll y Vehí “la elocuencia como la poesía, penetra sin excepción en todas las regiones del pensamiento” —, su inspiración es de origen doloroso, ¡Musa de las patrióticas tristezas!; sus descripciones poseen mayor colorido revelando la influencia de Salvador Rueda y los suyos: la versificación es extraordinaria sonoridad, quizás por la preferencia en la total rima aconsonantada, sin dejar versos libre o blanco alguno, frecuentes en las silvas del último tercio del siglo XIX y albores del XX; las imágenes y demás figuras de dicción aparecidas con mayor frecuencia tienden a perdurar en el espíritu del lector y del oyente por su alcance y oportuno empleo. En ese sentido los versos de Roxlo han envejecido menos que los de Zorrilla de San Martín.

Como en la *Leyenda Patria* nos lastiman una sola mención, casi incidental, de Artigas; el olvido de Rincón y otros episodios superiores en orientalidad a la jornada del Cerrito, el olvido de la etapa final de la contienda de nuestra independencia, en contraste con Ituzaingó para quien desgrana el poeta el rosario de sus elogios sobremanera entusiasta sin reparar que esa jornada solamente en parte es gloria nuestra (Lavalleja, Oribe, Garzón!), y que la no llegada de Benito Manuel al campo de batalla influyó en el resultado adverso a las armas imperiales.⁶ Colocándonos en ese terreno, escribíamos en 1930, y repetimos, sin alterar en lo más mínimo el concepto entonces vertido, a cerca de siete lustros de distancia: “¡Lástima grande que el cantor de La Agraciada y Sarandí no

6 “La pseudo-Historia para el Delfín”, págs. 103 y 104.

hubiera también ido a inspirarse en el vencedor de Guayabo y cruzado de las Misiones, en Rivera, genial y soñador, que a los cien (en esta hora son ciento treinta y cuatro!) años de la Patria que libertó, aún espera la estatua y el poeta con los cuales el pueblo uruguayo debe honrar su memoria".⁷

Años después, en las notas a un apasionado debate político, el parlamentario, que se califica a sí mismo de "una enorme sinceridad que pasa", rinde homenaje de admiración al primer Presidente Constitucional de la República con estas sinceras palabras: "a pesar de lo levantisco de su carácter, de lo ruinoso de su labor administrativa y de su alianza con la intervención gala, el general Rivera es y será siempre para el patriotismo, el glorioso soldado de Guayabos y el audaz invasor de las Misiones".⁸

6. Un poema *Frutos* y seis composiciones reunidas bajo el título de *Acordes* corresponden al año 1893 y aparecen en un tomito impreso en Buenos Aires en 1895, sin aumentar el renombre del poeta, pero confirmando el concepto que había merecido el conjunto de su ya extensa obra. Por ello, al año siguiente, Juan Francisco Piquet que oficiaba de crítico consagrante de reputaciones proclamaba: "la flexibilidad de su estilo poético es una de las condiciones que más lo caracterizan y realzan"; "en él la imitación nunca degenera en remedo servil, porque siempre encuentra medio de manifestar su vigorosa personalidad"; "revela un corazón inflamado por el sacro fuego del patriotismo, un espíritu adecuado para llevar la voz del

⁷ Comisión Nacional del Centenario. "Conferencias Literarias. Los Líricos", pág. 10.

⁸ "El sitio de Montevideo y la Guerra del Paraguay". Nota 7, pág. 87.

sentimiento colectivo de un pueblo en la interpretación de sus tradiciones y de sus glorias”.

Añade Piquet que “Roxlo posee los méritos de una vasta cultura literaria, que más de una vez ha tenido ocasión de comprobar”,⁹ y, sin duda, para corroborar la afirmación del panegirista, a mediados de 1898 da a la publicidad un verdadero manual de civismo denominado *La Equidad en el Voto* desbordante de buena doctrina y aún en nuestros alejados días tiene actualidad.

7. La ciudad de San José inauguró el mes de agosto del año 1898, la estatua de Artigas, primera de todas en el orden de los tiempos, primera de una serie en la que abundan sus réplicas a inspiración y obra del gran poeta amigo General Edgardo Ubaldo Genta, primera por su origen artístico genuinamente nacional y, primera, también, para el sentimiento patriótico que la sabe erigida por el pueblo y animada por las más puras tradiciones.

La reacción poética, que despertó el histórico acontecimiento no correspondió a la trascendencia y a la justicia del mismo: desde ese punto de vista la erección del monumento a la declaratoria de la Florida tuvo mayor resonancia en el mundo de las letras. Quedó, eso sí, incrustado, en la figura de Blanes y en el azteca pedestal de Montaigne, un fermento espiritual de incalculables proyecciones.

Roxlo quiso asociarse a la gran fiesta del patriotismo, y compuso su *Artigas*, con una introducción magnífica, con pasajes de gran inspiración, con imágenes y versos felices, pero sin llegar a la armonía

9 “Perfiles Literarios”, págs. 11 a 113.

y a la concentración poética de *Las dos invasiones*. Islotes de prosaísmo, conceptos demasiado vulgares privan al canto de la corrección estatuaría requerida por las circunstancias que le daban nacimiento.

La técnica expresiva del sentir en sí, es inobservable y cubre los vacíos de la inspiración y el parcial prosaísmo del estilo. Lo mismo, exactamente lo mismo, le sucederá al poeta en *El Aguila*, el externo poema que halló cabida en *Flores de Ceibo*, el elegante libro impreso en 1910.

De ambas producciones cabe decirse lo mismo que de ciertas obras de la literatura universal: de lectura difícil en su integridad poseen pasajes de subido valor, a veces inhallables en obras de correcta ejecución.

Roxlo, o sus amigos y admiradores, tuvieron la feliz idea de imprimir fragmentos del poema en postales que alcanzaron gran difusión y que, lamentablemente, no hemos podido encontrar en esta hora jubilosa del bicentenario del nacimiento de Artigas.

Que el canto, con sus irregularidades, llegó al alma del pueblo lo demuestra, de manera ilevante, el hecho de que en un gran homenaje al Fundador de la Nacionalidad Oriental, organizado por la Asociación de Estudiantes el año 1905, el poeta declamó su Canto al héroe en un ambiente de entusiasmo indescriptible.¹⁰

8. Para las letras nacionales la cifra de 1900 está señalada por la publicación de páginas no superadas en el medio siglo que le sigue.

Con *Ariel*, Rodó se consagra estilista pensador y con vislumbre de sociólogo, su nombre y su obra se difunden por toda América.

¹⁰ "Evolución". Año I, N° 1, octubre del 1905, pág. 63. "Bibliografía de Artigas", por María Julia Ardao y Aurora Capillas de Castellanos, tomo I, ficha 196, pág. 582.

Diversos capítulos de *Hortus Conclusus* de Zorrilla de San Martín nos familiarizan con la prosa poética de escaso cultivo en la tierra uruguaya, pero que culminara en los años 1910 y 1916 enmarcada en las conferencias de la *Epopeya de Artigas*.

Unimos en la evocación de los dos libros, *Ariel* y *Hortus Conclusus*, de tan distintos orígenes, popularidad y nombradía, la de *Plenilunio* insertada por Julio Herrera y Reissig en el número de *La Revista* correspondiente al 25 de junio de ese auroral año del 900. Creemos y nos consta que varios críticos y admiradores del autor discrepan con nuestra opinión, de que *Plenilunio* es una de las significativas adhesiones de Julio Herrera y Reissig al movimiento modernista, su primera y franca afiliación al impulso renovador que ha de encarnar, en el Uruguay, con el aporte de su obra íntegra el gran lírico de *Los Peregrinos de Piedra*.

¿Qué reservaba para Carlos Roxlo el inquietante nuevo siglo? Por de pronto la publicación de dos nuevos volúmenes de versos *Armonías Crepusculares* y *Soledades*, ediciones definitivas ambas, según el decir de sus carátulas.

Soledades motiva una conferencia gongorina de Guzmán Papini desde la tribuna del Club *Vida Nueva*, institución que luego la imprime salvándola del olvido. Papini que es un cultor del colorido y la sonoridad, siguiendo al español Salvador Rueda, se entusiasma con esas faces frecuentes en la obra de nuestro autor sin olvidar las que llama “estrofas republicanas” y la poesía amatoria “abundantemente representada en el libro”.

“Roxlo, escribe el fogoso crítico, es un inspirado poeta de la libertad. Cuando la tiranía puebla de som-

bras al alma nacional, él canta con una angustia batalladora, con tristeza varonil, y su lirismo adquiere la solemnidad de una elocuencia sagrada".¹¹

Con el mismo tono se refiere a temas bien distantes de la Patria y de las virtudes ciudadanas, como *Indra* que inspira a Papini incendiario comento que cierra con la volcánica y a la vez ciceroniana frase: "Ese flechero del relámpago, ese patriarca hereditario de las tribus primitivas que hormiguearon en las vecindades del Himalaya, ha inspirado a Roxlo diez y seis octavas italianas que son, como hubiese dicho un estilista ya citado en el curso de esta conferencia (Teófilo Gauthier), pasaje de una "Iliada de los aires", porque en ellas el poeta canta las luchas del dios védico contra las cumbres sublevadas en una insurrección de fuegos perturbadores de la serafinidad gloriosa del asoleado cielo".¹²

Al margen de la hipérbole transcrita, sino por su contenido crítico, como demostración del entusiasmo despertado por las poesías de Roxlo en espíritus cultos y comprensivos, debemos recordar que el propio Papini y Zás denominó a los "pequeños poemas" amatorios, incluidos en *Soledades*, "doloras amplificadas", y dijo que su fecundidad lírica jamás lo llevó a la imitación servil y que su "eclecticismo literario" explica desde su acercamiento a los broncez clásicos hasta sus "entradas anormales" en los talleres del modernismo.

No dejó Papini en el olvido la musa amatoria que brilla en *Soledades*, y con lucida intermitencia en los otros libros de nuestro autor. A su respecto, repetimos sin limitación de orden alguno, nuestros conceptos de

¹¹ "Soledades", por Carlos Roxlo. Conferencia de Guzmán Papini. Bibliotecas del Club Vida Nueva. Pág. 7.

¹² Id., id., pág. 28.

1930: "Sus cantos de amor son numerosos, y parece que lo fueron sus inspiradoras. Hay en ellos de todo: las eternas verdades de todos los cariños, que a fuerza de repeticiones se convierten en tonterías, pero dentro de la originalidad que la tendencia del autor permitía, existen estrofas desbordantes de poesía: *En plena dicha, A solas, Imer bei Dier, ¿Por qué?*, etc., son la genuina expresión de los amores del poeta, y de todos los amores al nacer el siglo XX".¹³

9. Libros no muy voluminosos, folletos, hojas sueltas, versos publicados en revistas, de excelsa perdurabilidad y en la prensa diaria de frágiles conservación y recuerdo proclamaban, una extraordinaria incontentada fecundidad en el autor, pero la época, disciplinada en sus principales manifestaciones intelectivas, requería la concentración de las obras dispersas, afirmando con discretas selecciones el dictamen consagratorio de la crítica y de las multitudes.

Así lo comprendió el inspirado lírico y confió a la imprenta dos verdaderos legítimos florilegios de su obra: son *Cantos de la tierra*, cuya primera edición data de 1902 y la segunda de 1914 y *Luces y Sombras* que cuenta con tres, 1905, 1911 y 1919. Cuando ocurrió el lamentado deceso del autor las dos selecciones estaban totalmente agotadas y la evolución en el gusto de los lectores tornaban poco lucrativas para el editor, nuevas ediciones.

Bien elegidos los temas patrióticos, reducida a justos límites la pintura de la naturaleza y contenida la sensibilidad en las composiciones amatorias, *Cantos de la tierra*, tiene el doble indiscutido mérito de re-

¹³ Conferencia citada, pág. 13.

flejar el estado de ánimo del poeta y reproducir, en firmes y variados cuadros, el panorama del Parnaso uruguayo en el final del siglo que moría y los albores del que auspiciosamente comenzaba.

10. *Luces y sombras* alcanzó a tres ediciones: en 1905; en 1911 y en 1919. Sería posible hubiera una exitosa cuarta edición sin que obstase a la misma las transformaciones del gusto y la difusión de obras muy distintas en todos los aspectos.

El título hugoniano dado a la selección está de acuerdo con su contenido. Priman las tonalidades románticas puestas de manifiesto en *Soledades*, de las cuales se han elegido páginas selectas que, acompañan, en el mismo plano de espontaneidad y corrección formal las otras composiciones del tomo.

Cierra este mismo, ¡gran acierto de Roxlo!, los dolientes alejandrinos de *Por los Caídos*, una intensa elegía con alcance nunca logrado en el Parnaso Oriental. Roxlo que había sufrido la última gesta revolucionaria, de la cual deja testimonio entre histórico y poético en su libro *El Uruguay en 1904*, es imparcial en sus juicios y temperado en sus pasiones políticas, Roxlo ha sido quizá el único de nuestros inspirados escritores que ha sabido llorar los desastres de las guerras civiles; el bardo de los viriles anatemas contra Santos, se sobrecoge frente al horror fratricida y llora en versos armoniosos, impecables.

Mientras dure el recuerdo de las inevitables contiendas entre orientales, los postreros versos de *Luces y Sombras* sobrevivirán por ser el libérrimo exponente del luto de las madres, del luto nacional.

11. Tiene el *Libro de las Rimas* dos ediciones. La primera data de 1908, y la segunda aumentada de

1918. Impreso con menor lujo, distribuido por una editorial de inclinaciones populares, el *Libro de las Rimas* llegó con facilidad al alma del pueblo.

El autor pareció presentir ese destino y amplió el campo de su inspiración, y cantó con más acentuada libertad. La copla, de forma castiza, la leyenda breve y plena de sentimiento, los episodios patrióticos basados en la tradición antes que en la historia, problemas filosóficos y morales y versos de cuño partidario alternan en este volumen sin que la variedad de asuntos amengüe la riqueza de la inspiración que sólo en contadas ocasiones recae en tanto que en otras se remonta a las cumbres escaladas en los vibrantes poemas anteriores.

12. Distinta resonancia correspondió a *Flores de Ceibo*, lujosa edición de extensos poemas, aparecida el año 1910. No era la musa de Roxlo propicia a exposiciones que requerían una inspiración sostenida, como ya lo comprobamos en el canto a *Artigas* de 1898. Así es que en *El Aguila* a versos, seguidos de fragmentos excelentes, en el fondo y en la forma, nos inunda el prosaísmo del pasaje o pasajes siguientes.

La versificación se mantiene correcta y múltiple porque el autor, distinto en ese importante detalle de otros escritores contemporáneos, revela un notable dominio de la métrica y una riqueza de léxico poco encontrada en el ambiente rioplatense: sólo prescinde del verso libre que considera "prosa mal hecha".¹⁴

Flores de Ceibo, en síntesis, mantuvo el renombre del poeta, sin acrecentar su prestigio de tal y casi indicando el fin, por culminación, de su obra en verso.

¹⁴ "Historia Crítica de la Literatura Uruguaya". Tomo I, pág. 361.

Un acontecimiento de índole política impuso un viraje en las actividades de Carlos Roxlo. El partido al cual pertenecía acordó imponer la renuncia de los legisladores del credo y la abstención en los comicios a realizarse en 1910. El poeta quedó, a raíz de esos gestos, privado de una labor remunerada capaz de permitirle afrontar las necesidades de la vida diaria, pues el periodismo, que antaño cultivara y esporádicamente siguiera no permitía apreciable aporte económicos a sus abnegados cultores.

Ni siquiera el notable proyecto que conjuntamente con el Dr. Luis Alberto de Herrera presentara en 1905 a la Cámara de Representantes sobre accidentes de trabajo y trabajo de niños y mujeres, único antecedente nacional de la moderna legislación — inclusive del adelantado Código del Niño — que hoy nos rige —, movió a los poderes públicos para contemplar la situación de quien era una indiscutible gloria nacional. Se dijo que con el libro de crítica histórica y literaria *Los poetas del Renacimiento* (merece el calificativo de excelente la extensa parte que analiza el teatro de Shakespeare con escogidas transcripciones del original y fieles traslados a nuestro idioma p. ej. del monólogo de Hamlet) había pretendido el antiguo catedrático recuperar el abandonado sitio, más las autoridades universitarias, que distribuían prebendas a quien querían favorecer, no atendieron las justas pretensiones del maestro y le dejaron emprender el camino del destierro.

13. Desde la ciudad de La Plata fueron enviados a las prensas montevideanas los siete volúmenes de la *Historia Crítica de la Literatura Uruguaya*. Obra irregular, desde cualquier punto de vista que se la consi-

dere, encierra aciertos irrefutables, traza retratos y siluetas de meritoria exactitud, traslada al lector a épocas y regiones separadas del Uruguay por abismos del tiempo, del medio y del sentimiento y refleja polémicas del pasado, censura el presente y clama por un luminoso porvenir.

Principiada en 1911 la extensa Historia es concluida, bajo la presión de los editores el año 1916. Con su publicación se salvaron del olvido y se difundieron de nuevo páginas valiosas de las letras uruguayas, se hizo justicia a valores desconocidos y se consiguió que conocimientos ajenos a nuestro ambiente se incorporaran al modesto acervo cultural. Descartada la hojarasca que no es mucha, apreciando lo propio como propio y estimando lo ajeno como ajeno, los siete tomos, huracán de historia, de crítica, de poesía, de información literaria y social lejos de dañar a las almas sembró en ellas gérmenes que fructificaron posteriormente y mucho dijeron de su utilidad.

En la misma tierra argentina, Roxlo escribió el volumen titulado *El País del Trébol*. Su valía es tan alta que en la revista *Mundial* que Ruben Darío publicaba en París se dio cabida al más franco elogio de la obra uruguaya, alejada del movimiento modernista animador de la revista. Para nosotros este "precioso" tomito conocido el año 1913, señala el final de la ascensión poética de Roxlo, la clausura de su obra lírica y la última constancia de su ingreso, por derecho propio, al Parnaso Oriental.

Dos sentimientos, ausentes por lógica en los libros anteriores del autor, se manifiestan en los principales poemas de *El País del Trébol*: uno es el sentimiento de nostalgia por el terruño abandonado, el otro el sentimiento del dolor producido por la muerte de la ma-

dre. Elocuente demostración del primero la tenemos en la poesía que afirmaba no cantar nunca más los paisajes nativos y del segundo *El beso errante*, de alejada inspiración becqueriana e impregnado de un profundo dolor que coloca sus ritmos en la primera línea de la inspiración elegíaca en habla castellana.

Acompañaban a las expresiones de los dos sentimientos destacados, felices temas amorios, inquietudes filosóficas y acendradas notas de americanismo y orientalidad, cuyo ropaje estilístico se hermana con la *Musa de las patrióticas tristezas* dominante en los capítulos de original sensibilidad.

14. Un vuelco en la política uruguaya o mejor dicho una reforma de las instituciones volvió al forzado emigrante a los campos y ciudades del nunca olvidado solar nativo.

La inspiración no acompañó al espíritu y al cuerpo en su retorno a la tierra uruguaya: el ángel había plegado sus alas y continuaba viviendo de recuerdos. En el romance *José Robles*, data del 1916 y fue escrito allende el Plata, era visible el agotamiento del numen y no aparecía, ni aparecieron después, indicios de un promisorio resurgir.

Algo parecido cabe afirmarse en lo que dice relación con su actividad parlamentaria: si se exceptúa su mesurada defensa de la absoluta neutralidad uruguaya cuando la primera guerra europea, y aquella ruptura de relaciones decretada o impuesta, "sin un agravio que vindicar, ni ninguna ofensa directa que reprimir".¹⁵ Volvió, en esa oportunidad, a resonar la an-

¹⁵ Palabras del mensaje del Poder Ejecutivo a la Asamblea General (octubre de 1917) solicitando autorización para romper las relaciones diplomáticas y comerciales con el Imperio Alemán.

tigua elocuencia del representante de la ciudadanía y a brillar, por intervalos, el lirismo de las olvidadas cláusulas de sus mejores discursos.

La prensa en una que otra ocasión, los anales parlamentarios, de vez en cuando, las intervenciones en asambleas políticas, nos dicen que restan vestigios del fuego sagrado en el espíritu superior que continuaba sirviendo a la República en la segunda etapa de su vida institucional.

15. El teatro con el atractivo del prestigio escénico y, porqué no decirlo, con el inmediato provecho económico exiguo. Ambos factores movieron a nuestro autor, durante su estadía en la Argentina, a tentar fortuna en el escenario.

Poco valen las obras teatrales de Roxlo, correctamente escritas todas ellas, con trozos líricos interrumpiendo la acción y de diálogos bastante fluídos sin sobresalir por su expresividad.

La Huelga, con visos sociales y *La Sombra*¹⁶ de cuidado lirismo a ratos son, dentro de la innegable medianía, las creaciones teatrales que algo significan en la fecunda labor del poeta y del prosista.

Un año antes de su muerte *Jorge Sand* y *La novela de costumbres*, intentó hacer revivir la prestigiosa cri-

¹⁶ La primera tentativa teatral de Carlos Roxlo data del año 1878, fecha de la publicación de *Ilusiones Perdidas*.

La Huelga y otros cuatro dramas en dos actos — *El murmullo del Río*, *La Pantera de Java*, *La Fiesta de los Mitotes* y *La Flor de Oro* — se imprimieron el año 1915 en un esmerado volumen debido a los consecuentes editores Barreiro y Cia.

Si agregamos a estas poco significativas tentativas dramáticas, los *Bocetos*, narraciones fantásticas publicadas en 1879, una sentida y documentada conferencia sobre "*Los 33 Orientales*", del año 1902 y el volumen titulado *Glorias de América*, impreso en homenaje al centenario de la independencia (sic) por una popular casa editora europea, y alguno que otro folleto y hoja suelta de propaganda política, creemos tener completa la lista de la producción del autor.

tica literaria - social de lustros atrás. El tema no estuvo bien elegido: la famosa novelista francesa yacía en el olvido y contaba con un número reducido de lectores. El esfuerzo uruguayo por llamar la atención sobre la olvidada escritora se perdió en el vacío y hoy nadie lo recuerda, si exceptuamos a los estudiosos de la obra de Roxlo, donde, sin embargo, es mínimo e insignificante el lugar que ocupa el mencionado ensayo.

16. Corría el mes de noviembre de 1926. Junto a una tumba recién abierta, el Dr. Gustavo Gallinal daba término a su fúnebre oratoria con éstas precisas palabras:

“No cometamos, en esta suprema hora, la injusticia de compadecerlo por los dolores de su vida. Llevó en sí una potencia idealizadora, lámpara prodigiosa que transforma toda realidad, el más envidiable don que haya concedido a los hombres. En todo, poeta, no fue para él la vida una brega egoísta, sino una noble justa de ideales. Si se ha ido trágicamente, y éste es el recuerdo único de amargura inconsolable que nos deja, su espíritu estará siempre presente entre nosotros, estimulándonos para la conquista del bien, de la justicia y de la belleza. En nombre de la Cámara de Diputados rindo homenaje a su personalidad ilustre de legislador, de poeta, de tribuno, de ciudadano”.¹⁷

El homenaje oficial era exiguo y contrastaba con los honores tributados a personajes distantes, en cualquier proyección, del inspirado cantor de *Artigas*, de *Andresillo*, de *Luces y Sombras*, de *El País del Trébol*. Faltó a la cita final el pueblo, transformado en cúmulo

¹⁷ “Letras uruguayas”, pág. 159.

de electores, de futuros burócratas, de incomprensibles partidarios de las manifestaciones deportivas.

“Yo amo al pueblo, clamaba en la Cámara de Representantes allá por 1905. — Ha sido mi conciencia durante cuatro lustros. — He vivido para él, desde que escribí mi primera página en verso. — Amo al pueblo, con todas sus flaquezas, con todos sus dolores, y quiero que me ame como la gran familia francesa amó a Lamartine y amó a Beranger”.¹⁸

El pueblo, convertido en otro pueblo por la evolución de las instituciones y de los hombres, ha sido ingrato con el poeta y no le fueron en zaga, sus hermanos en las letras y los poderes públicos pródigos, algunas veces, en desusados homenajes a medianías o a valores pertenecientes a literaturas extranjeras.

Cuando las conferencias del Centenario de la Constitución el nombre de Carlos Roxlo se incluyó junto con otros cinco escritores, de distinto valor y significado, en la disertación recordatoria arriba citada y que obtuvimos el derecho de reducirla a sólo dos poetas para compañeros del gran lírico de *Cantos de la Tierra* en nuestra apremiada rememoración.

Quizás dejó discípulos prendados de su manera lírica, de su léxico que va del arcaísmo al rioplatense neologismo, de partidarios recitadores de sus versos a la divisa y al caudillo y, por encima de todo, entregó al porvenir uruguayo una lección de patriotismo, de amor al prójimo, de veneración por las viejas instituciones, de civilismo y de culto del bien por el bien en todas las manifestaciones intelectivas y materiales en la tierra de Artigas y de los Treinta y Tres.

EUSTAQUIO TOMÉ

¹⁸ “Frente al divorcio”, pág. 53.

Nació en Montevideo el 12 de marzo de 1861, hijo de José Roxlo y de Carmen Miralles, españoles. A los 15 años estrena en Montevideo, *Ilusiones perdidas* y publica *Veladas poéticas* (1878). Pasa luego a vivir en Cataluña, donde prosigue sus estudios, es uno de los redactores del periódico "El Pueblo Catalán" y da a las prensas *Arreboles y sombras*.

Vuelto a Montevideo es designado para ocupar un cargo público. Más tarde, en 1886, forma en las fuerzas cívicas contra Máximo Santos y en 1897, en el movimiento revolucionario contra Idiarte Borda. Es fundador de los periódicos "El Deber" y "La Patria" y redactor de "El Independiente", "La Ley" y "El Nacional". Ingresa en la Cámara de Diputados en 1901 por renuncia del titular por el Dpto. de Treinta y Tres. Reelegido en 1902 por el Dpto. de Tacuarembó, abandona el cargo en 1904 para plegarse a la revolución de Aparicio Saravia. Más tarde es reelecto nuevamente por Montevideo y en 1908 por el Dpto. de San José. En 1915 formó parte de la Asamblea Nacional Constituyente y en 1919 ingresa en el Senado, donde permanece hasta 1923, pasando luego a la Cámara de Diputados durante el período 1923-1926.

Este último año, aquejado de una enfermedad incurable, puso fin a su vida en Montevideo, el 23 de setiembre de 1926.

Fuera de las obras mencionadas más arriba, Carlos Roxlo publicó las siguientes: *Bocetos*. Mont., 1879; *Estrellas fugaces*. Mont., 1885; *Pro-patria*. Mont., 1886; *Fuegos fatuos*. Mont., 1887; *Estudios históricos acerca de la poesía lírica*. Mont., 1888; *Compendio de estética*. Mont., 1888; *El libro de la patria*. Mont., 1891; *Frutos*. Bs. As., 1893; *La equidad en el voto*. Mont., 1898; *El Partido Nacional y el acuerdo*. Mont., 1900; *Cantos de la tierra*. Mont., 1902; *Soledades*. Mont., 1902; *Los Treinta y Tres*. Mont., 1902; *El Uruguay en 1904*. Bs. As., 1905; *Luces y sombras*. Mont., 1905; *Frente al divorcio*. Mont., 1905; *Ley de trabajo*. Mont., 1905; *El libro de las rimas*. Mont., 1907; *El sitio de Montevideo y la guerra del Paraguay*. Mont., 1907; *Glorias de América*. Bs. As., 1909; *Curso de estética*. Mont., 1910; *Flores de ceibo*. Mont. 1910; *Los poetas del renacimiento*. Mont., 1911; *Historia crítica de la literatura uruguaya*. Mont., 1912-16; *El país del trébol*. Mont., 1913; *En la sombra*. Bs. As., 1914; *Teatro*. Mont., 1915; *José Robles*. Mont., 1916; *Jorge Sand y la novela de costumbres*. Mont., 1925.

CRITERIO DE LA EDICION

La presente edición sigue fielmente a las ediciones primeras que se han citado en el Prólogo. Sólo se ha modernizado el texto de conformidad con las nuevas disposiciones sobre acentuación, pero se mantiene la puntuación del original.

J. P. B. y B. N.

SELECCION
DE POESIAS

A LA MEMORIA DEL POETA
ADOLFO BERRO *

El alma con mortal melancolía
Quiere romper del cuerpo la cadena
Para volar a la región del día;

El ambiente del mundo la envenena,
Parece flor que el huracán tronchara
Y cuyas hojas ruedan por la arena.

Estos goces que tanto ambicionara
Mataron sus benditas ilusiones,
Todas las esperanzas que halagara.

Eleva ardientes, mágicas canciones,
Y vé al rasgar el encantado velo,
Que sirvió de juguete a las pasiones;

Busca entonces la fuente del consuelo,
Dirige al firmamento su mirada
Y el manantial que busca, halla en el cielo

De tanto padecer al fin cansada,
Reclina sobre el lecho su cabeza
Y vuelve a Dios, a su inmortal morada;

Cubre su sepultura la maleza,
Acaban de la vida los dolores,
Y la ventura para siempre empieza;

Oye trinar pintados ruisiñores,
Ve un sol de grana y de zafir radiante
Y encuentra allí el "Amor de los Amores";

Y luego alegre, placentera, errante
Siente vagar dulcísima armonía
Y en el seno de Aquél reposa amante,

* "El autor de esta composición, según nos informan, es muy joven, casi un niño, y las aptitudes que revela, y la facilidad con que maneja la rima, en el difícil metro que ha elegido, nos inducen con gusto a concederle, por vía de estímulo, como a algún otro que se encuentra en igual caso, una página en este Album".

Perdona si mi ardiente fantasía
A otro mundo mejor volar procura
En el silencio de la noche umbría;
 Entre su gasa plácida y oscura
El corazón sencillo de poeta
Quiere olvidar su acerba desventura;
 El sueño de las tumbas interpreta
Con doloroso y angustiado canto,
Porque no anhela más su mente inquieta,
 Que derramar sobre tu losa llanto
Y dormir ese sueño majestuoso
No nos llegan las voces del quebranto!

* * *

Feliz tú, que borraste del olvido
Con tus cantos la cifra de tu nombre,
Que vuela por la fama repetido,
 Que escucha absorto y conmovido el hombre.
Y a quien dotó el Señor la blanda lira
Para que al mundo fementido asombre!
 Reflejos de la fuente que suspira,
De la inocente tórtola que llora,
Del pajarillo que la luz admira,
 De la virgen feliz que a Dios implora,
Del huérfano que eleva amarga queja,
Es la voz de tu musa creadora
 El bergantín que de su patria aleja,
Al que perdió la paz y la alegría,
Y que a sus hijos tras los mares deja,
 El nacimiento del hermoso día
Y los hechos escritos en la historia,
Todo esto tu canción me parecía.

Aquel que baña en sangre su memoria
 Con el fulgor de su brillante espada,
 Logra entrar en el templo de la gloria.

¿No vale más que sangre derramada,
 Enseñar a los hombres sus deberes,
 Guiarlos por la senda inmaculada,

Hacerlos concebir goces, placeres,
 En el recinto hermoso de la ciencia,
 En el cuidado fiel de sus haberes?

Y al bendecir el pueblo su creencia
 En la sencilla, humilde sepultura
 Del que le dio la paz de la conciencia

Con amor, con respeto y con ternura,
 Latiendo de entusiasmo y de cariño
 Lágrimas, verterá con amargura,

Angelicales como las del niño
 Cuando despierta al beso de la hermana,
 Lleno de placidez y desaliño.

Duerme en paz que los hombres de mañana
 Al escuchar tu generosa historia
 Lamentarán tu juventud lozana.

No temas, no; que el ángel de la Gloria
 Tu sueño arrullará con dulce calma,
 Gravando del mortal en la memoria
 Los cánticos sublimes de su alma.

“PÁGINAS URUGUAYAS”. “ALBUM DE POESÍAS”, Mon-
 tevideo, 1878 e incluida en “VELADAS POÉTICAS”,
 Montevideo, 1878. **

** En el florilegio del cual tomamos esta ultrajuvenil poesía de Roxlo, el colector, alma verdadera de la patriótica edición de agregó el discreto comentario que reproducimos al pie de los correctos tercetos.

Carlos Roxlo guardó siempre un gran afecto por Alejandro Magariños Cervantes que en forma tan justa lo consagra y, a su muerte, le dedicó los armoniosos endecasílabos de la poesía incluida en esta selección.

LA VISION CHARRUA

I

- Muere la tarde recogida y triste,
 Cruza los montes silencioso el río,
 Y los confines del espacio viste
 Con pardas nubes, el otoño frío.
- 5 La siniestra blancura del acero
 Remedan de las aguas los cristales,
 Al perderse del bosque en el lindero
 Bajo un toldo de lianas y sauzales.
 Duerme en el cáliz de la flor cerrada
- 10 Temblando el colibrí de verde cota,
 Y sobre el ñandubay de la enramada
 El tordo aguza su estridente nota.
 Huyen las nubes en revuelto bando,
 Y rompiendo las cintas del ramaje,
- 15 El viento volador pasa silbando
 Con el silbido del ñandú salvaje.
 Y en el recinto aquel, como ligeras
 Urdimbres de algodón negras y rojas,
 Enlazan su matiz las gusaneras
- 20 A lo amarillo de las mustias hojas.
- ¡Tarde otoñal, sin orlas de rocío,
 Sin cambiantes de fúlgidos colores,
 Sin harpados murmullos en el río,
 Y en que parecen sollozar las flores!
- 25 ¡Tarde otoñal, sin brillos y sin galas,
 En que hasta el ave, que remonta el vuelo,
 Vuelve a la selva con veloces alas,
 Extrañando lo lúgubre del cielo!
 ¡Tarde otoñal que en recogida calma

- 30 Las lobregueces de la noche espera,
Sin besar del penacho de la palma,
Con un girón azul, la cabellera!
¡Tarde otoñal en cuyo hinchado seno
La lluvia aguarda, para abrir su nido,
- 35 A que en el bosque, de tristezas lleno,
Del puma con color se oiga el rugido!
¡Crepúsculo de tétricos cendales
En que congela el río sus escamas,
El yacaré se oculta en los juncales,
- 40 Y el chajá grita ciego entre las ramas!

II

- Bajo un molle, que agita su maleza
De fuerte encaje y trenza punzadora,
Una visión de singular belleza,
En el silencio de la tarde llora.
- 45 Es bronceada su faz, suelta y oscura
La guedeja en sus hombros reclinada,
Que con brillos metálicos fulgura
Como ala córvea por el sol dorada.
Bajos los negros tules del poniente
- 50 Estrecha la visión entre sus brazos.
Doblegadas las plumas de su frente,
El toldem de la tribu hecho pedazos.
Sufre impasible el viento que la azota
Al quebrarse del monte en la guirnalda,
- 55 Y besa con amor la insignia rota
Cuyos pedazos recogió en su falda.
¡Del crepúsculo el lánguido destello
Cada vez más sus sombras acentúa
Sobre aquel rostro, donde brilla el sello
- 60 de la indomable condición charrúa!

III

- ¡Raza infeliz! su inmensa pesadumbre
Ya no vaga sin rumbo por la tierra!
¡Ya nunca más encenderá en la cumbre
Los haces de los fuegos de la guerra!
- 65 ¡Raza infeliz! ¡espíritu guerrero
Con algo de felino en la mirada!
¡Horda sin luz, que nunca por entero
Alcanzó a ser vencida ni domada!
¡Ya nunca más recorrerá el sombrío
- 70 Donde amó con selváticos amores;
Donde miraba, en el cristal del río,
Su penacho de plumas de colores!
¡Ya nunca más en las ardientes horas
Que caldea la luz del mediodía,
- 75 Afilará las flechas voladoras
En la inquieta y errante toldería!
Virgen lanzó su postrimer gemido
Bajo el monte de verde cabellera,
¡Como el yagareté, de muerte herido,
- 80 Se refugia en su agreste madriguera!
- ¡Oh lúgubre visión, raza maldita!
¡Pueblo marcial, sin dioses, sin altares,
Que erró en las frondas donde el viento agita
La cúpula gentil de los palmares!
- 85 ¡Tribu viril que ardiente y animosa,
Con sentimiento penetrante y vivo,
Amó a la libertad, única diosa
Y única ley del hombre primitivo!
¡Horda brava que tuvo por diadema
- 90 De los ceibos la púrpura salvaje,

- Que hizo con plumas de ñandú su emblema
Y sufrió las angustias del tatuaje!
¡Agrupación sin norte y sin destino,
A vagar como el tigre condenada,
95 Sembrando de despojos su camino
Para morir en pérfida emboscada!
¡Agrupación de heroicidades llena,
Del bohán y del yaro vencedora,
Que empapó en sangre la nativa arena
100 Y fue de nuestros bosques la señora!
- ¡Su brazo fuerte domeñó los ríos
Cortando con violencia los cristales,
Y se meció su hamaca en los sombríos
Al compás de las brisas estivales!
105 ¡Distinguieron astutas sus miradas
La huella amiga de la adversa huella,
Y orientó entre las frondas sus pisadas
El rayo azul de la naciente estrella!
¡Descifró del desierto los rumores
110 Con clave ignota su aguzado oído,
Y en el mes de las aves y las flores
Colgó en sus toldos la torcaz el nido!
¡Supo vencer al corzo en la carrera,
Apresó al desdentado en la espesura,
115 Y al sembrar con sus huesos la pradera
Nos dejó por herencia su bravura!!
¡Ante el rumor de su piragua huía
El sargo, del cristal cortando el velo,
Y sobre su cadáver se cernía
120 El luminoso pabellón del cielo!

IV

- Triste solloza la visión indiana
 Bajo el molle de verde cortinaje,
 Cuando un cantar de estirpe castellana
 Agita los cabellos del ramaje.
- 125 Alza sus mustios ojos la belleza
 Que azota el viento de la tarde fría,
 Y un grito agudo de sin par fiereza
 Al de la copla castellana envía,
 Hunde luego en las manos el semblante,
- 130 Con sordas voces — ¡Zapicán! — murmura
 Y se pierde, llorosa y suspirante,
 En el fondo sin luz de la espesura.
 — ¡Zapicán! — de la selva los festones
 Repiten con dolor y el viento frío,
- 135 Agitando medroso sus crespones,
 — ¡Zapicán! — gime sobre el turbio río.
 La tarde plega su doliente manto,
 Abre la noche de su tul los velos,
 ¡Y se desangran en copioso llanto,
- 140 Las voladoras nubes de los cielos!

“CANTOS DE LA TIERRA” *

* En la primera edición de CANTOS DE LA TIERRA que fue en parte recopilación de las más difundidas del autor, aparecida en 1902, no existe la división, singular y llamativa, en ciclos e intermezzos, división que aparece en la 2ª edición del libro impreso en 1914.

SINFONIA MONTES

*(Al más caritativo de nuestros
médicos, al integérrimo ciuda-
dano, al Dr. José Luis Baena)*

I

INVOCACION

Entremos en la selva, cuyos verdores suaves
Nos prestarán, oh musa, su espléndido dosel;
¡Sepamos lo que dicen los coros de las aves!
¡Sepamos lo que dicen los cimbros del laurel!

¡Alados trovadores de mis añosos talas,
Prestadme los arrullos de vuestro ardiente amor,
Los cánticos que flotan sobre las leves alas
De la impalpable esencia del guayacán en flor!

¡No le neguéis al bardo vuestro inspirante apoyo,
Vuestros murmullos dulces de sonos de cristal,
Oh lirás de las aguas serenas del arroyo
Que refrescáis las raíces sinuosas del chalchal!

¡Enredadera virgen, en cuyos troncos late
El alma de los lindos capullos de carmín,
Dejemos que otros pulsen las lirás de combate,
Las lirás cuyos ecos son toques de clarín!

¡Nosotros, en la fronda campestre y recogida
Donde el sabiá gorjea y arrulla la torcaz,
Cantemos a la patria los himnos de la vida,
Los generosos himnos de la fecunda paz!

¡Sepamos lo que dicen cruzando la maleza
Que en cada gajo tiene un nido cimbrador,
Cuando la noche acaba, cuando la aurora empieza,
El teruterero alegre y el grácil picaflor!

II

EL AGUILA

Aristóteles dice que mis ojos
Pueden mirar al sol con gallardía,
Sin que los nuble con sus haces rojos
La esplendorosa luz del medio día.

Michelet me compara al asesino
Que hiere en medio de la noche oscura;
¡Reconozco que hay sangre en mi camino,
Pero Buffon elogia ni bravura!

¡Cruzo el ambiente del empero griego,
Mi palacio es la cumbre de la loma
Y en las edades del heroísmo ciego,
Fui el símbolo marcial de Persia y Roma!

III

EL TORDO

¡Es como el gaucho de antaño!
¡Es un payador famoso!
¡Adora el monte espinoso!
¡No acata ninguna ley!
¡Clavado sobre las cruces,
Donde el coleo no alcanza,
Escarbea y silba y danza
Sobre los lomos del buey!

¡No tiene pago ni nido!
¡Es de la selva el matrero!
¡Pone en el nido primero
Que le ofrece el matorral!
¡Otro cuidará su cría!
¡Otro alzará su nidada!
¡El vuela, con su adorada,
Libre del junco al sauzal!

¡El conoce los frutales
Mejores de nuestra tierra!
¡Cae alegre donde hay yerra!
¡Sabe los usos de aquí!
¡El se emborracha en las uvas!
¡Se harta de grano en las trillas!
¡Vive igual en las orillas
Del Uruguay que del Yí!

¡Como es libre y es dichoso,
Es gallardo y pendenciero;
Con los fuertes, altanero;
Con el hembraje, galán!

¡El tordo se me figura
El ernaní de la umbría:
Se bate como un Mejía;
Corteja como un don Juan!

¡De aventura en aventura,
De enramada en enramada,
Pasa la estación dorada
Sin más norte que el placer!
¡Del antiguo paisanaje
Nuestro tordo es el reflejo,
Y sabe, al llegar a viejo,
Todo lo que hay que saber!

EL BUITRE

¡No maldigáis mi vestidura negra!
¡Mi misión es una misión sagrada!
¡Con el festín, cuya hediondez me alegra,
Purifico la atmósfera viciada!

¡Merezco protección, porque si un día
Dejara de escucharse mi graznido,
El soplo de la muerte flotaría
Sobre el planeta que tenéis por nido!

¿Por qué soy lo que soy?... ¡Me condenaron
A parar en lo hediondo mi aleteo,
Aquellas pobres ninfas que lloraron
Cuando el hígado abrí de Prometeo!

V

EL CHURRINCHE

f ¡No le enjauléis! ¡Dejadle! ¡Es su pasión el monte!
 ¡Con todos sus instintos tiende a la libertad!
 ¡Dejadle que escudriñe gozoso el horizonte,
 Dejadle que recorra feliz la inmensidad! f

Del último charrúa el corazón rasgado,
 Un charco con su sangre rojísima formó:
 ¡Allí tiene su génesis el pájaro encarnado!
 ¡El último suspiro charrúa lo engendró!

¡Por eso, por su heroico origen de leyenda,
 Es una llama el pecho de ese hijo de la luz!
 ¡Por eso es que construye su rústica vivienda
 Allí donde es más brava la espiga de la cruz!

¡Parece que el espíritu de aquella raza errante,
 De aquella raza indómita que exterminó al bohán,
 Latiera en esas plumas de brillos de diamante,
 Más rojas que las rojas entrañas de un volcán!

¡No le enjauléis! ¡Dejadle! ¡Nuestro churrinche quiere
 Lucir al aire libre su clámide punzó!
 ¡Si le enjauláis, muy pronto de consunción se muere!
 ¡Del águila, se ríe! ¡De las cadenas, no!

¡Lo mismo que el charrúa, cuya indomable esencia
 Palpita en su coraza de plumas de rubí!
 ¡Dejadle sus instintos de noble independencia!
 ¡Son como el testimonio de que ha nacido aquí!

¡Oh maravilla alada de cegador plumaje
Que de los patrios cielos cruzas la inmensidad,
Inspíranos tu indómita, tu inmensa, tu salvaje
Pasión de luz y altura, pasión de libertad!

¡Enseñanos, prodigio de grana refulgente,
A amar a la nodriza del ceibo y del ombú,
Con el afán sin límites y con el culto ardiente
Con que la amaba el indio de bronceada frente,
El indio empenechado con plumas de ñandú!

VI

EL BOYERO

Al compás de mis rítmicas escalas,
Tu juventud compuso sus canciones;
¡Te echan de menos los añosos talas
Donde te dí las últimas lecciones!

¿Ya no te acuerdas de mi agreste nido,
Con fibritas textiles fabricado?...
¡Ayer un gavilán, que es un bandido,
Me arrebató un pichón casi emplumado!

¡Vas a encontrar sin flores a la selva!...
¡Se amustian ya las violas del sendero!...
¡Antes que el ave de rapiña vuelva,
Ven a ver a los hijos del boyero!

VII

LA CALANDRIA

Alegre, triunfal, coqueta,
Si la escuchan, ¡Cómo canta!
¡Cómo se hincha su garganta!
¡Qué dulces sus notas son!
¡Cómo, con fiebres de poeta
Y orgullos de cancionero,
Pone en su canto hechicero
Todito su corazón!

¡Con qué arte la rimadora,
Si alguno la oye y la mira,
Hace que vibre la lira
De su garganta sin par!
¡Cómo sabe la traidora
Que es, de setiembre en las fiestas,
La que rige las orquestas
Aladas del membrillar!

¡Con qué tino juguetea
Con los más variados sonos!
¡Cómo zurce en sus canciones
Lo matinal con lo gris!
¡Cómo preludia y gorjea
Ya triste, ya entusiasmada,
Esa almita enamorada
Del sol de nuestro país!

¡Cómo se acerca saltando,
Y en el ramaje se posa,
Y sube ufana y graciosa
Por el cristalino tul!

¡Cómo se va aproximando,
Plega en los yuyos sus alas,
Y nos mece en las escalas
De sus salves a lo azul!

¡Canta las bodas del monte,
Musa de los ojos negros,
Con los ardientes alegros
Que urde tu artístico afán;
Y cuando en el horizonte
Pardeen las brumas frías,
Dinos las melancolías
De las rosas que se van!

¡No son tus himnos cantores
Extranjeros a mi oído,
Porque en tu patria he nacido
Y amo lo mismo que tú,
La enredadera de flores
De matiz apurpurado,
Donde tu hogar has labrado
Entre dos ramas de ombú!

VIII

EL PECHO AMARILLO

Yo nací entre los yuyos aromados,
Donde, sobre la sien de la cuchilla,
Los árboles se extienden alineados
Como avanzadas puestas de guerrilla.

Yo nací de la selva en lo secreto;
Tuve por cuna un gajo de espinillo;
Mis alas son oscuras y es mi peto,
Como un rayo de sol, por lo amarillo.

¡Sesteo en las vertientes del arroyo,
Por las planicies onduladas vago,
Me conoce la flor del chirimoyo
Y con los zumos del butiá me embriago!

IX

EL COLIBRI

I

¡Cuatrocientas especies! ¡Qué maravilla!
¡Cuatrocientas especies, cuyo plumaje
Como un río de piedras preciosas brilla
Sobre el follaje!

¡Son ópalos, diamantes, rojos rubíes,
Topacios y amatistas de cien facetas,
Los lindos picaflores, los mainumbíes
De alas inquietas!

¡Nunca están en reposo! ¡No se suspende
Un minuto el zumbido de su aleteo,
Que nace, vuela, brilla y al cielo asciende
Como el deseo!

¡En busca de la dulce miel del aroma
Que encierran los capullos multicolores,
Viajan de continuo de loma en loma
Los picaflores!

¡Lo mismo que nosotros, que de la vida
Viajamos sin descanso por la espesura,
En busca de la planta siempre escondida
De la ventura!

Con el halcón, que tiene sangre en el ceño,
Luchan con heroísmo los picaflores;
¡Nosotros nos batimos, por un ensueño,
Con los dolores!

Los zoólogos sostienen que la fiereza
Del colibrí, al milano pone en huida:
¡El alma, en sus combates con la tristeza,
Siempre es vencida!

II

Al ver como trataban los castellanos
Al indio por la fiebre de los rubíes,
Los nomos de los montes americanos
Con sus joyas tejieron los mainumbíes.

El nuestro, nuestro grácil pájaro-mosca,
Aquel que con sus brillos el monte alegra,
El que cruza los juncos donde se enrosca
La sierpe inofensiva, la sierpe negra;

Los nuestros, los nacidos en los follajes
Que de nuestras cuchillas cubren la espalda,
¡Son por los verdes tintes de sus plumajes,
Por sus verdes reflejos, una esmeralda!

¡Son como una esperanza! ¡Vuelan nostálgicos
En busca de la roja flor campesina,
Que ha de escudar sus verdes brillos metálicos
Del frío de las noches de la colina!

Sueñan con el capullo cimbrante y tierno
Que está tras de la gasa de sus visiones;
Pero dicen que a veces llega el invierno,
Con toda su vanguardia de cerrazones,

¡Sin que el lindo manojo de seda verde
Haya hallado el capullo de la ventura,
Y que entonces, muy triste, vuelva y se pierda
El colibrí en el fondo de la espesura!

¿Dónde pasa el invierno mustio y sombrío?
¡Nadie sabe en qué montes sus zumbos lanza!
¡Es que el invierno opaco, canoso y frío,
Congela las alitas de la esperanza!

Yo sé por experiencia que no es en mayo
Cuando se abren las rosas más carmesíes,
Cuando el éter azula del sol el rayo,
Cuando vuelan y brillan los mainumbíes!

¡Oh colibrí que tienes en el plumaje
El color de mis sueños, si en la espesura
Encuentras la escondida planta salvaje
En que crecen las flores de mi ventura,

Vuelve pronto a decirme que la has hallado
Y explicame en qué fronda vive encubierta,
Antes de que la planta se haya secado
Y antes de que el invierno llame a mi puerta!

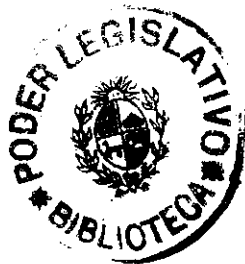
X

LA GARZA

Yo monógama soy; de la corriente
Remonto los espejos cristalinos:
¡Son más finas las plumas de mi frente
Que el tul de los encajes vespertinos!

Vivo triste, sin goces, solitaria;
Donde imploran al ibis, se me implora;
¡Unas veces vegeto sedentaria,
Y otras veces me agito emigradora!

Fui una caza real y mi halconero
Llevaba en su birrete una diadema;
¡Hoy me matan los tiros del pechero,
Pero soy aún la gallardía extrema!



XI

EL CHINGOLO - LAS FLORES

¡Las flores son hermanas de las aves!
 ¡Allí donde hay aromas más suaves;
 Allí donde se miran los bermejos
 Capullos del ceibal, en los espejos
 Del arroyo entre achiras escondido;
 Allí donde la verde enredadera,
 La que no tiene nombre conocido,
 La que enflora en la rústica tapera,
 Con monteses perfumes se engalana,
 Siempre hallaréis un ave cancionera
 Que salude a la luz de la mañana!

Ya la musa de Sófocles decía
 Que si tienen los pardos ruiseñores
 El instinto gentil de la armonía,
 Se debe a que nacieron en la umbría
 Donde tiembla el rocío aljofarado
 En los pétalos suaves de las flores
 Del azafrán rosado.

¡El árbol que florece, no está solo!
 ¡Contemplándolo bien, en lo escondido
 Del árbol estival, siempre hay un nido
 Donde rima sus trovas el chingolo!
 ¡El chingolo que canta
 Sus saudades al rayo de la luna,
 Que lo mismo que una hostia, se levanta
 Sobre el cristal azul de la laguna!
 ¡El chingolo, de todas nuestras aves
 La única que poetiza y que gorjea,

Cuando la gama de reflejos suaves
 De nuestro Orión se extiende y centellea!
 ¡El chingolo, que anuncia en sus canciones
 Que se acercan la lluvia y el pampero!
 ¡El chingolo, que triste y plañidero
 Desaparece ya de estas regiones,
 Echado por un pájaro extranjero,
 Por la envidiosa grey de los gorriones!

¡Salud, ave que alegras
 Del monte la espesura
 Con tu traje marrón de manchas negras!
 ¡Que tienes en tu pecho la blancura
 Que tiene el guayacán en su divina,
 En su fragante y pura
 Guirnalda campesina!
 ¡Salud, ave a quien temen los gusanos
 De la era y de la vid! ¡Salve a los píos
 Que dicen a las parvas y a los granos
 Que tú velas y escudas los plantíos!
 ¡Salud, ave que cantas cuando emprenden
 Nuestros lirios azules su viaje
 Al país de los sueños, y se encienden
 Las lámparas del tuco en el ramaje!

¡Ah! ¿No creéis que nuestras flores sueñan?
 ¿Pensáis que al afirmarlo, fantaseo?
 ¡El que las flores duermen, nos lo enseñan
 Pouchet, Bichat, Val Cordus y Linneo!
 ¡Según Fechner y Smith, algo nervioso
 Se encuentra hasta en las plantas más ruines!
 ¡Mucho encierra de extraño y misterioso
 El alma vegetal de los jardines!

¡El opio sus funciones paraliza!
¡Por el ácido prúsico regada,
La flor sufre, se arruga y agoniza,
Probando que se encuentra envenenada!
¡Y afirma Carlos Darwin que las flores,
Lo mismo que nosotros, se enardecen
Con el divino afán de los amores
Cuando, en octubre, al céfiro se mecen!
Sobre el lecho del cáliz fragancioso,
Bajo las colgaduras afelpadas
De las corolas de matiz vistoso,
Y a la luz de las noches estrelladas,
El estamble, de amor estremecido,
Y el pistilo obediente realizan
El misterio sublime y bendecido
Del abrazo nupcial: ¡se fecundizan!

¡También tienen las flores sus tristezas!
¡Cuando muere la luz, doblan la frente
Y sale de las lánguidas malezas
Un perfume de adiós al sol poniente!
¡En esa hora tan dulce y solitaria;
Cuando el bronce convoca a la plegaria;
Cuando aparece, soñadora y bella,
Del crepúsculo azul la blanca estrella;
¡En esa hora tan suave y silenciosa,
Fue que Deváns, en el país del loto,
Miró pasar el alma de una rosa,
Llevada por los silfos voladores,
Hacia el vergel remoto
Donde se encuentra el cielo de las flores!
¡En esa hora de alientos recogidos,
Es que hablan nuestros pálidos jazmines
Con las aves que vuelven a los nidos
Del arbolado puesto en los jardines!

¡Es cuando en los linderos de la vega
La noche va labrando sus cendales,
Cuando se dicen que el otoño llega
Los nidos y las dalias virginales!
¡Entonces es cuando la flor, la blanca
Flor de la enredadera campesina,
Aprende de la errante golondrina
Que el frío el curso del arroyo estanca
Y que es mortal la pérfida neblina!
¡Entonces, cuando salen de las rosas
Los silfos, en las rosas encerrados,
Y sobre las gramillas fraganciosas,
Entretejen sus danzas voluptuosas
Por la batuta de Oberón guiados!

✧ ¡Las flores son amigas de las aves!
¡Siempre allí donde cimbra su vestido
Una guirnalda de perfumes suaves,
Buscando bien, encontraréis un nido! ✧

XII

EL ZORZAL

Con el color de las amargas cuitas,
Dios las plumas pintó de mi vestido;
Por senderos de agrestes margaritas,
Se llega al árbol donde está mi nido.

Me cimbro en los alambres de los cercos,
Me perfume en los ramos de las zarzas,
Y me persiguen los halcones tercios,
Los mismos que persiguen a las garzas.

Bajo el verde dosel de la arboleda,
Saludo a los celajes vespertinos;
¡Si me enjauláis, para subir me queda
El armonioso vuelo de mis trinos!

XIII

EL TERU-TERO

Símbolo de nuestra tierra
Que sólo ante Dios se humilla,
Grande en la paz y en la guerra,
La del clavel de la sierra
Y la blanca manzanilla;

La del puma concolor,
La del churrinche de grana,
La del zorzal trinador,
¡La que urde, en el ceibo en flor,
La miel de la lechiguana!

Símbolo del placentero
Jardín, en cuyas regiones
Mueve el butiá su plumero,
¡Es el patrio teru-tero,
El de rojos espolones!

¡Lleva un penacho en su frente,
Nace entre raíces de ombú,
Y es tan viril, tan valiente,
Que con su grito estridente
Infunde miedo al ñandú!

¡Con qué salvaje alarido,
Con qué indecible bravura,
Defiende su pobre nido
Con cuatro troncos tejido
En la desierta llanura!

¡Cómo si buscáis su cría,
Con sus sumbos os rodea,
Con astucia os extravía,
Y ejemplo de gallardía,
Os azora y os bravea!

¡Retador con sus iguales
Al débil su amparo dá!
¡Sabe hacer claras señales
De que rondan los corrales
El halcón y el aguará!

¡Por hidalgo y altanero,
Por su astucia y su valor,
Quieren bien al teru-tero
El siempre industrioso hornero
Y el cardenal silbador!

¡Por la noble gallardía
Con que sus bríos derrocha,
Habla bien del tero al día
El yaribá que se cría
En los palmares de Rocha!

¡Por su cariño a la cuna
Del molle y del urunday,
Los patos de la laguna
Loan el tero a la luna
Que platea el Uruguay!

¡Y es que cuanto aquí se encierra,
Desde el sauce de la orilla
Hasta el risco de la sierra,
Idolatra en esta tierra,
Que sólo ante Dios se humilla!

XIV

LA MULITA

Yo cavo humilde mi vivienda obscura
En la región querida del pampero;
¡Sus rachas amorenan mi armadura
De granuloso y de bordado cuero!

De la selva los lindos trovadores
Me arrullan con sus cánticas amigas;
¡Me alimento con raíces de verdores
Y hago una guerra a muerte a las hormigas!

Tendida entre los yuyos fraganciosos,
Si amenazan los hombres mi existencia,
¡Con mis pobres bracitos temblorosos
Puesto en cruz, les hablo de clemencia!

XV

LA VIUDA

I

Con gracioso vuelo,
Pero siempre triste, siempre solitaria,
Por los patrios montes
La viudita vuela, la viudita vaga.

Ostenta en su traje
La excelsa blancura de la hostia sagrada:
¡Parece un retazo
De los resplandores que anuncian el alba!

Semeja al mecerse
Del aire en las ondas, del aire en las gasas,
Un fleco de lino,
Un copo de nieve y un nardo con alas.

La viudita copia
Con los puros tintes de sus plumas blancas,
El color nevado
De las ilusiones que a mi puerta llaman.

Pero ¡Ay! en las rémiges
Del copo de lino, del ave de nácar,
Una lista negra,
Un signo de luto fulgura y resalta.

Lo mismo sucede
Cuando abro a algún sueño las puertas del alma:
¡Siempre hay una lista
Muy negra, muy negra, del sueño en las alas!

II

La he visto otras veces
 Flotar a la lumbre del sol de mis cerros,
 Del sol de mis llanos,
 ¡Vestida de luto, vestida de negro!

La he visto, al hundirse
 Detrás de las ceibas la luz de febrero,
 Cruzar por las ceibas
 Contando a las flores no sé qué misterios.

Debían ser siempre
 De aquella enlutada muy triste los cuentos,
 Porque, al escucharlos,
 Su caliz doblaban las flores de fuego.

¡Acaso mi historia
 Aquella enlutada les dice a los ceibos,
 Cuando hunde sus haces,
 Detrás de los montes, la luz de febrero!

¡Acaso las alas
 Que cruzan las frondas con rápido vuelo,
 Un cuento de amores,
 Burlados y mustios, le cuentan al viento!

¡Las alas aquellas,
 Las alas del ave vestida de negro,
 Tienen en sus bordes
 Una cinta blanca, de un blanco supremo!

¡Igual que mis penas!
 ¡Igual que mis ansias! ¡Igual que mis tedios!
 ¡También en mi espíritu
 Un surco de lumbre dibuja el recuerdo!

XVI

LA GOLONDRINA

De vuestros hijos al alegre juego
Me asocio con mis zumbos más sesgados;
¡Amo los meses de color de fuego,
Los horizontes de zafir pintados!

En el alero de los ranchos moro,
Y al llegar la estación de las neblinas,
¡Emigro en busca de las albas de oro,
Del trébol que florece en las colinas!

↳ Ansiosa de morir donde he nacido,
Cuando los años sin vigor me dejan,
¡Saludo, desde el borde de mi nido,
A mis hermanas que hacia el sol se alejan! ↳

XVII

STRIX FLAMMEA

D'Hamonville, en su libro primoroso
"La vida de los pájaros", se afana
Por desgarrar el velo tenebroso
En que te envuelve la estulticia humana.

Persigues al reptil; de los roedores
Eres la encarnizada destructora;
¡Te deben protección los labradores!
¡Te saluda la parva brilladora!

Cuando cruzan tus rémiges amigas,
Con sordo vuelo, la extensión desierta,
¡Sonríen jubilosas las espigas,
Tranquilizadas por tu extraño alerta!

¡La luz, que vela al pobre agonizante,
Te atrae y lanzas tu doliente grito
Para anunciar que un buque zozobran
Ve el faro del peñón de lo infinito!

¡Tu grito extraño, de siniestra calma
Y que escucha febril nuestra miseria,
Es el adiós con que despide al alma,
Ya pronta a remontarse, la materia!

¡Pájaro de desgracia te apellida
Nuestra superstición, nuestro extravío,
Porque marcas el fin de nuestra vida,
Porque el puerto le anuncias al navío!

¡Porque dices, funérea y estridente,
Rasgando de la sombra los negroses,
Que ya no clavarán en nuestra frente
Sus punzantes espinas los dolores!

¡Con medrosa inquietud te contemplamos
Y tus lúgubres salves maldecimos,
Porque cuidas las mieses que sembramos
Y presagias el rumbo que seguimos!

¡Comprendiendo los odios que despiertas
Y escudada en las sombras vespertinas,
Haces nido en las cumbres más desiertas
O construyes tu albergue entre las ruinas!

¡Lúgubre siempre y siempre funeraria,
Cuando la aurora deja su sudario,
Vas a esconder tu vida solitaria
En la torre mayor del campanario!

¡Tétrica enarcas tu silente vuelo
Cuando la aurora azul ríe en los nidos,
Y las ninfas, hundiéndose en el cielo,
Se alejan de los faunos sorprendidos!

¡De los faunos, que ardientes y ojerosos
En balde detenerlas intentaron,
Para seguir los lances voluptuosos
En que el pudor las ninfas olvidaron!

¡De los faunos, que ardientes y salvajes
Las llamas sollozando y de rodillas,
Para hacerlas rodar por los frondajes
Que del río sombrea las orillas!

¡Es justo que te aleje de la lumbre
La ruin superstición de la ignorancia!
¡Siempre crucificó la muchedumbre
A los que la sirvieron con constancia!

¡Bruja sin dicha del imperio alado,
Del país de las dianas de la aurora,
Tu fama de hechicera la han forjado
El aperiá y la víbora traidora!

¡Ave que fuiste el ave de Minerva,
A pesar de tus gritos estridentes,
Dulces te ven los ojos del que observa
El odio que te inspiran las serpientes!

XVIII

EL CARDENAL

¿Amáis mi cavatina silbadora?
No extraño que os cautiven sus alegros;
También complacen a la zarza-mora
Y a los saúcos de racimos negros.

¿Comparáis de mi pecho la blancura
Con mi copete de llameante grana?
¡Deshilando su regia vestidura,
Lo hizo el sol de mi tierra americana!

¡Varío las coronas de mi veste,
Pues de Aceguá en las ásperas cuchillas,
Cuando mi airón no es un airón celeste,
Es un airón de plumas amarillas!

XIX

LOS ARBOLES

- Moviendo su abanico,
 Gime la palma:
 —¡La gloria está en mis ramos
 Simbolizada!
- ¡Y yo, murmura el sauce
 De urdimbres crespos,
 Soy la melancolía,
 Soy el recuerdo!
- ¡Yo, la multa responde,
 Fundo en fragancias
 Los jugos de mis venas,
 Toda mi savia!
- ¡Yo vivo siempre solo,
 Pero en las lomas! —
 Dice el ombú de espesa
 Y amante sombra.
 El viraró replica
 Con voces claras:
 —¡Yo soy como el espíritu
 De vuestra raza!
 ¡Me veneró el charrúa
 De alma de acero!
 ¡No hay ninguno que llegue
 Donde yo llego!
- ¡A mí, dice el quebracho,
 Fuerza me llaman!
 —¡Tengo azúcar por sangre!
 Dice el pitanga.

—¡Yo soy, grita la copa
Del espinillo,
Un dardo que con flores
Cubre sus filos!

—¡Yo soy, murmura triste
La pasionaria,
Una ilusión que tiene
Rotas las alas!

—¡Yo soy como la envidia.
Dice la aruera,
Que a nadie en torno suyo
Florece deja! —

Y desde lo más hondo
De las barrancas:

—¡Yo soy salud! responde
La calaguala.

—¡Curar a los que sufren
Es cosa mía! —

Murumura la silvestre
Zarzaparrilla.

—¡Bien por las curanderas
Que a nadie sanan!

¡Yo sí que hago milagros
Y tengo fama!

Replica con rencores
El culantrillo,

Tostándose en los hornos
Del sol estivo.

¡Así de nuestros montes
Los ramos hablan,

Y así dicen las yerbas
De nuestra patria,
Cuando del mediodía
Bajo el incendio,
Los ojos de las aves
Entorna el sueño!

XX

EL POETA

¿Cómo cantar a todo lo que alienta
De nuestros montes bajo el amplio abrigo?...

¡Para el sauce, de copa macilenta,
Soy como un viejo y familiar amigo!

¡La golondrina azul, deja el alero
Y viene a saludarme, cuando paso:
Me sigue hasta las toscas, el jilguero
En las melancolías del ocaso!

Ensueños de renombre y de ventura,
Que inflamásteis un día mis sentidos,
¡Cuán opaca se ve vuestra hermosura
Mirada desde lo alto de los nidos!

La dicha, la verdad y la belleza
Están aquí, bajo los patrios montes,
¡En tu libre labor, naturaleza!
¡En vuestra luz, abiertos horizontes!

¡Sueños de mi ambición irrealizada,
Brillazones del río de mi vida,
Al acercarme al fin de la jornada,
Con qué cansancio os doy mi despedida! ↵

“CANTOS DE LA TIERRA”

CARTA DE CIUDADANIA

(A una dama porteña)

Señora: cuanto hay en mí
A la patria pertenece;
Flor que en mi espíritu crece,
De antemano se la dí;
Lejos o cerca de allí,
Cada ritmo, cada nota
Que sobre mi lira flota,
Su nombre diciendo está:
¿Qué arroyo no soñará
Con la cumbre de que brota?

Tiende el churrinche las alas
Del espacio por el tul,
Y cimbrándose en lo azul,
Cruza las etéreas salas;
Moja en la lumbre sus galas,
Pisa el nublado dormido,
Y canta al golfo encendido
Sus cavatinas de amor;
Pero ama más y mejor,
Cien veces más a su nido.

Si a la rosa desprendéis
De sus ramos virginales
Y en búcaro de cristales
Prisionera la ponéis,
Por mucho que os afanéis,
La joya primaveral
En su cárcel de cristal
Dolorida se consume,

Y su prostrimer perfume
Es un adiós al rosál.

 Mi santa monomanía,
Señora, a ninguno hiere;
¡Ay del que a la madre quiere
Con pasión menguada y fría!
¡Será pobre, pero es mía,
Y aunque de corta extensión,
Tiene el sol de su pendón
Tantos resplandores rojos,
Que es mirada por mis ojos,
Inmensa en mi corazón!

 ¡Sueña en la cumbre lejana,
Lira del río armonioso,
Y vuelve a tu junco airoso,
Ave de cota de grana;
Da al verdor, que te engalana,
Tus perfumes sin desmayo,
¡Oh rosa en que puso el rayo
Su tinte más encendido,
Que el que uruguayo ha nacido,
Debe morir uruguayo!

“CANTOS DE LA TIERRA”

ARTIGAS *

(A la ciudad de San José)

I

Abrid al bardo errante
De vuestro hogar la puerta hospitalaria;
Y os contaré la historia de un gigante,
¡Una historia sublime y legendaria!

* La inserción íntegra del poema ARTIGAS en vez de limitarnos a selectos fragmentos del mismo, como pensamos en un principio, obedece a muy fundadas razones que destruyen la observación hecha con frecuencia de que se trata de una poesía irregular con pasajes prosaicos y sobre manera extensa para nuestra época.

Ni en los primeros años de nuestra vida independiente, ni durante el movimiento reivindicador de 1883, ni tampoco en las horas jubilosas del civilismo triunfante la poesía nacional se señaló por acompañar con su alta o su modesta inspiración el irresistible resurgir del artiguismo. Ninguno de los versos que entonces se escribieron alcanzan el valor y contienen pasajes, verdaderas expresiones del numen patriótico, cual muchas de las páginas de Carlos M^a Ramírez en su famoso libro que abre, pórico de acero, la Colección de Clásicos Uruguayos.

Con innegables irregularidades los versos de la extensa composición, verdadera oda a la vez neoclásica y romántica, o mejor dicho romántica y neoclásica encierran extraordinarias exteriorizaciones de un legítimo numen y si el vuelo del mismo decae, a ratos, para dar el prosaísmo de algunas estancias, no tarda la inspiración de reaparecer con el mismo brillo en bordes siguientes.

Lógico y justo es que deseáramos en la primera valiosa obra en verso dedicada al *Fundador de la Nacionalidad*, hallar la condensación poética que distingue a creaciones posteriores y a LAS INVASIONES del propio autor, pero se cantaban y vivían en los últimos años del siglo XIX y el arte cincelante del modernismo aún no primaba en el solar de la intelectualidad uruguaya.

El mismo autor debió comprender la desigualdad de su inspirada elucubración y en una hermosa tarjeta postal distribuida cuando la inauguración de la primera estatua del Héroe, o pocos días después, redujo su homenaje impreso a los más sentidos y correctos fragmentos de su efusión lírica. Pese a nuestras empeñosas búsquedas no hemos podido obtener un ejemplar de la bella y simpática cartulina recordatoria; sin embargo su recuerdo puede ilustrar, un poco, esta modesta nota.

- 5 ¡Abrid! ¡Transido llego
 Y está la noche tenebrosa y fría!
 ¡De vuestro hogar sentado junto al fuego,
 Esperaré hasta el día!
 ¡Yo traigo de patrióticas canciones
- 10 Un mundo en la memoria!
 ¡Yo rimo las nativas tradiciones
 Y rodeo el azul de sus pendones
 Con las verdes guirnaldas de la gloria!
 ¡La ruta está desierta
- 15 Y llora el viento en las agrestes ramas!
 ¡Abridme vuestra puerta!
 ¡Cededme un escabel junto a las llamas!

II

- Genios de lo pasado,
 Los que en el monte secular dormidos
- 20 Escucháis, como un cántico sagrado,
 Las notas del pampero entre los nidos;
 Los que pobláis la gruta
 Con sangrientas reliquias tapizada,
 Donde la fiera hirsuta
- 25 Duerme de sus cachorros circundada;
 Los que os mecéis en la onda sosegada
 Por el grácil flamenco removida,
 Y os cimbráis del arroyo en los sauzales,
 Y en la cerca del huerto florecida
- 30 Os nutrís de perfumes estivales;
 Los que sabéis del rancho de totora
 La tradición viril, cuando era apenas
 La libertad de América una aurora
 Perturbada por ruidos de cadenas,

- 35 ¡Responded a mi afán! ¡dadme el guerrero
Ritmo de vuestra voz, y a mi conjuro
Surja el caudillo fiero,
Pero ya de odios y calumnias puro!
¡Sin que le envuelva ya la sombra densa
- 40 Que envolvía a su edad, ruda matrona
Que sobre el carro de su gloria inmensa
Crímenes y virtudes amontona!
¡Genios de lo pasado,
Haced que surja visto a los fulgores
- 45 De su alma de patriota y de soldado!
¡Circundadle de ruidos de tambores!
¡Tended, cuando le asalte torvo anhelo
O instinto despiadado,
Entre él y yo de vuestra noche el velo!
- 50 ¡Despojad su figura
De toda deleznable levadura
En el agua lustral de vuestro hechizo,
Que si hay sombras de mancha en su hermosura
El numen de su edad fue quien las hizo!
- 55 ¡Agil turba liviana
Que engendró del ayer la nube inquieta,
Preséntale a los ojos del poeta
Como será a los ojos del mañana!

III

- 60 ¡Lustros de horror! La Europa sacudía,
Con sangriento vaivén, el corso fiero
Que fronteras y cetros demolía!
¡El hijo de la guerra y la metralla,
Que cantó la epopeya del acero
Sobre todos los campos de batalla!

- 65 ¡Sus ínclitas legiones,
Al son de las charangas militares,
Recorrían en triunfo las naciones,
Turbando con la voz de sus cañones
Hasta los más recónditos hogares!
- 70 ¡Lodi y Marengo y Austerlitz y Jena
Miraron su esplendor; tiñó su espada
Con sangriento matiz la egipcia arena,
Que al sacudir la frente iluminada,
Como un león sacude la melena,
- 75 Ante sus pies de mansedumbre llena,
Caía la victoria arrodillada!
Todo lo hollaba bajo el casco rudo
De su blanco corcel: ¡costumbres, leyes,
Tronos y tiaras, conmovió sañudo
- 80 Aquel marcial domeñador de reyes!

IV

- El eco del estrago
Llegaba a las colonias confundido
Con un sordo rumor, un rumor vago
Que aún repercute y suena en nuestro oído:
- 85 Las olas nos traían
El eco que, al quebrarse, formulaban
Las viejas tradiciones que se hundían:
¡Los pueblos de la Europa despertaban
Y el polvo de los siglos sacudían!
- 90 Aquel gran aleteo
Que allá, muy lejos, azotaba el trono,
De una vida mejor con el deseo
Inflamó las entrañas del colono.

- ;Cabildo abierto! — la ciudad cerrada
 95 Pidió con avidez, y ese llamado
 Hecho a la libertad, esa alborada
 De un día ni previsto ni soñado,
 ¡Fue chispa al despertar e incendio luego
 Que agigantando sus cintas colosales,
 100 Labró en la fragua de su santo fuego
 El sol de nuestras glorias inmortales!

- ¡La América latina
 Se sintió renacer grande y lozana!
 ¡Escaló San Martín la nieve andina!
 105 ¡Sucre cruzó la tierra boliviana!
 ¡Los salmos de la espada y el cartucho
 Fundieron de sus notas los rumores
 Vibrando en San Lorenzo y Ayacucho!
 ¡El eco del cañón pobló las olas
 110 Y se alzaron sin grillos ni señores
 Las índicas comarcas españolas!

V

- ¿Qué fue de tí entretanto, patria mía?
 ¡Veo que el sol tu enseña tornasola
 115 Clavada en lo alto de la cumbre fría
 Por el viril denuedo de Pagola!
 ¡Oigo homéricos cánticos de guerra
 Que estremecen tu ser, cruzan tus llanos,
 Se agitan en los picos de la sierra
 Y rasgan los pendones castellanos!
 120 ¡Me trae dianas de roncós atambores
 El viento que columpia tus laureles,
 Sacude los pistilos de tus flores
 Y se enreda en la crin de tus corceles!

- ¿Quienes son los que cruzan la pradera
125 Entre salmos de gloria y de esperanza?
¿Por qué brilla tu luz tan placentera
Al quebrarse en los hierros de su lanza?
¡La selva los conoce y los ha oído,
En las veladas del ardiente enero,
130 Suspirar con lenguaje conmovido
Los cantos del charrúa y del matrero!
¡No turbarán sus últimas visiones,
Si ruedan combatiendo en la campiña,
Ni el diente de los perros cimarrones
135 Ni el pico de las aves de rapiña!
¡Un plañidero y flotador sudario,
Una anchurosa y libre sepultura,
El monte les prepara en su santuario
De paredes y criptas de verdura!
- 140 Yo también los conozco: su guerrera
Y bizarra actitud jamás olvido:
¡El iris tricolor de tu bandera,
Por los vientos pampeanos sacudido,
Hace ondear sus lanzas de tijera!
145 ¡Recíbelos, al caer, en tu regazo!
¡Combaten por librar tu tierra esclava!
¡Son tus gauchos de potente brazo,
Que el brío doman de la res más brava
Cuando sus curvas desenreda el lazo!
- 150 ¡Por ellos sé de tí! ¡Sé que animosa
Desciendes de la lucha a las arenas,
Para romper, con ira generosa,
El haz abrumador de tus cadenas!
¡Que entras también en el combate rudo,
155 Llamada por la voz de tus caudillos,

- Para hacer trizas el pesado escudo
 Donde un león se hiergue entre castillos!
 ¡Que ardiendo en sed de gritos de victoria,
 Corres allí donde el cañón vocea,
 160 Un gajo de las palmas de la gloria
 Comprando con tu sangre en la pelea!
 ¡Cascada de los montes desprendida,
 Todo lo abates con tu empuje fiero!
 ¡Con el afán de verte engrandecida,
 165 Todo lo arrolla tu corcel guerrero!
 ¡Y en tu límpido azul brilla el fecundo,
 El inefable y generoso rayo,
 Con que alumbró la libertad de un mundo
 El espléndido sol de nuestro Mayo!

VI

- 170 ¡Santo amor al terruño, al limpio cielo
 Que sembró en nuestra cuna sus fulgores!
 ¡Santo amor al hogar, al pago, al suelo
 Que nos miró crecer, echando flores!
 ¡Oh tirana virtud del localismo,
 175 Oh instintiva ternura lisonjera,
 Tú eres el manantial del heroísmo,
 La noble religión de la bandera!
 ¡Por tí la patria nos parece hermosa!
 ¡Nada, sin tí, su nombre nos diría,
 180 Santo amor al hogar donde reposa
 La cuna que risueña nos mecía!
 ¡Por tí entre roncós gritos de esperanza
 Y entre el humo asfixiante de las lides,
 185 Blandieron los rejonés de su lanza
 Los paisanos de Viera y Benavides!

¡Por tí, lanzando el haz de sus corceles
 En busca de las bélicas fatigas,
 Se saciaron de sangre y de laureles
 Las legiones indómitas de Artigas!

VII

- 190 ¡Gloria al caudillo fiero!
 ¡Al varonil blandengue denodado!
 ¡De tus primeros triunfos al guerrero!
 ¡De tus primeras luchas al soldado!
 ¡Sin aquella bravura temeraria
- 195 Que en su gigante corazón ardía,
 Aun fueras de otro pueblo tributaria
 Y otro pueblo sus leyes te impondría!
 ¡Gracias a su constancia y su denuedo
 Ningún grillete oprime nuestras manos;
- 200 Y como a reina saludarte puedo
 De tus cumbres tus montes y tus llanos!
 ¡Por él, tu voz impera
 Sin que ninguna voz se álce altanera
 Para argüir tu voluntad sagrada,
- 205 Y es tuya, sólo tuya, la bandera
 Sobre el dorso del Cerro enarbolada!
 ¡Busquen otros, en pérfidas pasiones
 Motivos que deslustren su energía!
 Pertenece a Dios las intenciones!
- 210 ¡Tu pueblo, cuando le hablan de traiciones,
 Corre a orar en Las Piedras, madre mía!
 ¡Feudo o provincia, sin su ardiente brío,
 Suspirar al compás de tus cadenas
 Te miraran las ondas de tu río,
- 215 Y otros recogerían en estío
 Tus ramos de silvestres azucenas!

- ¡Su espada al quebrantar los eslabones
 Que a la familia colonial te unieron,
 Y al cortar en tres listas tus pendones,
 220 Preparó aquellas horas que te vieron
 Sentarte en el festín de las naciones!
 ¡El fue quien avivando en su horda fiera
 La idolatría que se tiene al pago,
 Hizo que el sol bajase a tu bandera
 225 Que flameaba, valiente y altanera,
 Sobre el humo y la sangre del estrago!
 ¡Donde clavó su potro la pisada
 Alto extranjero y secular se hundía,
 Y en medio de la lid encarnizada,
 230 Cinceló, con la punta de su espada,
 Tu corona y tu cetro, madre mía!

VIII

- La España aventurera,
 La que cruzó las noches del océano
 Para clavar la cruz de su bandera
 235 En las costas del golfo mejicano;
 La que plantó las tiendas de su hueste,
 Como señal de duro cautiverio,
 De Anacaona en la región celeste
 Y de los Incas en el rico Imperio;
 240 La que surcando las salobres brumas
 Y dando al viento las hinchadas velas,
 Meció de nuestro estuario en las espumas
 De Solís las endebles carabelas;
 245 La que junto a la orilla de sauzales,
 Donde el pampero, sin ceder, resbala,
 Hizo surgir los rústicos tapiales
 De la ciudad que gobernó Zabala;

- ¡La España del altar y la realeza,
 La España amante de la cruz y el trono,
 250 Con su sed de dominio y de riqueza
 En un esclavo convirtió al colono!
 La ciudad asfixiada
 Por sus duras casernas y torreones,
 Gemía bajo el yugo de la espada
 255 Y el crujir de los ásperos cañones.
 Ni industria, ni comercio; sólo el frío
 Enervador del secular atraso:
 ¡La mole del navío
 También era un torreón, puesto en el río
 260 Para cerrarle al porvenir el paso!

- En el campo desierto,
 No se escuchaba el coro de la viña
 Ni de la mies el rústico concierto;
 ¡Lo poblaban las aves de rapiña,
 265 De la errabunda indiada los aduares,
 El potro libre de gentil fiera,
 Y el nido que columpia sus cantares
 Del ombú solitario en la maleza!

- Por eso cuando lánguido y caduco,
 270 El león de las hidalgas tradiciones,
 Vencido en Carabobo y Chacabuco,
 Quiso encerrarse aquí con sus legiones,
 ¡Nuestra ya larga y abrumante pena,
 Nuestra sed de desnudos y fatigas,
 275 Nuestro odio al coloniaje y su cadena,
 Hizo explosión y se encarnó en Artigas!

¡Eso el caudillo fue: su tiempo rudo,
 Puesto de hinojos, al blandengue aclama,

- Y ha hecho mi madre su mejor escudo
 Del héroe aquel con la sangrienta fama!
 280 El simboliza nuestra sed de gloria
 Y nuestro afán de alzarnos sin señores,
 Lo mismo cuando besa la victoria
 De su pendón las rayas tricolores,
 Que cuando caen gimiendo sus banderas
 285 Sobre la roja majestad del llano,
 ¡Mientras mueren las bravas montoneras
 Asidas al cañón del lusitano!

IX

- ¡Alma de las leyendas redentoras,
 Que los festones del ciprés agitas,
 290 Y entre los huecos de las tumbas lloras,
 Y en las banderas con crespón palpitás!
 ¡Alma de las leyendas nacionales
 Que entre las combas de las liras erras,
 Y al fin de las llanadas orientales,
 295 Enciendes de los astros las señales
 En los picos azules de las sierras!
 ¡Alma mater que soplas de la savia
 La explosión en el árbol aterido,
 300 Y haces que tiemble, de sorpresa y rabia,
 El jaguar pardo por el plomo herido!
 ¡Alma mater que cruzas el pantano,
 Cuando la sombra vaga por el monte,
 Y cubriendo tus ojos con tu mano,
 305 Bajas a espiar en el confín lejano
 Si hay humo donde acaba el horizonte!
 ¡Alma de mi país, dile al que quiera
 Profanar la memoria del caudillo,
 Que le debes el sol de tu bandera
 310 A los feroces lances del cuchillo!

- ¡Todo lo hizo por tí! ¡Por tu ventura
 Ensilló su corcel, esgrimió el hierro,
 Amamantó con sangre la llanura,
 Fue a perderse en las sombras del destierro,
 315 Y encontró en el destierro sepultura!
 ¡De rodillas! ¡El libro de su historia
 Sólo puede leerse de rodillas,
 Que cuando pasa el ángel de la gloria
 Parece que se aplanan las cuchillas!
 320 ¡El Cerrito! ¡La loma levantada
 Común seno de virgen que se siente
 Con salvaje pasión acariciada!
 ¡La verdura ofreciéndole su frente,
 Para apoyar sus pies, a la alborada!
 325 ¡Las Piedras! ¡San José! ¡Cuántas fatigas!
 ¡Entre los roncós toques a degüello,
 La patria crece ante el corcel de Artigas!
 ¡Por eso temblorosas las espigas,
 Que le sienten venir, alzan el cuello!
 330 ¡Le esperan, sí, le esperan impregnadas
 Con los mejores zumos de la tierra
 Donde se agitan por el sol doradas!
 ¡Quieren ser libres y oyen las pisadas,
 Cercanas ya, de su corcel de guerra!

X

- 335 Una tarde de záfiro vestida,
 El boyero que tiene entre las yedras
 De los montes de talas su guarida,
 Oye el eco de un cántico de vida:
 ¡El eco de las dianas de Las Piedras!
 340 ¡Y deja para siempre los ceibales,
 Perdiéndose en la bruma de las olas
 Que sacuden los vientos otoñales,

- El pendón hecho de oro y de corales,
 El pendón de las armas españolas!
- 345 Mas, ¡qué importa, mi bien, que tus señores,
 Cediendo a tu firmeza denodada,
 Renuncien a tus ríos y a tus flores,
 Si aún no acabó la hiel de tus dolores,
 Y aún te espera otra cruz en la jornada!
- 350 ¡Si aún cuatro años el inclito caudillo,
 Encarnación del alma campesina,
 Esgrimirá la lanza y el cuchillo
 Por la tierra en que crece el espinillo
 Sobre la curva gris de la colina!
- 355 De nuevo sobre el llano,
 Donde clava su enseña el lusitano,
 Se oye el clarín heroico de tus fieles,
 Acampan tus estoicas legiones,
 Y relinchan con furia tus corceles,
- 360 Y tiemblan de tus lanzas los rejonés!
 ¡Tus hijos son así! ¡Con sus agravios
 La suerte en vano los persigue airada!
 ¡Aún tu nombre inmortal vibra en sus labios!
 ¡Aun defienden el monte y la cañada!
- 365 ¡Pródigos de su savia, con delirio
 Bendicen al morir tu insignia fiera,
 Y sienten la nostalgia del martirio
 Cuando el cañón te busca en la pradera!
 ¡Vencidos los contempla la llanura
- 370 Sobre el tardo corcel, roto el acero,
 Y al mirarlos pasar, en la espesura
 Se esconde sollozando el teruterero!
 ¡Ayes de Corumbá, que suspirando
 Vagáis sin rumbo en la extensión desierta;
- 375 Ecos del bronce y lastimero bando
 De las auras humeantes de India Muerta!

- ¡Brisas del Catalán, donde entre horrores
Se quebró el lazo y se astilló la lanza,
Fundid vuestros tristísimos rumores
380 En una inmensa estrofa de esperanza!
 ¡Tended con furia el doloroso vuelo,
Cruza bravíos de la patria el llano,
Y a los héroes decid que en nuestro suelo
No hará nido de amor el lusitano!
- 385 ¡Decid que el polvo que al andar levanta
Con su paso triunfal la horda extranjera,
Del invasor se anuda en la garganta
Y el grito heroico de los libres canta
Al volver a rodar por la pradera!
- 390 ¡Gritos de Guerancay, tul del estrago
Que sobre el dorso de los aires giras,
Ecos dolientes que del choque aciago
Recogistéis la nota de las iras!
- ¡Las llamas extended del patrio encono,
395 Y al invasor decid que sus legiones
Levantarán las gradas de su trono
Sobre un montón de yertos corazones!
 ¡Y si sigue pisando los plantíos
Donde vierten su luz nuestras estrellas,
400 Desnivelad el agua de los ríos
Para borrar del invasor las huellas!
- Madre, valor! aun queda la esperanza
De luchar sin ceder, altiva y fuerte;
¡Aún queda el gozo de blandir la lanza,
405 Mientras rudo el cañón tañe a la muerte!
- ¡Aún queda la locura del coraje,
Para caldear los filos del acero!
¡Aún queda el gozo, el júbilo salvaje,
El varonil placer del entrevero!

- 410 Cuando en el cuello del corcel extraño
Clava sus dientes nuestro potro rudo,
Y el campesino de semblante huraño,
El poncho trueca en cegador escudo;
Cuando el gaucho siente en los riñones
- 415 Del invasor, la punta de su lanza,
¡Qué dulces suenan, madre, tus canciones
De desesperación y de venganza!
Cuando de pie, bajo el obús que ruge,
Junto al valiente redomón caído,
- 420 Choca el cuchillo con salvaje empuje,
Contra el fusil en maza convertido,
Cuando se siente sobre el duro pecho,
El pecho jadeador del adversario,
¡Es hermoso morir por el derecho,
- 425 Con la daga en las carnes del contrario!
Por eso cuando adula a la victoria
El salmo de las bandas enemigas,
¡El ángel del heroísmo y de la gloria
Besa las crines del corcel de Artigas!

XI

- 430 Roto en pedazos el sangriento acero,
Pero sin un rasguño en la bravura,
Fue el ínclito guerrero,
A buscar bajo el sol del extranjero,
Tienda ignorada y pobre sepultura.
- 435 Francia le vio llegar con la intranquila
Mirada del halcón que, desde el nido,
Los peñascos vigila,
Y al chocar con los ojos del vencido,
Inclinó la cabeza,
- 440 Confuso y sorprendido,
¡Cegado de aquel sol por la grandeza!

Aquella tierra esclava
 La cruz de tus dolores envidiaba,
 Cuando de tu hijo la aflicción veía,
 445 ¡Porque el suyo, al vencer, la esclavizaba,
 Y el tuyo, al sucumbir, te redimía!

XII

¡Ya tiene el héroe asilo
 Bajo el sol extranjero,
 Donde colgar tranquilo
 450 Las dos mitades de su roto acero!
 Entre el himno sonoro
 Que levantan las brisas y las aves,
 ¡Ya el naranjo le dá sus frutos de oro
 Y el guavirá sus néctares suaves!
 455 Mas ¡qué importan las tardes impregnadas
 De sonoros trinos y de aromas
 Al héroe de tus ínclitas jornadas,
 Si los campos que cruzan sus miradas
 No son, madre, tus montes ni tus lomas!
 460 ¡La nostalgia le abruma!
 ¡En su gran corazón algo aletea
 Que le dice tu nombre y que desea
 Hacer nido en la espuma
 Que el traje azul de tu Uruguay platea!
 465 ¡Oye ruidos de vuelo
 Que le hablan, madre mía,
 De tus praderas verdes, de tu cielo,
 Del trinador zorzal de tu follaje,
 Y del relincho, con que anuncia el día,
 La yeguada salvaje!
 470 El ombú trasplantado
 Del suelo en que ha brotado

- Pronto se vé sin pompa ni belleza:
¡El ínclito soldado,
475 Lejos de tí, se muere de tristeza!
¡Ya su frente se inclina
De pensamientos lúgubres cargada,
Y lo gris de la niebla vespertina
Flota sobre lo azul de su mirada!
- 480 Y una noche de aquellas
En que el cielo del sur derrocha estrellas
Y en que el naranjo, tempestad de olores,
Es todo serenatas, todo flores,
¡El prócer expatriado
485 Con angustia te nombra,
Sintiendo los tañidos del llamado
De los clarines de la eterna sombra!
Después viene el delirio
A aumentar, traicionero,
490 De su agonía el lóbrego martirio,
¡Y sueña con batallas el guerrero!
¡Vé relucir aceros y morriones,
Mientras el toque de degüello suena,
Y el parche agita sus ardientes sonos
495 Y el obús ruge, y la bombardas truena!
¡Por la agreste esmeralda
Rojo caudal circula,
Y ondula la bandera roja y gualda,
Y la bandera tricolor ondula!
- 500 ¡Vé el héroe delirante
De su pendón de guerra los colores,
Entre la nube de salitre errante
Y el canto de los bélicos tambóres!

- ¡Con un grito saluda
 505 Al estandarte que gallardo flota
 En lo más recio de la lid sañuda,
 Y para ir en su ayuda,
 Tiende su mano hacia la espada rota!
 ¡Pero el brazo flaquea,
 510 Su pisada vacila,
 Y la muerte sombrea
 Del gladiador vencido la pupila!
 ¡Se oye en la noche en calma
 Como el vuelo de un alma,
 515 Y algo de grande por el éter sube,
 Y del éter transpone los linderos,
 Lo mismo que una nube
 Viajando por las cintas de luceros!

XIII

- ✦ ¡Ya, dulce madre, a tu regazo santo
 520 Se acerca el viejo capitán glorioso!
 ¡Ya va a dormir bajo el celeste manto
 Que alumbra nuestro sol esplendoroso!
 ¡Ya la plebe agolpada
 Que le conduce a la última morada,
 525 Con patriótico júbilo se expande:
 ¡Dénle tierra sagrada!
 ¡Paso al Libertador! ¡grandeza al Grande! ✦
- ¡Manes de los caídos
 En San José y Las Piedras! ¡valerosas
 530 Huestes de Yapeyú! ¡nobles vencidos
 Junto al Marmaráj! ¡salid unidos
 De vuestras sepulturas tenebrosas!

- ¡En torno del gigante,
 Levantad vuestra sombra inmaculada;
 535 Y a vuestros pies triunfante,
 La nación por vosotros engendada,
 Viva y labore, se depure y cante!
- ¡Y tú, tierra de gloria,
 La desposada con el sol bendito,
 540 No busques para honrar su alta memoria
 Bloques de mármol ni urnas de granito!
 Si un monumento quieres, donde sea
 Perdurable la historia
 De aquellos largos lustros de pelea,
 545 Uno inmortal proporcionarte quiero,
 Símbolo del espíritu animoso,
 De tu primer guerrero:
 ¡Las Piedras! ¡La memoria del coloso
 Amará el pedestal! ¡Funde ese acero!

XIV

- 550 Mas no! Ya San José, la denodada
 Región que ríe cuando el día asoma;
 La región de los trigos, la guardada
 Por las azules sierras de Mahoma;
 ¡San José, de entusiasmo delirante,
 555 Rinde al héroe el tributo merecido,
 Y la gloriosa efigie del gigante
 Salva de las tinieblas del olvido!
 ¡Ya la estatua está en pie! ¡Ya levantada
 560 Sobre su pedestal, la efigie altiva
 Pasea con orgullo la mirada
 Por la extensión nativa!

¡Ya la estatua está en pie! ¡Patria, ya tienes
Altar donde morir! ¡Ya tiene asilo
La diadema de luz que orna tus sienes!
565 ¡Desde hoy el héroe dormirá tranquilo!
¡Sabe que si mañana el extranjero
Lograse hollar el pabellón de Mayo
Con su corcel guerrero,
El último del último entrevero,
570 El último uruguayo,
Al escuchar las dianas enemigas,
Como la ceiba que derrumba el rayo,
Caerá a los pies del pedestal de Artigas! ✂

“CANTOS DE LA TIERRA”

SIN TITULO

De todo lo que dicen se deduce
 Que no me quieres ya:
 ¡Qué hemos de hacerle! ¡El tordo ya no alegre
 Las noches del ceibal!
 ¡Qué hemos de hacerle, si el amor se ha ido
 Y no te hechizan ya
 Ni mis plegarias, de ternura llenas,
 Ni de mis ojos el ardiente afán!
 ¡Qué hemos de hacerle, si arrojaste al agua
 El sueño del hogar,
 Y el camalote se perdió en el río,
 Y hacia otras playas navegando va!
 ¡Qué hemos de hacerle, si la luz no brilla
 Sobre el mantel del descuidado altar,
 Y las campanas de la vieja torre
 En quietud mudas, para siempre están!
 ¡Qué hemos de hacerle, si amustió el otoño
 Los gajos del butiá,
 Y del deshecho camuatí se aleja
 La emigradora avispa del juncal!
 ¡También tu imagen, la divina imagen
 De lo que quiero más,
 Como una estrella que se hundió en la sombra,
 El dedo de los años borraré!
 ¡Y entonces, cuando el fuego no calcine
 Los conos del volcán,
 De la tristeza amarga de estos días,
 Una tristeza dulce nacerá!
 ¡Qué hemos de hacerle! ¡Los veranos pasan!
 ¡Febrero es muy fugaz!
 ¡También las horas del cobarde olvido
 Pronto, muy pronto, para mí vendrán!

“CANTOS DE LA TIERRA”

LOS REDOMONES *

Van pasando voladores,
 Van pasando como sueños,
 ¡Cómo nubes
 Empujadas por el soplo del pampero!
 ¡Cruzan sierras, cruzan llanos,
 Y se pierden en las frondas cuyo incienso
 Rima el himno de la lumbre
 En los cálices de plata y en los cálices bermejós!

¡La leyenda
 De los siglos que se fueron
 Siglos duros
 Como el hierro,
 Va enredada en los abrojos
 De las crines de su cuello,
 Y el espíritu del pago
 Del churrinche cuyas plumas brillan rojas como el fuego,
 Los envuelve con sus zumos
 De sauzal y plumerillo, de mataojo y calaguala,
 [de apio cimarrón y trébol!

Así van los redomones
 Del ejército,
 Cuyas lanzas de tijera
 Son flechazos del sol nuestro

* Los REDOMONES es poesía posterior a la primera edición de "Cantos de la Tierra" y, por consiguiente, recién aparece en la segunda. Su ritmo, ciertas imágenes y otros detalles significativos parecen denunciar una evolución de la romántica musa del poeta y cierta inclinación, en el fondo y en la forma, a las modalidades del modernismo.

Así van a toda brida,
 Por los mundos fabulosos del ensueño,
 Galopando los rosillos,
 Los cabrunos, los overos
 Y las puntas de sus crines,
 Al balance de los vientos,
 Siempre, siempre, siempre y siempre
 Nos señalan, como dedos,
 El lugar del horizonte
 Brillador como un espejo,
 Donde nace y se desangra
 La fecunda y quemadora refulgencia del sol nuestro!
 ¡El isócrono galope de sus cascos

 Va creciendo
 En la lira de los aires
 De las cumbres y las llanas del desierto,
 Y concluye desbordando
 Por formar un himno inmenso,
 Infinito, majestuo son,
 Y que el parche de las olas, de los bosques, y los ecos
 Cantará sobre la patria
 Mientras hile sus ovillos la hilandera de los tiempos

 ¡Son los potros artiguistas!
 ¡Los rebeldes, los charrúas, los salvajes! ¡Son aquellos
 De Las Piedras y el Rosario!
 ¡Son los épicos
 Redomones de las tropas
 De Latorre y de Sotelo!
 ¡Son los potros de India Muerta!
 ¡Son los potros que sintieron
 La tronada del trabuco
 Naranjero!

Son los potros que morían
Envolviéndose en los flecos
De las grandes tricolores,
De las rotas y balcadas tricolores de los nuestros!

¡Son los potros
De ojos negros,
Crin inculta,
Curvo cuello,
Talla corta,
Fuertes remos,
Resistentes a las hambres,

A los hálitos del cierzo,
Al bochorno del estío
Y a las lluvias del invierno!
¡Son los de las viejas trillas!

¡Son los de los años viejos!
¡Son los de la gran leyenda,
La que cantan los bordones encarnados de los ceibos,
La que cantan nuestros tigres en lo verde de los juncos,
La que cantan los ombúes sacudidos por el viento,
La que cantan nuestros ríos bajo el toldo de totoras
Donde brilla lo rosáceo de las alas musicales del
[flamenco!

Pasan, pasan, pasan siempre
Con un rosario soberbio
De pelajes policromos y de crines abrojosas,
Galopando por los valles de los mundos del ensueño!
¡Clarinadas son de triunfo
Sus relinchos altaneros,
Y en el éter impalpable
Las bandurrias de otros tiempos,
El bordón, que es un arrullo,

Y la prima, que es un beso,
 Van rimando las patrióticas
 Décimas de Valdenegro,
 Al compás de los corcovos,
 Espantadas y escarceos
 Del tropel apocalíptico
 De los zainos que mordían los obuses extranjeros!

¡Van desgarrando las nubes
 Con sus balances homéricos!
 ¡Los tordillos son de plata!
 ¡Los alazanes de fuego!
 ¡Son las chispas de sus cascos
 Como siempre de fulgentes soles nuevos,
 Y se encorva la flexible
 Redondez de su pescuezo,
 Como el brazo de las ánforas en que Lúculo ponía
 El arroyo de granates de sus uvas de Falerno!

¡En sus grupas,
 Que ya ondean y se borran a lo lejos,
 En sus grupas buriladas
 Con buriles embrujados por el numen de los sueños,
 Brilla suavemente el bronce
 De los trigos más morenos,
 De los trigos en que entonan
 Los chingolos y chajáes sus nocturnos chopinescos!
 ¡Y las nubes,

Unas nubes que son copia del excelso
 Cortinaje que atraviesan a los rayos del estío.
 Y en selváticas bandadas, los azules tordos nuestros
 Se deshilan, dibujando
 Con el hilo de sus flecos

Chuzas, sables, tercerolas y banderas tricolores,
Que cimbrándose y crujiendo
Cantan himnos de clarines
Montoneros!

¡Son los himnos del pasado!
¡Son los himnos que dijeron,
Santamente y de rodillas, Andresito y Monterroso!
¡Los soldados de la patria, los soldados de otros tiempos!
¡Son los himnos que la noche
Tañe, al pasar por los brezos,
Cuando enciende la chinesca lamparilla de los tucos
Sobre el cono de las cumbres de Peralta y Vizcaíno, de
[Betete y Lunajero!

“CANTOS DE LA TIERRA”

LAS DOS INVASIONES *

(A la ciudad de Minas)

I

- 1 ¡Musa de las patrióticas tristezas,
Toma el laúd con lloros por canciones!
¡El camino es de sangre y son de muerte
Las pálidas visiones!
- 2 ¡Aullidos del cañón, tules sin calma
De la humareda que asfixiante gira
Removed el ambiente de mi alma!
¡Templad en vuestras cóleras mi lira!
- 3 ¡Decidme cómo fue! ¡Fundid el vago
Contorno de la lucha gigánteas,
Y entradme en lo más recio del estrago,
Donde sus himnos el clarín voceas!
- 4 ¡Quiero encontrarme en la fatal jornada,
Parte formar de la legión patriota,
Y sentir, en mi frente doblada,
La pena y la inquietud de la derrota!
- 5 ¡Quiero en el campo de la lid reñida
Recoger al que rueda entre clamores,
Enjugando la sangre de su herida
Con el pendón de franjas tricolores!
- 6 ¡Y quiero de la hueste salvadora
Retemplar el encono y la fiereza,
Preludiando los cantos de la aurora
Al hundirme del monte en la maleza!

* Apareció esta poesía, una de las más inspiradas del autor, en "EL LIBRO DE LA PATRIA" editado en 1888. Con acerradas correcciones y la feliz "Interpolación" del VIII, ha tenido una extraordinaria difusión, hasta el extremo de ser considerada, como la *Leyenda Patria*, un verdadero canto oriental.

II

- 7 ¡Allá van! ¡tras las bélicas fatigas
Y el hervor de las luchas militares,
Las huestes que aprendieron con Artigas
A defender sus rústicos hogares!
- 8 ¡Cómo al mirar que con ardiente anhelo
Libertarte o morir, patria, resuelven,
Hasta las piedras del nativo suelo
Contra la grey del invasor se vuelven!
- 9 ¡Allá van! ¡junto al rancho de totora!
¡Lento el corcel, la frente doblegada;
Negra ansiedad su corazón devora;
Llevan llanto de angustia en la mirada!
- 10 ¡Allá van! ¡orillando la laguna
Escondida entre toscos pajonales,
Que esperan a las luces de la luna
Para vestir sus hábitos nupciales!
- 11 ¡Allá van! ¡sobre el dorso de la loma
Donde su último airón suspende el día,
Donde entre nubes de salvaje aroma
El espinillo sus malezas cría!
- 12 ¡El último suspiro de la tarde,
Sangrienta como un sueño de venganza,
Con extraño fulgor relumbra y arde
En el agudo hierro de su lanza!
- 13 ¡Tus hijos son! ¡las huestes montoneras,
Las estoicas bandas campesinas,
Que en San José cubrieron de banderas
El lecho en que cansada te reclinas!
- 14 ¡Tus hijos son! ¡los héroes de tus llanos,
El muro de tu altar, los inmortales

- Que hicieron con escudos castellanos
 La alfombra de tus plantas virginales!
- 15 ¡Tus hijos son! ¡las hordas del pampero,
 Las primeras dianas de tu historia,
 Los que grabaron con buril de acero
 Tu nombre sobre el rostro de la gloria!
- 16 Vencidos van y el moribundo día,
 Cuyos arcos de grana palidecen,
 Saluda con respeto su agonía:
 ¡Si grandes en el triunfo los veía,
 Más grandes aún vencidos le parecen!

III

- 17 Mira, madre: silbando los azota
 Un viento frío que irascible vuela,
 Y el poncho en alas de las brisas flota
 Al compás de los hierros de la espuela.
- 18 Cuelga en su cinto el desmayado acero,
 Y al soplo de la tarde entristecida,
 El ala levantada del sombrero
 Tiembla en su frente por el sol curtida.
- 19 Del trote al ritmo, lento y perezoso,
 El lazo, el anca del corcel golpea,
 Cansado de lanzar el rencoroso
 Silbido de su curva en la pelea,
- 20 Y de los héroes bendiciendo el brío,
 Compartiendo su angustia y sus fatigas,
 ¡Ondula allí, fantástico y sombrío,
 El estandarte tricolor de Artigas!

Mira, madre: la angustia los desgarran;
 Vibra su corazón con honda pena,

- Como vibra en sus manos la guitarra
Con el arpegio de los tristes llena.
- 22 Saben que bajo el palio de verdores
Del viejo ombú, dormido en la colina,
La prenda de sus rústicos amores
Sueña con ellos cuando el sol declina;
- 23 Pero mientras los céfiros pampeanos,
Cuya canturia con dolor te nombra,
Agiten los pendones lusitanos,
¡Solitaria la virgen de los llanos
Soñará del ombú bajo la sombra!
- 24 ¡Y cuánto soñará... ¡Ya desbandada.
Madre doliente, tu legión bendita,
Sin rivales la enseña esmeraldada
Al soplo de tus céfiros palpita!
- 25 ¡El vivo fuego de tu sol la dora,
Ondula con orgullo en tus almenas,
Y siente con desdén de triunfadora
El rumor que levantan tus cadenas!
- 26 ¡Mentira! ¡no ha de ser! ¡Dios no lo quiere!
¡Prepárate a la lid! ¡brille tu acero!
¡Enseña al invasor cómo se muere!
¡Azota con tu lanza al extranjero!
- 27 ¡Plaza, imperiales, plaza
A la amazona que a las lides vuela
Y el viejo escudo de su gloria abraza!
¡Confundís el jaguar con la gacela!
- 28 ¡De este suelo, con sangre fecundado,
Cuando resuene de la patria el grito,
Saldrán, saldrán con el semblante airado,
Preludiando las dianas del pasado,
Los héroes de Las Piedras y el Cerrito!

IV

- 29 ¡Manes de los vencidos
De Catalán en el contrario enredo,
Dormid bajo los bosques florecidos
 Sin angustia y sin miedo!
¡No vendrán a turbar vuestro reposo,
Cuando la noche en el espacio asoma,
Ni el ruido del vivac del victorioso,
Ni el rezo dicho en extranjero idioma!
Pronto a cambiar el fallo de la suerte,
En vuestras tumbas se arrodilla el hado:
¡Vais a dormir el sueño de la muerte
Al calor del terruño emancipado!
- 30 Todo está aquí de libertad sediento:
—¡Patria! — del urunday en el ramaje,
La gemidora música del viento
Suspira con su rítmico lenguaje.
—¡Patria! — zumbando el camuatí murmura
Sobre el burucuyá, pródigo en flores,
Y — ¡Patria! — en medio de la noche oscura
Dice el ñacurutú a los invasores
Al perderse furtivo en la espesura.

V

- 31 ¡Dormid! que ya el oriente
De nacarinos tintes se colora,
Como si las guirnaldas de su frente
Lanzara al aire el numen de la aurora.
- 32 Es un copo de luz distante y vaga;
Fleco estelar dormido en la laguna;
Ocaso de una noche que aún se embriaga
Con el licor de perlas de la luna.

- 33 Baña esa luz de brillos de azucena,
 Flor del aire con orlas de rocío,
 Sobre un pavés de movediza arena
 A un grupo de héroes de mirar sombrío.
- 34 Alta la frente que doró el pampero;
 Con patriótico llanto en las mejillas;
 Con la rabia del odio justiciero;
 Los más de pie, los menos de rodillas;
- 35 Extendidas las manos con sagrada
 Y profética unción, juran leales,
 Sobre la cruz del puño de su espada,
 Desgarrar las divisas imperiales.
- 36 ¡Juramento inmortal! ¡grito de guerra,
 Que al levantar las curvas de su vuelo,
 No cabiendo en el arco de la tierra,
 Fue a perderse en los límites del cielo!
- 37 ¡Juramento inmortal! ¡la luz suave,
 Que ebria de gozo al escucharlo brilla,
 Lo cuenta al río, que lo cuenta al ave
 Del nido de las lianas de la orilla!
 ¡El ave vuela a repetirlo al monte,
 Y la fuente del monte, fresca y pura,
 Lo canta de horizonte en horizonte,
 De llanura en llanura!
- 38 ¡Juramento inmortal! ¡grito de gloria!
 ¡Mística salve! ¡homérica llamada!
 ¡Al escuchar sus ecos, la victoria
 Corre al balcón azul de la alborada,
 Como la virgen, al sentir los sonos
 De la canción por su galán cantada,
 Corre a abrir el cancel de sus balcones!

- 39 ¡Grito inmortal! ¡arrullo soberano
 Del sol del porvenir! ¡hiende las rocas,
 Atraviesa las cumbres, cruza el llano,
 Del monte juega con las verdes tocas,
 Sobre las arpas de los vientos vibra,
 Se perfuma en los flecos de la palma,
 Recorre el corazón de fibra en fibra
 Y hace explosión de luz dentro del alma!
- 40 ¡Juramento inmortal! ¡himno sublime!
 ¡Diana de bendición! ¡plegaria inmensa!
 ¡Credo de libertad! ¡voz que redime,
 Provoca, exalta, fanatiza, inciensa!
 ¡De Sarandí las auras lo escucharon,
 Y besando en la frente a la victoria,
 De Ituzaingó los genios lo cantaron
 En el arpa de estrellas de la gloria!
 ¡Subiendo hasta el dosel de las mañanas
 En las alas del sol templó su queja,
 Y al cernerse del triunfo entre las dianas,
 Humedeció sus notas soberanas
 El llanto de jaguar de Lavalleja!

VI

¡Señor, que en los confines del desierto
 Colgaste un lampo de tu luz febea,
 Para alumbrar los pórticos del huerto
 Prometido a las turbas de Judea!
 ¡El alma de las patrias, — como el ave
 De alas enormes y grisácea pluma,
 Que anida en el peñón, adusto y grave,
 Batido por el cierzo y por la bruma, —
 Quiere aire y libertad, espacio y lumbré,

La esclavitud la postra y la exaspera,
 Retrato fiel del ave de la cumbre,
 Del águila altanera
 De alas enormes y de oscuras galas,
 Que si cae prisionera,
 Se destroza las plumas de las alas
 Contra los muros de su cárcel fiera!

41 ¡Señor, que el noble grito,
 Que el grito santo de los héroes sea
 Como el fleco de luz de lo infinito
 Que guiaba a las turbas de Judea!
 ¡Que el alma de la patria se levante,
 Al escuchar sus bélicos clamores,
 Para surgir triunfante
 Entre dianas y ruidos de atambores,
 Como el cóndor que rompe denodado
 La cárcel que le encierra,
 Para volar con vuelo apresurado
 Hacia el nido labrado
 En la roca más blanca de la sierra!

42 ¡Señor, que el grito ardiente
 No se pierda en las criptas de palmares,
 Como se pierde el agua de la fuente
 En la errabunda pompa de los mares!
 ¡Que el ave, en cautiverio,
 Pueda ya libre, bendecir tu imperio,
 Y no sucumba de cansancio y frío,
 Entre las rejas de metal labradas,
 Fijando en los senderos del vacío
 La desesperación de sus miradas!

VII

- 43 Llenando con sus ecos nuestra historia
 El grito de los héroes se dilata,
 Como vibrante cántico de gloria
 Desde el turbio Cuareim al hondo Plata.
 ¡Si el ruido de sus voces os despierta,
 De júbilo temblad! ¡Ya estáis vengados,
 Mártires olvidados
 Bajo la tierra santa de India Muerta!
- 44 ¡Ese canto bendito
 Que se cierne ondulante
 Y que se va a perder en lo infinito,
 Es la bélica diana que se oía
 Cuando surgiste en Sarandí triunfante,
 Bandera tricolor, bandera mía!
 ¡Al compás de sus ecos redentores
 Ondulan nuestros ríos todavía,
 Y aun repitiendo el santo juramento
 Con que la arena de la orilla azotas,
 La patria, que salvaste con tu aliento,
 De Ituzaingó sobre el altar sangriento
 Te muestra el haz de sus cadenas rotas!

VIII

- 45 ¡Visión del arenal, visión sagrada
 Que del poniente al resplandor escaso,
 Sobre el río y la cumbre y la cañada
 Te meces en las curvas del ocaso!
- 46 ¡Espejismo que el alma ve de hinojos
 En el confín del moribundo día,

- Imán de amor de mis cansados ojos,
Santa epopeya de la patria mía!
- 47 ¡Brille sin mancha el lampo con que doras
La orilla donde cantan los sauzales,
De Sarandí las dianas redentoras,
De Ituzaingó los salmos inmortales!
- 48 ¡Flota, visión, bajo el dosel del cielo
Donde anidan las noches uruguayas,
Que al cubrirlas con la orla de tu velo,
Haces inexpugnables nuestras playas!
- 49 ¡Visión del arenal, que del ambiente
Con las hebras más cándidas tejida,
Bañas de nuestro sol la roja frente
En las aguas lustrales de la vida,
- 50 Tu imagen presidía la batalla,
Que eternizaron con su ardor guerrero,
Los que entre el ronco hervir de la metralla,
Alzando el brillo de su corvo acero,
- 51 Y suelto el poncho, que al flotar murmura,
Sobre las ancas del corcel alado,
De Sarandí cubrieron la llanura
Con banderas de tinte esmeraldado!

IX

- 52 ¡Ituzaingó, tus dianas
Aún cruzan nuestros montes seculares
Al soplo de las ráfagas pampeanas,
Más crespas que las olas de los mares!
- 53 ¡Si la tierra, que un día
Vio el escudo imperial sangriento y roto,
En lo profundo de la mar se hundía,
Sobre el inmenso horror del terremoto,
La gloria de tu nombre flotaría!

- 54 ¡Efeméride santa,
 Cuando con tu visión mis ojos lleno,
 Siento un nudo de sangre en mi garganta
 Y un mundo de entusiasmos en mi seno!
- 55 ¡A la luz de tu sol, nuestras legiones
 Alzaban a la patria entre sus brazos,
 Y extendía la muerte sus crespones
 Sobre el cuadro alemán hecho pedazos!
- 56 ¡Y aún en las tardes de febrero estivo,
 Oh sol de Ituzaingó, cuando furtivo
 De azul, púrpura y nieve al cielo pintas
 Y en brazos de la noche te desmayas,
 Bordas, con los reflejos de tus cintas,
 De nuestra vieja tricolor las rayas!

X

- 57 ¡Heredera sublime
 De aquella ave caudal de nuestra historia!
 ¡Rezo alzado en mitad de la batalla
 Como una invocación hecha a la gloria!
- 58 ¡Bandera de la patria, libre ondula,
 En las alas gigantes del pampero,
 Sobre los ríos que amorosa azula
 La claridad del astro del boyero!
- 59 ¡Protege con tus franjas bicolores,
 De nuestros ceibos las rojizas tocas,
 De nuestros campos las pintadas flores,
 De nuestras sierras las abruptas rocas!
- 60 ¡Fecunda, con tus ígneas claridades,
 Nuestros plantíos de verdor cubiertos,
 Corona con tu sol nuestras ciudades
 Y cubre con tu sombra a nuestros muertos!

“CANTOS DE LA TIERRA”

A TI

¡Si eres la roja flor del ceibo,
La flor querida del mamangá,
Yo seré el viento que fugitivo
Con sus vaivenes te besará!

¡Si eres la avispa que el aguacero
Sobre sus alas formarse vé,
Seré el azúcar del limonero
Y entre perfumes te esconderé!

¡Si eres la gracia, la diminuta
Gracia hechicera del mainumbí,
Seré la copa de la cicuta
Para que labres tu nido en mí!

¡Si eres la yerba que en la cuchilla
Mueve las galas de su verdor,
Seré el cocuyo que tiembla y brilla
Sobre la alfombra del campo en flor!

¡Si eres arroyo, seré sombrío;
Si eres arpegio, seré laúd;
Y si eres triste cadáver frío,
Haré con fibras del pecho mío
Las cuatro tablas de tu ataúd! ♫

“CANTOS DE LA TIERRA”

EN EL CAMALOTE

Al morir una tarde de otoño,
Lluviosa y opaca,
Un islote columpian los vientos
Del río en las aguas.

En un tronco, que cimbra el islote,
Un nido se alza,
Donde asoman dos aves pequeñas
Sus frentes aún calvas.

Sobre el nido, tendida e inmóvil,
La madre se halla;
Sobre el nido, que azota la lluvia
Y sacuden del viento las ráfagas.

Cerca de ella, muy cerca, el esposo
Con sus píos más tiernos le habla,
Enseñando a la madre la orilla
Que muestra a lo lejos su muro de ramas.

Triste mira la esposa a las aves
De frentes aún calvas,
Y a la noche que ya en el espacio
Sus tules desata.

Con un pío más fuerte el churrinche
De nuevo la llama,
Y se pierde después en la orilla
Volando con ansia.

Mira entonces la madre a sus hijos
Con dulce mirada,
¡Y los cubre mejor de la lluvia
Abriendo con fuerza las húmedas alas!

“CANTOS DE LA TIERRA”

LA GUITARRA

En el arte musical
Ningún instrumento alcanza
Las vibraciones que lanza
La guitarra nacional;
Rompe en notas de cristal;
Que estremecen el oído,
Y con tan dulce sonido
Canta frases de pasión,
Que repiten su tañido
Las fibras del corazón.

Simboliza en paz y en guerra,
Con sus rítmicos clamores,
Los placeres, los dolores,
Y las glorias de mi tierra;
Todo en su canto se encierra,
Todo en su arrullo palpita,
Desde la estrofa bendita
Del himno libertador,
Hasta el beso de la cita
Bajo el algarrobo en flor.

Ya se cimbra lastimero
Su acorde triste y sin fin,
Como el tallo del jazmín
En las puestas de febrero;
Ya es arroyo que ligero
Entre guijas corre y salta,
Con su espuma las esmalta
Y enseña música al nido
En la palmera más alta
Por dos zorzales tejido.

Ya se eleva su canción
Suspirante y sin aliño,
Como copla de cariño
Lanzada en el pericón;
Ya precipita su son
En vertiginosa escala,
Que serpenteando resbala
Con hechizo singular,
Lo mismo que la luz mala
En el ombú secular.

No hay en el mundo armonía
Que yo a la suya prefiera;
¡Nadie cambia de bandera
Y la guitarra es la mía!
Si amorosa desvaría
Pone celoso al hornero,
Y si reta al extranjero
Tiene, en su rudo lenguaje,
Del charrúa y del matrero
La independencia salvaje.

¡Con cuánta dulzura suena
Si canta amantes enojos,
Hasta humedecer los ojos
De una linda faz morena;
Y cómo, de orgullo llena,
Si en nuestra historia se inspira,
Tiene arrebatos de lira
Y arranques de himno triunfal,
Que en brusco crescendo gira
Por las cuerdas de metal!

¡Si en la noche de las palmas
Entre saudades se pierde,
Lleva por el campo verde,
Lejos, muy lejos, las almas;
Y de la puesta en las calmas,
Sobre el crespón de la loma,
Tiene arrullos de paloma
Y tiene ruidos de tul,
Cuando el primer astro asoma
En nuestro horizonte azul!

Cuenten otros los primores
De la música italiana,
Y la armonía alemana
De wagnerianos rumores;
¡Yo, nacido entre las flores
del Uruguay placentero,
Amo las cuerdas de acero
Que me enseñan a cantar,
Y en que hace nido el boyero
De la musa popular!

¡La de la hierra y la trilla,
La del pericón airoso,
La sentada en el rugoso
Ombú puesto en la cuchilla;
La que sabe la sencilla
Historia de la tapera,
Donde un vengador espera.
La cruz, labrada a cuchillo
Con la rústica madera
De los gajos de espinillo!

¡Con qué audaces vibraciones
Su cinta de arpegios lanza,
Cuando al compás de la danza
Se mueven los corazones;
Y qué tristes sus canciones
Le parecen al oído,
Cuando el ave vuelve al nido
Arrullada por la nota
Que como un rezo perdido
Sobre nuestros campos flota!

¡Y qué no acierta a decir
Bajo el nocturno crespón,
A las plantas del balcón
Que no se quiere entreabrir!
¡Malhaya la que al sentir
De sus caricias la queja,
Blancos cendales no deja
Para escuchar con afán
Lo que suspira en su reja
La guitarra de un galán!

¡Ninguna pinta mejor
Las costumbres de mi tierra,
Las hazañas de la guerra,
Y los lances del amor;
Cuando su dulce rumor
Se alza rítmico y sereno,
Surge el semblante moreno
De la mujer anhelada,
Reclinando en nuestro seno
La cabecita adorada!

¡Y si pelagra el altar
De las patrias afecciones,
Si el ruido de los cañones
Truena en barranca y palmar,
Su patriótico cantar,
Con coraje y sin desmayo,
Nos habla del limpio rayo
Del sol que brilla fecundo
En las banderas de Mayo,
Libertadoras de un mundo!

¡Oh noble patria de Artigas,
Patria de los Treinta y Tres,
Que has calentado tus pies
Con banderas enemigas;
Tú que al sol radiante obligas
A que azule tu pendón,
Si alguna vez la ambición
Hunde en tu pecho sus garras,
Llámanos con el bordón
Más ronco de tus guitarras!

¡Llámanos, que ante el sonido
De las liras nacionales,
Ante los ecos marciales
Del bordón enardecido,
Los que tu seno ha nutrido,
Los que amparan tus banderas
Y al sol de tus primaveras
Cultivan sus ilusiones,
Triple muro de fronteras
Te harán con sus corazones!

¡Voz de las cuerdas de acero
Que en mi espíritu resbalas
Como el roce de unas alas
En los juncos del estero,
Por mi parte, sólo quiero
Para endulzar mi agonía,
Que cuando la muerte fría
Me dé su beso nupcial,
Me circunde de armonía
La guitarra nacional!

“CANTOS DE LA TIERRA”

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

¡Duerma en el seno de la madre altiva
El que a la madre con el arpa honró!
¡Entrelazad la verde siempreviva
Al gajo de laurel que conquistó!

¡Colgad el arpa de bruñido acero
En la flexible cripta del palmar;
Que la encuentren las rachas del pampero,
Su soplo inspirador, menos ligero
Que el pangaré gallardo de Celiar!

¡Que la estrella del Sur circunde y dore
El arpa con su nítido fulgor,
Cuando el zorzal entre los guindos lllore
Y se despierte el puma concolor!

¡Cuando se amustie el día en los juncales
Y en la carda se encierre el colibrí,
Y acaricien las brisas estivales
El purpúreo florón de los ceibales
Donde se cimbra el viejo camuatí!

¡La ruda lira de bruñido acero
Bien en los patrios montes estará,
Entre las verdes cintas del romero
Que ronda zumbador el mamangá!

¡La cercarán de espléndida armonía
Los genios del arroyo y del ombú;
Y a besarla saldrán, cuando huya el día,
Con sus amores virginales, Lía,
Con su salvaje amor, Caramurú!

¡Allí su templo está; de sus canciones
La selva, el numen y el encanto fue,
Donde el charrúa se esparció en malones
Y en las ondas negrea el yacaré!

¡Colgad el arpa de los dioses lares
Donde su copa agita el urunday:
Allí, donde entre esencias y cantares,
Bajo un toldo de ceibos y palmares,
Nuestras costas fecunda el Uruguay!

¡Duerma en el seno de la madre altiva
El que a la madre con el arpa honró!
¡Entrelazad la verde siempreviva
Al gajo de laurel que conquistó!

¡Duerma, madre, velado por tu gloria
Quien sólo tuvo rimas para tí;
El noble bardo de tu vieja historia,
Que guardaba vibrante en su memoria
El himno triunfador de Sarandí!

¡El rebelde compás de las canciones
En que los viejos tiempos nos pintó,
Con ruido de cureñas de cañones
Y relucir de lanzas se nutrió!

¡Tuvo su numen la beldad severa
Con que se viste de la noche el tul,
Y la cívica fe guardando entera,
Siempre vieron sus ojos tu bandera
Como un fragmento del espacio azul!

¡La contemplaron sus amantes ojos
Siempre teñida en cándido arrebol,
Puesto el altivo corazón de hinojos
Ante la imagen tutelar del sol!

¡El sorprendió los juegos de la indiada
En las tranquilas tardes del aduar,
Y la súplica, dulce y delicada,
De la vihuela, por la novia orlada
Con un ramito de silvestre azahar!

¡Las auras de los ríos le dijeron,
Al mover los cintajos del ombú,
En qué paraje de la costa hicieron
Su nidada las hembras del ñandú!

¡El supo oír con religioso espanto
Los nocturnos alertas del chajá,
Y perfumar las notas de su canto
En las flores que oscilan en el manto
Del siempre trepador burucuyá!

¡El nos contó los lances de la yerra,
Las hazañas del lazo y de la res,
Y amante de las cosas de su tierra,
Trébol y espigas emparvó a sus pies!

¡Muda y sin cuerdas ya su arpa de acero,
Tranquilo el trovador puede dormir;
Lo vela el alma de su pueblo entero
Y las liras gigantes del pampero
Sus estrofas dirán al porvenir!

“CANTOS DE LA TIERRA”

LA SIESTA

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Bajo el sol de febrero todo se enerva;
La cigarra tan sólo canta en la yerba;
A la sombra del monte yacen las reses;
Hay abejas dormidas sobre las mieses;
Ya el griterío
De las aves zancudas cesó en el río.

La lechuza en los cercos está parada;
Los chingolos ocultos en la enramada;
En los sauces sedientos de las riberas,
Sus colores ovillan las gusaneras.
¡Todo mustio se inclina,
Todo es sosiego,
Y los pastos calcina
Lluvia de fuego.

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Elaboran los flancos de las colinas,
Con flotantes vapores, tenues cortinas;
El granado destila rojos rubíes
Y se cubren de cera los camuatíes.
Todo está en calma:
¡El zorzal en el nido y éste en la palma!

El ombú solitario de la cuchilla
 Mueve apenas su extraña flor amarilla;
 El plumón de los cardos seca el bochorno;
 Es la tierra una fragua y el cielo un horno.
 ¡Todo mustio se inclina,
 Todo es sosiego
 Y los pastos calcina
 Lluvia de fuego!

El ofidio se enrosca
 Bajo el toldo amarillo de la retama,
 Zumba la mosca
 Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Sólo el rancho que alegre de trovas llena
 Una linda paisana de tez morena,
 Sólo el rancho barroso cercano al río
 No hace siesta en las tardes del rubio estío,
 Que en su ventana
 Un galán dice amores
 A la paisana.

Y a veces, cuando todo dormita y sueña,
 El ombú de la loma, la flor isleña,
 En el monte las cintas de yedra y parra,
 Se percibe el rasgueo de una guitarra,
 Cuyo canto solloza
 De orgullo y gozo,
 Si le dice la moza
 —¡Te quiero! — al mozo.

El ofidio se enrosca
 Bajo el toldo amarillo de la retama,
 Zumba la mosca
 Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

“CANTOS DE LA TIERRA”

ANDRESILLO

I

La Libertad, El Pueblo, — iba gritando
 Por calles y por plazas,
 Cuando el jardín se viste de heliotropos
 De azules lirios y de rosas pálidas.
 La Libertad, El Pueblo, — repetía
 Sobre el fango y la escarcha,
 Cuando tiemblan los árboles desnudos
 Y se encorvan las ramas.
 Descalzo; el cuello al aire, mal prendido
 El pantalón, que a la rodilla alcanza;
 Sobre el cabello inculto, vieja boina
 De dudoso color y rota malla;
 Trigueño, endeble, sin descanso y ágil,
 Por calles y por plazas,
 A la lluvia y al viento,
 Sobre el lodo y la escarcha,
 Iba gritando con su voz ya ronca:
 La Igualdad, La República, La Patria.

Se llamaba Andresillo y contaría
 Diez primaveras a lo más. Su infancia
 Fue una penumbra dolorosa y triste,
 El despuntar de un día de borrasca,
 Un pasaje del Dante, ¡una tragedia
 Escondida en la bolsa de una larva!
 Huérfano desde el punto en que sus ojos
 Se abrieron a la luz, — por mano extraña
 Recogiendo del suelo del suburbio,
 Hijo de la embriaguez y de la infamia,

Creció entre golpes y denuestos, solo,
Sin escuchar jamás esas palabras
Que parecen el salmo de las cunas
Y que las madres verdaderas cantan.
No le vieron jamás sus compañeros
En los alegres corros de la playa;
Ni merodeó tampoco en los frutales
Que la ciudad circundan; ni su charla
Hizo sonreír al viejo transeúnte
Que junto al grupo de chicuelos pasa;
Ni precedió a las tropas en revista,
Al vivo son de la marcial charanga.
Creció en un antro, conociendo el hambre,
 Junto a un hogar sin llamas,
Y apenas pudo andar, sus manecitas,
— Sus manecitas por el frío cárdenas. —
Ofrecieron temblando al pasajero
Esas hojas inmensas en que vagan,
 En orden apiñado,
Las líneas negras y las líneas blancas.
Vendiese poco o mucho, eran los golpes
 Su recompensa diaria.
Y fuerza fue agotar la mercancía,
Gritar El Porvenir, La Democracia,
El Progreso, La Idea, con voz ronca,
 Bien estridente y alta
Para aplacar la furia del verdugo,
De la mujer salvaje y sin entrañas
Que amparó porque sí, por hacerlo algo,
Al hijo del misterio y de la crápula.
Si el niño. — ¡Perdón, madre! — le decía
 Entre un turbión de lágrimas,
Aquella loba contestaba alzando
 Su diestra de gigante:

— ¡Tu madre fue una horrible mujerzuela!...
 ¡Un aborto del mal!... ¡no llores!... ¡calla! —
 En tanto un hombre, que paseaba ebrio
 Por la mísera estancia,
 Azuzaba a la bruja murmurando:
 — Haces bien. ¡Que se calle o que se vaya! —
 Así entre el vicio, el odio y la miseria,
 Junto a un hogar sin llamas,
 Pasó del pobre huérfano
 La tenebrosa infancia,
 ¡La infancia de Andresillo, un condenado
 Del que el Dante no habla!

II

Una noche de invierno triste y fría, —
 Noche de lluvia, sepulcral y opaca, —
 Andrés enfermo, pero casi alegre
 Y sin números ya, cruza la plaza
 Pensando en lo sabroso de su cena
 Y en lo caliente del jergón de paja.
 No es fácil que le peguen; ha vendido
 Todo lo que gritó y aunque se halla
 Quebrantado y con fiebre, sólo el frío
 De la lluviosa noche le acobarda.
 De pronto oye un sollozo: es una niña
 Huérfana como él, como él oleada
 Del fango de la sombra y compañera
 De oficio y correrías. — ¿Qué te pasa?
 ¿Qué tienes? le pregunta y suspirando
 Dice la niña pálida:
 — ¡Que no pude vender todos los números!
 — ¡También a tí te pegan, pobre Paula!

—¡Me castigan de un modo que da miedo!

La hermosa niña exclama.

—¿Cuántos números tienes? — Andrés dijo.

—¡Ocho! — responde la pequeña. ¡Oh santa
Compasión del insecto por el átomo!

Andresillo infeliz la frente baja,
Compra los ocho números y sigue
El camino que lleva a su covacha
Calculando los golpes que le esperan,

Llena de angustia el alma,
Mientras que de rodillas, en la noche,

Sobre las nubes pardas,

¡La madre de la niña sin amparo
De gratitud y compasión lloraba!

Llegó Andrés a su cueva. Vio en lo oscuro
El gastado jergón de húmeda paja
Y sobre tosca fuente, junto al fuego,

El humo de las viandas.

—¡Si te quedó algún número, a la calle! —

La mujer le gritó. — ¡La noche es mala
Y no pasaba gente! ¡Estoy enfermo! —

Del niño balbucea la garganta

Ya llena de sollozos. — ¡A la calle!

¡A dormir en los bancos de la plaza!

¡A cenar con los perros sin arrimo! —

Contesta la mujer y con la rabia
Que ahoga la voz de la piedad bendita,
Dejó al niño y la sombra cara a cara.

Lo que el niño y la sombra se dijeron

Es un misterio aún. ¡Tal vez el alma

Enternecida de la pobre madre

Sobre el niño tendió las leves alas!

Lo cierto es que al venir el nuevo día,

Los quinteros que entraban

En la ciudad, rigiendo adormecidos,
Con mano floja, las carretas tardas,
 Le vieron con asombro,
Sobre el dintel oscuro de la casa,
¡Rígido, inmóvil, azulado, muerto,
A la confusa claridad del alba!

“LUCES Y SOMBRAS” *

* Primera edición 1905. Segunda edición 1911. Tercera edición 1919. Selección dividida en ocho partes, algunas de las cuales llevan como sub-títulos, el título de anteriores libros del autor que eligió las mejores, en su concepto, para este volumen definitivo.

A SOLAS

¡Ven! con tus brazos mi cuello oprime
Y en mis pupilas pon tus miradas,
Mientras la noche cuelga en los guindos
De sus antorchas la luz fantástica.

Todo en silencio dormita y sueña;
Ninguno escucha nuestras palabras:
¡Vuelve a decirme que tú eres mía!
¡Jura de nuevo que me idolatras!

En los senderos, los sauces crujen
Bajo su manto de nieve blanca:
¡Es que la luna peina a los sauces
Con sus pequeños peines de plata!

Meciendo airosa su traje verde,
La hiedra oscila sobre la tapia:
¡Es que en la hiedra se esconde un nido
Y hay cuatro alitas entre las matas!

En el perfume, que nos envuelve,
Del jardín flota disuelta el alma:
¡Es que los rojos claveles buscan
A los claveles de tintas pálidas!

Ninguno sabe que nos queremos;
Los astros brillan entre las ramas:
¡Vuelve a decirme que tú eres mía!
¡Prueba de nuevo que me idolatras!

“LUCES Y SOMBRAS”

IMER BEI DIER

No aguardes, no, que el viento del olvido
 Seque las flores que sembré a tu paso:

¡Es nuestro amor un sol oscurecido,
 Pero que nunca llegará a su ocaso!

¡Me dejaste serena y convencida
 De que espantabas para siempre el tedio,
 Sin notar que en la historia de tu vida
 Yo soy como una llaga sin remedio!

¡Yo fui tu iniciador! ¡En tus altares
 El cáliz levanté por vez primera,
 Y al compás de mis lúbricos cantares,
 El gozo se enredó a tu cabellera!

Por más que jures que mi acento ronco
 Ya no te turba, tu ilusión desbarra:
 Siempre se ve una herida sobre el tronco
 En donde el tigre se afiló la garra!

Por el mar de tu pena y de mi pena
 Vamos los dos sin rumbo prefijado:
 ¡No hay herrero que lime la cadena
 Que junta tu pasado a mi pasado!

¡Nos unen tu hermosura y mi delito!
 ¡Aun, cuando llamas al placer, me nombras!
 ¡Nos une el grito, el voluptuoso grito
 Con que tu labio sacudió a las sombras!

Y cada tarde, cuando el sol desmaya
 Sobre ese mar que juntos recorremos,
 ¡Los dos soñamos con la misma playa!
 ¡Con la playa a que nunca volveremos!

Si mañana la muerte sorprendiera
 A alguno de los dos sobre las olas,
 ¡El otro navegando prosiguiera
 Sin rumbo fijo y con el muerto a solas!

¡Para ninguno de los dos hay calma
 Ni en la existencia ni en la tumba fría,
 Porque yo aun soy la sombra de tu alma
 Y eres la sombra aun tú del alma mía!

Ha esculpido el amor en nuestra frente,
 Al dejarnos, las cifras de su yugo;
 ¡Tú serás mi verdugo eternamente!
 ¡Yo seré eternamente tu verdugo!

Lo debimos pensar, antes de amarnos;
 Lo debimos pensar y no lo hicimos:
 ¡Hoy en que pretendemos reemplazarnos,
 Ninguno de los dos lo conseguimos!

¡Yo no encuentro un amor que sustituya
 Al loco amor que me tuviste un día,
 Y aunque tu boca de mis labios huya,
 Mis ojos te enardecen todavía!

Hay que aceptar, mujer el vencimiento
 Y hay que doblarse ante el inicuo fallo;
 Hay que decirle al viejo sentimiento:
 —¡Salve, señor, y ordena a tu vasallo! —

¡Yo de la mar, indómita y desierta,
 Me entrego a las rugientes tempestades,
 Porque no aguarda mi ventura muerta
 La venida del Dios del Tiberiades!

¡Hay como yo, mujer!... Pues no podemos
 Regresar a la orilla, ya lejana,
 ¡La banderola del desastre icemos
 En el tope del palo de mesana!

¡Inútil es que de mi afán te rías!
 ¡Inútil es que de mis pasos huyas!
 ¡Aun en la sombra de tus noches frías,
 Sueñan los trigos de las carnes tuyas
 Con el contacto de las carnes mías!

“LUCES Y SOMBRAS”

HIMNO A LA LUZ

¡Oh luz de rubios cabellos, que en suaves trenzas partidos
Duermen en los más ocultos camarines de las cosas;
Que tremulan, como un arpa, en la puerta de los nidos,
Y se ciñen, como un velo, a la carne de las rosas!

¡Oh luz de rubios cabellos de blancas ondulaciones,
Que los astros depositan en las cumbres solitarias:
Tintes róseos de la aurora, que flotáis como canciones;
Tintas grises de la tarde, que flotáis como plegarias!

¡Oh divina luz creadora, que en los tiempos primitivos
A la humanidad tuviste por creyente y por esclava;
Que con dulces nombres sueñas en los coros votativos
De la musa de los indras y la musa escandinava!

¡Tú produces las corrientes de los aires que navegan
Desde el polo hasta las dunas de los líbicos desiertos;
Desde el bosque en que las ninfas a los sátiros se entregan,
Hasta el carmen que perfuman los claveles entreabiertos!

¡A tí deben nuestros ojos el placer de los colores,
A tí deben nuestros ríos sus espumas azuladas,
A tí deben nuestras selvas sus espléndidos verdores,
Y a tí dicen nuestras aves sus dulcísimas tonadas!

¡Cuando naces y tus fuegos a las nubes tornasolan,
Con la lira de las náyades te bendicen los torrentes,
Sus banderas de oro antiguo los maizales enarbolan,
Y los gallos te saludan con sus dianas estridentes!

¡Cuando mueres tras los picos de las ásperas montañas,
Cuando cierras el estuche de tus fúlgidos topacios,

Un ensueño de tristeza, que recorre las cabañas,
Engrisece las alfombras que tapizan los palacios!

¡Salve, Baal de los fenicios; salve, Apolo de los griegos!
Salve, Hawai que los aztecas adoraron de rodillas!
¡Quémanos en lo purpúreo de los fecundantes fuegos
Con que doras las escamas de tus sierpes amarillas!

“LUCES Y SOMBRAS”

MEDIO EVO

¡Quisiera de los lustros preñados de heroísmos,
Cruzadas y torneos, sentir los misticismos,
Las tenebrosas ansias y el bayardesco afán;
Cernerme como el canto de Freya en los abismos,
Y predicar a golpes de alfanjes el Corán!

¡Quisiera ser de aquellos batalladores rudos
Que humildes se prosternan ante el altar de Hirmín,
Que lucen una rosa pintada en sus escudos,
Y pueden con sus brazos sanguíneos y nervudos
Doblar a las encinas del Eider y del Rhin!

¡Quisiera ser de aquellos que sin vestir de malla
Combaten con los dioses en hórrida batalla,
Desde que el sol apunta hasta el atardecer,
Regando con su sangre los campos de Walhalla,
En donde aulla el lobo que bebe en el Wener!

¡Quisiera con el filo de mi hoz y mi cuchillo,
Para salvar mi choza que un prócer amancilla,
Herir de Monferrato sobre el ducal blasón;
Ir a aprender las ciencias ocultas a Sevilla
Y fabricar un filtro con hieles de dragón!

¡O en serventesio ardido, para ganarme a Laura,
Tomar parte en las fiestas donde Clemencia Isaura
Escucha a los juglares tejer un madrigal,
Mientras el sol, dorando las rémiges del aura,
Los céspedes verdea del suelo provenzal!

¡O por robarle un beso a la impiedad de Flora,
Oír que me condenan las cortes del amor

A convertirme en paje de mi gentil señora,
Y a defender, cimbrando la lanza brilladora
En justas y en torneos, mi delicioso error!

¡O bien en una sala de regias dimensiones,
Junto al festín grosero de la mansión feudal,
Cantarle al castellano de Ausías las canciones,
Mientras la castellana, pendiente de mis sonos,
Se acuerda de Tanhäuser y evoca a Parsifal!

¡O bien un caballero, señor de horca y cuchillo,
Con un leopardo de oro sobre mi banda azul;
O bien el parroquiano del pobre ventorrillo
Donde soñó a sus vírgenes la musa de Murillo
Cuando la tarde cierra las rosas de su tul!

¡Un monje como el monje fray Benito de Aniana,
Un capitán ilustre como Martell o el Cid,
Para imponer al moro la religión cristiana,
Y libertar cautivos, y en una barbacana
Besar a mi Jimena tras la ardorosa lid!

¡Me había ser el hijo de nuestra edad oscura,
Aunque haga maravillas con la electricidad,
Porque a mi edad le falta la sed de la hermosura,
El fuego de las creencias, el fuego que depura
De San Francisco de Asís a la monstruosa edad!

¡Me había ser el hijo de nuestra edad plebeya,
De esta centuria triste del gas y del carbón,
En que ya no se escuchan los cánticos de Freya,
Ni tienen los Camoëns asuntos de epopeya,
Ni vagan entre escollos las naves de Colón!

¡Me había ser el hijo de un tiempo que blasona
De que su dios no es otro que el dios del interés,
Monarca que ha manchado de cieno su corona,
Que tunde a don Quijote y que en Falstaff perdona
Al zafio, al envidioso, al ruin y al descortés!

¡Me había ser el hijo de esta centuria artera,
Que ha puesto a la esterlina sobre su innoble altar,
Y que ha hecho del sarcasmo su escudo y su bandera:
¡Centuria que no siente, centuria que no espera,
Centuria que no sabe ni aborrecer ni amar!

“LUCES Y SOMBRAS”

LAS DOCE

¡Media noche! ¡silencio! la ronda
Fantástica empieza,
Y se junta a la voz de los kóbolds,
La voz de las elfas.

¡Media noche! ¡silencio! las brujas
Encienden su hoguera,
Y en el carro de lirios azules
Titania despierta.

¡Media noche! ¡silencio! los gnomos,
Dejando sus cuevas,
A las ninfas que cruzan el bosque
Lascivos acechan.

¡Media noche! ¡silencio! los duendes,
Sin formas concretas,
Iluminan el cuarto dormido
Con luz de luciérnaga.

¡Media noche! ¡silencio! se ¡escucha
La rima siniestra
Que a lo lejos levanta el salvaje
Corcel de Mazzeppa!

* * *

¡Media noche! ¡silencio! la ronda
Fantástica empieza,
Al arrullo del arco de Kréspel,
Que gime de pena.

Suspendida del sauce lloroso,
 La willis ligera,
 Con sus plantas agita la espuma
 Del río que tiembla.

En los viejos cipreses que guardan
 La gótica iglesia,
 Alguien ríe moviendo los largos
 Festones de hiedra.

Encendido en la cumbre del monte,
 Relumbra y chispea
 Como un haz de sarmientos que atizan
 Fantasmas de niebla.

¡Y una extraña canturia los silfos
 Medrosos conciertan,
 En las rosas que adornan el tiesto
 Dormido en mi reja!

¡Media noche! ¡silencio! ¡es la hora
 De Mab la hechicera,
 Y ya siento que pulsan sus manos
 Del arpa las cuerdas!

¡Ya Romeo su canto de amores
 Le dice a Julieta,
 En la escala que ocultan las sombras
 De clámide negra!

¡Ya acarician los labios del moro
 La faz de Desdémona!
 ¡Ya va Hamlet, vestido de luto,
 En busca de Ofelia!

Y a la tímida luz de la luna,
Que cubre tu puerta
Con un largo sudario de plata
Que el viento cimbreo,

¡Mi noctámbulo espíritu cruza
La calle desierta,
Y depono, al llegar a tus vidrios,
Un beso en las piedras!

“LUCES Y SOMBRAS”

I N D R A

Cuentan los libros védicos que otrora,
En las edades lúgubres y extrañas,
Se movían volando las montañas
Y a su antojo cambiaban de lugar;
Cuentan los libros védicos que entonces
Lo que fue aldea al levantarse el día,
Pocas horas después se convertía
En granítico y áspero pilar.

Así, bajo las moles que cruzaban
Continuamente la región del viento,
Abandonando con placer su asiento
Y cambiando a su antojo de país,
Se hundían con estruendo las ciudades,
Convertidas en polvo y sofocadas
Por el eterno errar de las aladas
Emigradoras de ropaje gris.

La humanidad vivía entre terrores,
Y el ibis zumbador forzaba el vuelo
Al ver venir por el azul del cielo
Una flecha de enorme pedernal;
Las madres, abrazadas a las cunas,
Con inquietud frenética gemían,
Y los tigres rugientes se escondían
Con miedo en el oscuro matorral.

Indra, el Dios de la bóveda estrellada,
El de los centelleantes horizontes,
Miró ceñudo a los alados montes
Y — ¡estad quietos! — con cólera exclamó;

El Himalaya, respondiendo al reto,
Redobló de sus fraguas los afanes,
Y el cono circular de los volcanes
Su larva a las estrellas escupió.

Indra, el que rige el elefante blanco
De la luz por los cielos brilladores,
El Dios del aire, el Dios de los colores,
El que azula las puertas del Edén;
Esgrimiendo sus rayos con la diestra
Que de la aurora fabricó las galas,
Quemó los ojos y quemó las alas
De los gigantes de encendida sien.

Desde entonces inmóviles, vencidos
Por los recuerdos de la horrenda lidia,
Los colosos escuchan con envidia
El roce alado del sidéreo tul;
Y a veces, con bramidos de venganza
Y renacer sintiendo sus afanes,
Sus antorchas agitan los volcanes
Y escupen fuego a la extensión azul.

Pero aun vela en el éter el triunfante
Señor de las auroras sonrosadas,
El que gritó a las cumbres sublevadas:
— ¡Inútil es vuestro monstruoso afán! —
¡Aun abre el Dios de los planetas rubios
La curva de los iris de colores,
Y tapia con sus dardos punzadores
Los conos encendidos del volcán!

“LUCES Y SOMBRAS”

A ELLA

¡Visión de mis noches oscuras y amargas!
 ¡Visión de estas noches de otoño, muy largas,
 Muy largas, muy frías, muy llenas de hiel!
 ¡Visión que me rindes y amante me excitas!
 ¡Visión que me hablas de cosas benditas
 Con labios que huelen a olor de clavel!

¡Visión adorada que escuchas mis quejas
 Con risa burlona! ¡Visión que no dejas
 Al sueño benigno mis ojos cerrar!
 ¡Visión que te places, si lloro de angustia!
 ¡Visión que en la frente, nostálgica y mustia,
 Me besas con besos que me hacen temblar!

¿Por qué, noche a noche, me arrulla tu vuelo,
 Y el alma vestida con traje de duelo,
 Te ve con tu traje de novia surgir? —
 ¿Qué mago te evoca? — ¿Qué silfo te crea? —
 ¿Por qué, cuando todo se apaga y negrea,
 Tú brillas lo mismo que un sol de zafir?

¡Ya sabes de sobra, visión que te adoro!
 ¡Ya sabes de sobra que todo el tesoro
 De mis esperanzas en ti concentré!
 ¿Por qué me persigues con trágico empeño?
 ¿Por qué de mis ojos alejas el sueño?
 ¿Por qué me torturas? — ¡Responde! — ¿Por qué?

Te di cuanto pude: ¡mis años mejores,
 Mis ansias de gloria, mis versos, mis flores,
 La sangre más rica de mi corazón!
 ¿Qué más puedo darte? — Me miro al espejo:

¡Mis sienes blanquean! ¡Me encuentro ya viejo!
¡No soy el que un día llamó a tu balcón!

¿Qué pides? ¿Qué quieres, recuerdo obstinado?
¿Por qué con la opaca visión del pasado
Anulas la puerta que da al porvenir?
¡No vuelvas, amante visión que me arroba!
¡Yo haré que tus ojos alumbren mi alcoba
La noche en que sienta que voy a morir!

¡Entonces mil veces, mil veces bendita,
Si acudes, si llegas, si caes a la cita,
Si llenas mi estancia de tibio fulgor!
¡Entonces, sí, ansío mirarte un momento,
Sentir tus plegarias, mecirme en tu aliento,
Llorar en tus brazos y hablarte de amor!

¡Entonces quisiera, con trémulo labio,
Pedirte disculpas, borrar el agravio
Que dicen que dices que yo te inferí!
¡Entonces quisiera que puesta de hinojos
Benigna y piadosa cerrases mis ojos,
Mis ojos que nunca se sacian de ti!

¡Entonces quisiera, como último anhelo,
Sentir que se acerca tu sáfico vuelo,
Tu vuelo que azula la noche otoñal;
Y ver a la lumbre que esparzan mis cirios,
¡Como una promesa, tu traje de lirios,
Tu traje de novia, tu traje nupcial!

“LUCES Y SOMBRAS”

F I D E S

(A una niña)

Como el incienso del santuario,
Como los ritmos de la oración,
Como las salves del campanario,
¡Palpite siempre tu corazón!

Bajo los iris de la bonanza
Y de las nubes bajo el dosel,
¡Que siempre el faro de la esperanza
Dore las velas de tu bajel!

Pon en las cumbres tu pensamiento,
No vayas nunca del mal en pos,
Y cuando silbe furioso el viento,
¡Deja que silbe y espera en Dios!

“LUCES Y SOMBRAS”

POR TODOS LOS CAIDOS

(En el aniversario de la batalla de Masoller)

¡Lloremos, musa mía, por todos los hermanos
A cuya tumba falta la sombra del ciprés!
¡Por todos los que yacen de los nativos llanos
Bajo el verdoso trébol, bajo la rubia mies!

¡Lloremos, musa mía, por todos los dormidos
Del rancho costanero junto a la tapia gris,
Bajo el sauzal con orlas de musicales nidos,
Y al pie de las barrancas agrestes del país!

¿Qué importan las divisas? ¿Qué importan los colores
Del trapo de las lanzas de lívido fulgor?
¡Unamos a las preces de todos los dolores
El himno de tu pena y el rezo de tu amor!

¡Sus rostros ya no tienen la máscara violenta
Que pone en nuestros rostros el ciudadano afán!
¡Los igualó la muerte con su segur sangrienta
Y todos abrazados en el misterio están!

¡Reposen en el seno de la pradera verde,
Cubiertos por las ramas de la nativa vid,
Lo mismo que una estrofa guerrera que se pierde
Llevada por el humo grisáceo de la lid!

¡Saliendo por los poros de la llanada inmensa
Los jugos de sus carnes, ansiosos de calor,
Se funden y se abrazan, con embriaguez intensa,
Para verdear las hojas, para tejer la flor!

¡Lo mismo que la muerte, nuestra piedad ignora
La cifra y los colores de su blasón marcial!
¡Sobre el montón anónimo nuestra tristeza llora!
¡El luto de las madres es luto nacional!

¿Qué importan los colores? ¡Su tumba, en la pradera,
No tiene más insignias que un manto de verdor,
Y encima de su tumba no cruje otra bandera
Que nuestra idolatrada bandera bicolor!

¡Lloremos, musa mía, por todos los dormidos
Del rancho costanero junto a la tapia gris,
Bajo el sauzal con orlas de musicales nidos,
Y al pie de las abruptas quebradas del país!

“LUCES Y SOMBRAS”

25 DE AGOSTO

De Agosto la purpúrea llamada
Dijo con ira y con dolor, al verte,
Por un decreto injusto de la suerte,
Al lábaro imperial encadenada:

—¡Segura de reinar, en la alborada
De mi día mejor, álzate fuerte
Y pule en las tijeras de la muerte
Los filos del acero de tu espada!

¡Estos ceibos que esmaltan tus riberas,
Sangre simulan con sus rojas flores,
Y del clarín bajo las notas fieras

Quiero que rujas, pero no que llores,
Para hacerle a mi sol, con tus banderas,
Cielos en que verter sus resplandores!

“EL LIBRO DE LAS RIMAS” *

* Del LIBRO DE LAS RIMAS, existen dos ediciones, la primera lleva la fecha de 1910, y la segunda corregida y aumentada se imprimió en 1918.

A DON QUIJOTE

Creyendo en magos, silfides y ondinas,
Yo también, como tú, valientemente,
Crucé planicies y crucé colinas
Con un mundo de sueños en la frente.

Yo también, como tú, con mi armadura
Ferruginosa entrando en la pelea,
He proclamado a gritos la hermosura
Magnífica y sin par de Dulcinea.

Por cumbres, por pendientes y por llanos,
Yo también, mi errabundo caballero,
He combatido a monstruos y a villanos
Hasta gastar la punta del acero.

Juguete fui de la vulgar malicia,
Y como tú, tundido y quejumbrante,
Mis fogosos amores de justicia
Galopé en Clavileño y Rocinante.

Y escucha bien, hidalgo sin segundo,
Aunque no siento afanes de revancha
Y aunque es indigno nuestro pobre mundo
De que volvamos a cruzar la Mancha.

Si mi ardorosa juventud tornase,
Como es tan dulce perseguir un sueño,
¡No es difícil, por Dios, que aún cabalgase,
Buscando a Dulcinea, en Clavileño!

“EL LIBRO DE LAS RIMAS”

PASION AGONIZANTE

↓ Puedes decir mañana que ya estoy olvidado;
Yo te diré mañana que no te quiero ya:
Cuando el oriente irradie su resplandor sagrado,
Cada uno de nosotros por su camino irá.

Pero esta noche dime que tu ternura es mía,
Tolera que esta noche te bese con pasión,
Y déjame esta noche, mendigo de alegría,
Dormir algunas horas sobre tu corazón. ↓

↙ Ya sé que tus promesas parecen un perfume,
La claridad de un cirio y el agua de un raudal;
Pero esta noche el ansia de amor que me consume
Le da a lo pasajero, carácter de inmortal.

Apóyate en mi pecho y jura que me quieres,
Besándome agoniza y déjate querer:
Hoy hay en torno mío suspiros de mujeres,
Y dentro de mis ojos perfiles de mujer. ↓

Hasta que el espinillo, con ráfagas de aroma,
Salude al renaciente fulgor matutinal,
¡Ten para mí lascivos arrullos de paloma,
Y haz de los brazos tuyos mi cámara nupcial!

Hoy siento una profunda sed de melancolía,
Hoy siento la nostalgia de que te ríes tú,
Cuando miramos juntos cómo se acuesta el día
Entre las verdes ramas de nuestro viejo ombú.

¡Hoy tengo sed de arrimos y sed de languideces,
Mi corazón de amores agonizando está,
Y quiero que me veas más joven que otras veces,
Tal vez porque mañana no nos querremos ya!

“EL LIBRO DE LAS RIMAS”

LORELEY

(Al doctor Germán Roosen)

Junto a las aguas hondas, muy hondas,
Su negro potro detuvo el rey,
Mientras vibraba, bajo las frondas,
El vals divino de Loreley.

Sobre una roca, bajo la lluvia
De la tremante llama lunar,
Sus rizos peina la ondina rubia,
La de los verdes ojos de mar.

Como los rayos de un meteoro
Sobre una nube blanca y gentil,
Brillan los rayos del peine de oro
Sobre su frente, que es de marfil.

Bajo el encanto del vals de amores,
Del potro negro se aleja el rey,
Y de la luna los resplandores
Doran los rizos de Loreley.

Al rey sonríen los labios rojos
Que el ritmo endulzan de la canción,
Mientras le miran sus verdes ojos
Con una extraña fascinación.

Siente el monarca lo irresistible
De la caricia de aquel mirar,
Y urde el ensueño de lo imposible
La escintilante blonda lunar.

Del vals divino las languideces
Son como un largo beso de amor;
Fingen sus notas las desnudeces
De los encajes de un peinador.

La ondina rubia suelta su leve
Manto de gasa, traje de tul,
Y como un sueño de oro y de nieve
Se hunde en las ondas del río azul.

De las espumas con los reflejos
Sus verdes ojos llaman al rey
¡Y se oye lejos, pero muy lejos,
El vals divino de Loreley!

“EL LIBRO DE LAS RIMAS”

EL CIPÓ

Nació sobre la copa del árbol corpulento,
 Sin que ninguno acierte cómo ha brotado allí,
 Aquel airón que ondula cuando solloza el viento
 Y plegan los crepúsculos sus alas de rubí.

Los troncos de sus ramas con lentitud descienden
 Nutridos por los jugos del árbol montaraz,
 Y cuando al suelo llegan, como raíces prenden,
 Cubriendo a todo el árbol con su festón vivaz.

¡Uniendo sus encajes con maña traicionera
 Como una red, en torno del árbol nutridor,
 Al árbol estrangula la fuerte enredadera,
 Al árbol en que el vuelo detuvo el picaflor!

Engaño de los ojos, semeja su verdura
 Lo verde del ramaje de un árbol tropical,
 Y son aquellas mallas como una fosa oscura
 En donde el tronco duerme su sueño sepulcral.

En vano es que renazca la dulce primavera,
 Tiñendo al horizonte de nácar y punzó;
 ¡Ya el tronco ni verduras ni céfiros espera!
 ¡Le cubren para siempre los ramos del cipó!

Señor, que de las dudas el malezaje rudo
 Tejiste sobre el árbol altivo de mi fe,
 Si ya está todo el árbol decrepito y desnudo,
 ¿Por qué mandas al tronco que permanezca en pie?

“EL LIBRO DE LAS RIMAS”

EL SAUCE

Sobre el espejo de los patrios ríos,
Dando frescura y sombra a la ribera,
Cimbra el sauce su verde cabellera,
De sus ramos la urdimbre secular;
Y cuando el blanco disco de la luna
En las tranquilas ondas se retrata,
Como un columpio guaraní de plata,
Se ve a la cabellera relumbrar.

Cuando el salvaje soplo del pampero
Los verdes ramos del sauzal agita,
En ese instante en que la flor palpita
Con la inquietud que da el anochecer;
Y cuando mece el disco de la luna
En las aguas sus trémulos fulgores,
De la urdimbre de lánguidos verdores
Salen dolientes lloros de mujer.

Dicen que cuando los guerreros toldos
Nuestros fértiles valles recorrían,
Y sus diademas de ñandú mecían
A la ardorosa luz del patrio sol,
Una hermosura de cobriza frente
Y de largo cabello renegrado,
Dejó que en su alma suspendiese el nido
La imagen varonil de un español.

¡Cuántas veces las hadas de la fronda
En que sus ramos el ceibal agita,
Vieron, en los transportes de la cita,
De la charrúa el corazón latir!

¡Cuántas veces las hadas de la selva
Unida al español la contemplaron,
Y cuántas, cuántas veces sollozaron,
Sobre su amor, las tardes de zafir!

¡Presa en la luz de los hispanos ojos,
Se siente arder la garza de los ríos,
Como presa en la luz de los estios,
Se siente arder la flor del arazá!
¡En su pecho, la voz idolatrada
Vibra constante, dulce y tentadora,
Como vibra la música sonora
Del tordo en los penachos del butiá!

Y dicen que una vez, en que la indiada
Hizo nido nocturno en la llanura,
Por no ver en los mares de la altura
El faro de amatistas de una luz,
De pronto despertó despavorida,
Bajo ayes de dolor desgarradores,
Envuelta en los relámpagos traidores
Y el siniestro vocear del arcabuz.

¡Oh cobarde maldad! ¡Es la charrúa
La que los pasos extranjeros guía,
Los arcabuces cuentan su falsía,
La delatan con brillo cegador;
Y el padre de la apóstata, un cacique
Que cae rugiendo, con la sien deshecha,
Clava, al morir, el áspid de su flecha
En aquel pecho que turbó el amor!

La flor tronchada, la torcaz herida
Nombra, con un sollozo plañidero,

Al astuto y galán arcabucero,
Al que de amores la enseñó a sufrir;
Y envuelta por la sangre de los suyos,
De los suyos oyendo los quejidos,
La venadilla de ojos renegridos,
La garza azul se preparó a morir.

Con las pupilas más que con los labios,
Como hablan el ensueño y la quimera,
Le dice la torcaza plañidera,
Muy tiernamente, al pálido español:
—¡Ya nunca, nunca, con tus claros ojos
Azularás la noche de los míos!
¡Piensa en mí, dulce bien, cuando en los ríos
Se hundan las luces de mi patrio sol! —

Entre la tierra y las plumizas nubes,
Ya libre el alma de la niña flota,
Como si fuese la errabunda nota
De un amoroso y lánguido cantar,
Y cuando el cisne de la luz naciente
Abrió su vuelo en el confín nublado,
¡Sobre un arroyo, terso y azulado,
El primer sauce se empezó a cimbrar!

No extrañéis, cuando el soplo del pampero
Los verdes ramos del sauzal agita,
En ese instante en que la flor palpita
Con la inquietud que da el anochecer,
Y cuando mece el disco de la luna
En las aguas sus trémulos fulgores,
Que salgan de los lánguidos verdores,
Como dolientes lloros de mujer.

“EL LIBRO DE LAS RIMAS”

EL MAIZ

I

Hace ya muchos lustros, muchos lustros,
Se acercaban a tí las carabelas,
Batidas por el cóndor del pampero,
¡Que enronqueció de angustia y de vergüenza!
Con sus palos sin cofas y el latino
Velamen triangular en las entenas,
Las españolas naves parecían
Como alciones que cruzan la tormenta
Y trazan, sobre el dorso del oleaje,
El arco de sus rémiges inmensas.

Al mirarlas llegar, dijo a tus gnomos
El alma primitiva de la América,
La que al sol de los incas,
Al sol de los aztecas,
Sobre la noche azul de sus cabellos,
Con mil dardos sujeta:
—¡No consintáis, oh duendes de las grutas,
Que el hombre blanco, en su codicia pérfida,
Me arrebathe los fúlgidos tesoros
Que elaboró la sangre de mis venas!
¡El sol, que adorna los cabellos míos,
Ríe en sus bordes, en su fondo juega,
Y es injusticia que otro sol las llamas
Rompa sobre el cristal de sus facetas! —

Y tus gnomos, cavando y más cavando
Veinte noches enteras,
Hicieron una fosa tan profunda
Que daba miedo el asomarse a ella.

—¿Hay oro en las corrientes? ¡A esconderlo!
 ¿Hay perlas en la costa? ¡A recogerlas!
 ¡Así, tal vez, nos dejarán tranquilos
 Los rudos hombres blancos que se acercan! —
 Se dijeron tus gnomos, y en la fosa
 La pedrería entierran
 Que fabricó la luz del sol indiano
 En las entrañas negras
 De las cumbres en donde
 El espinillo y el ombú verdean.

 Los gnomos a la fosa
 Bajaron con presteza
 El rubí, que es un beso y una herida
 Perpetuamente abierta,
 Cuyos trémulos bordes enrojece
 La sangre de una estrella.
 Y en la fosa, los gnomos escondieron
 De la esmeralda el lago de fulgencias,
 El sueño de los oros del topacio
 Y el celaje auroral de la turquesa,
 Las ascuas del granate, del berilo
 La policroma endecha,
 El morado temblor de la amatista
 Y el luminoso llanto de las perlas.

Y los gnomos, después de terminada
 La fatigosa empresa,
 Para tapiar el deslumbrante hueco,
 En el hueco vaciaron una sierra,
 Extendiendo el más grande de mis ríos
 Sobre la tumba de tus áureas piedras,
 Mientras dice a los gnomos,
 Que lloran con tristeza,

El alma primitiva
 Y virgen de la América:
 —¡Dejad, dejad que en su sepulcro inmenso
 Vuestros diamantes duerman!
 ¡La sangre de la luz no está perdida!
 ¡Ya el sol me ha dicho lo que hará con ella! —

II

Muchos lustros después, cuando empezaron
 Las salves del clarín en tus praderas
 Y el sueño de los libres
 Tus visiones enfiebra,
 En las verdes lomadas de tus costas,
 ¡Las piñas del maíz al sol chispean!

Los gnomos, que conocen
 Su origen de leyenda,
 En las panojas rubias,
 De lo que fue conversan;
 Fabrican, en sus granos,
 Las mieles de la zeina;
 En los husos del céfiro,
 Fantásticas diademas,
 Con los morochos y flexibles hilos
 De su penacho, trenzan;
 Y cuando el día muere,
 Cuando la noche silenciosa llega,
 Sobre el maizal que rítmico
 Como una lira suena,
 Reflejos de esmeralda,
 De sardio y de turquesa,
 Coloca el sol charrúa,
 ¡El rojo sol de nuestra libre América!

“EL LIBRO DE LAS RIMAS”

LA CRUZ DEL SUR

(Al doctor Arturo Lussich)

Cuando las carabelas rechinantes
Y con todo su lienzo desprendido,
Entraban ya del mar desconocido
En las verdes planicies ondulantes,

Se hincaron con pavor los navegantes
Del casco férreo y del arnés bruñido,
Al sentir en su rostro ensombrecido
La llamarada azul de tus brillantes.

Así que tu fulgor brilló en sus golas,
¡Cruz del altar del mundo americano!
Le dijeron las brisas y las olas
Al león rugiente del escudo hispano,
Que si tú sus espumas arrebolas,
¡Canta a la libertad nuestro Océano!

“EL LIBRO DE LAS RIMAS”

LAS PIEDRAS

Cante con rima gozosa,
Del bordón el redoblado,
Al blandengue denodado
De la tricolor gloriosa;
Vibre en la décima airosa
El redoble del bordón,
Como vibra la canción
Que vuela de rama en rama,
Y volando se embalsama
Con perfume de cedrón.

¡Gloria al blandengue inmortal,
Al hazañoso caudillo
De los pagos del tomillo
Y los pagos del zorzal;
Al que el alma nacional
Forja con trozos de acero,
En el ardiente entrevero
Donde vivó a la esperanza
El relumbrar de la lanza
Del indio y del montonero!

¡En la cumbre y en el llano
De nuestro suelo nativo,
Mandaba adusto y esquivo
El pabellón castellano,
Cuando la robusta mano
De aquel fuerte luchador,
Sobre la pradera en flor
Y la loma atrebolada,
Hizo flotar la sagrada
Nube de la tricolor!

La nube, rompiendo en llanto
 De sangre y de bizarría,
 En tus lomadas cruja
 A manera de himno santo;
 Y al escuchar aquel canto,
 En cuyos acorde late,
 Como espada y acicate,
 La angustia que te consume,
 ¡Sueña del ceibo el perfume
 En ser arma de combate!

¡En la nocturna quietud
 De los ranchos de totora,
 Todo siente y todo llora,
 Oh madre, tu esclavitud;
 Todo habla con acritud
 De tu cautiverio impío,
 Desde la curva del río
 Que entre el pajonal blanquea,
 Hasta el pasto en que gotea
 Sus diamantes el rocío!

¡Cuando con cólera santa
 Nuestro blandengue famoso,
 De su estandarte glorioso
 Los tres listones levanta,
 Ruge en vivas la garganta
 De lo que gime vasallo,
 Y siente, al golpe del callo
 De su redomón de guerra,
 Sed de ser libre la tierra
 En que pisa su caballo!

¡Nuestra patriótica fe,
Siguiendo al caudillo fiero,
Te forjó un altar de acero,
¡Patria mía, en San José,
Que al sentir próximo el pie
Del blandengue triunfador,
El viento, el río y la flor
Se convertían en brazo,
Donde izaba su aletazo
La indomable tricolor!

¡Las Piedras! ¡En su llanura
Aun está, con sangre, escrito
Aquel esfuerzo bendito
Que quebrantó tu clausura!
¡Aún en sus llanos perdura
La ronca salve marcial
Del fusil de pedernal,
Que cita a la gloria daba
En los pliegues que agitaba
La tricolor inmortal!

¡Gloria madre, eterna gloria
A tus montoneros fieles,
Y haz con ramas de laureles
El marco de su memoria!
¡En el templo de tu historia
Brillen con cegante brillo
Los que, siguiendo al caudillo,
Colocaron tus fronteras
De sus tacuaras guerreras
En la punta del cuchillo!

¡Eterna gloria al desnudo
De tan insigne jornada!
¡Gloria a Pérez y Tejada,
Alvarez y Figueredo!
¡En aquel heroico enredo,
De Walcalde la pasión
Rimó el himno del cañón
Con tan fiera bizzaría,
Que en los broncez se sentía
Latir a su corazón!

¡Es justo, patria, que llores
Con un lloro alborozado,
Al recordar el sagrado
Afán de tus tricolores!
¡Aquel ensueño echó flores
Tras angustiantes fatigas,
Y aún hoy, sobre tus espigas,
De los tordos el alegre
Vitorea a Valdenegro
Y canta un himno a tu Artigas!

“EL LIBRO DE LAS RIMAS”

LOHENGRIN

I

¿Dónde vas? — me decían las olas,
 Moviendo sus ricos encajes de nácar,
 Y el cisne inclinando su cuello flexible,
 Altivo y alegre, las olas cortaba.

¡Entonces, oh madre, lucía la góndola
 Muy blanca, muy blanca!
 ¡Eran muy azules, oh madre, los cielos!
 ¡Muy verdes, oh madre, muy verdes las aguas!

Con una armadura
 De anillos de plata,
 Y alzando en el yelmo
 Un haz de fulgores del sol de las albas;
 Luciendo en el cinto, bordado de perlas,
 Oh madre, una espada
 Que de las justicias y de las virtudes
 Con todos los temples, forjó la esperanza,
 —¡Voy en busca del ósculo de Elsa! —
 Les dije a las olas de encajes de nácar.

¡Entonces, oh madre, lucía la góndola
 Muy blanca, muy blanca!
 ¡Eran muy azules, oh madre, los cielos!
 ¡Muy verdes, oh madre, muy verdes las aguas!
 ¡Era un astro mi doble armadura
 De anillos de plata,
 Y el plumero de casco magnífico
 Parecía un joyel de esmeraldas!

II

¿Dónde vas? — me preguntan las olas,
 En donde se quiebra
 De los tristes ponientes de otoño
 La luz cenicienta,
 Y el cisne, que dobla su cuello sin brillos
 Y sin gentilezas,
 Se desliza, tedioso y cansado,
 Sobre el río, con marcha inserena.

¡Es hoy, madre, la lúgubre góndola
 Muy negra, muy negra!
 ¡Muy opacos, oh madre, los cielos!
 ¡Hoy cruzan, el río, muchas hojas secas!

Roto el guantelete,
 La malla deshecha;
 Partida en el yelmo,
 La frágil cimera;
 La espada en pedazos,
 La banda en jirones y mustio el emblema,
 —¡Voy al Graal del olvido y la muerte! —
 Mis labios contestan,
 Y aun los vientos, que cruzan el río,
 Me hablan de los largos cabellos de Elsa.

¡La ilusión, el jazmín de los cielos,
 No enflora en la tierra,
 Y los cisnes, que son esperanzas,
 Doloridas las alas, regresan!

¡Tiene hoy, madre, la lúgubre góndola
 Contornos y líneas de caja funérea!

¡Están, hoy, muy opacos los cielos!
¡Hoy cruzan el río muchas hojas secas!
 Hoy, madre, las plumas
 Que el casco cimbrean,
Y que bañan las últimas luces
 Del sol de las puestas,
¡No son ya de color de esmeralda!
¡Las plumas del casco son negras, muy negras!

“EL LIBRO DE LAS RIMAS”

ULTIMO ARPEGIO

¡Yo soy la muchedumbre, la muchedumbre santa,
La que sus penas llora, la que sus gozos canta
Con un vocabulario sencillo y familiar!

¡Soy el clavel rasgado de púrpura vestido,
La cavatina agreste del tordo renegrido,
Y el dúo de guitarras del baile popular!

¡No he sido simbolista, ni he sido decadente;
Mi musa es una musa que su trigueña frente
Adorna con fragantes ramitos de cedrón!

¡La décima es la rima donde a mis anchas vuelo,
Porque es la que se escucha, cuando atardece el cielo,
Junto al ombú rugoso del rancho de terrón!

¡Mi numen, que es plebeyo, con lo plebeyo goza,
Y vive con la turba, que ríe y que solloza
Sin disimulos torpes, con espontaneidad!

¡Compongo mis endechas, sin lauro y sin mañana,
Como el jilguero trina, como la fuente mana
Y como el sol esparce su roja claridad!

¡No entiendo de clausuras en torres de marfiles,
Ni danzo en los bailables de rimas señoriles,
Ni busco en nuestros libros vocablos de excepción!

¡Mi musa no es ni diosa, ni emperatriz, ni dama;
Vestida de percales, que huelen a retama,
Mi musa es una obrera con mucho corazón!

“EL LIBRO DE LAS RIMAS”

EL ETERNO DIALOGO DE VERONA

(En el álbum de mi esposa)

- †—La noche está callada,
 Callada como nunca y como nunca azul;
 Las estrellas, que lucen tras la verde enramada,
 Son los ojos de fuego de una ondina embozada
 En el chal de las olas!
 —¡Cada rama es un tul!
- Amame!
 —Si te amo!
 —Hasta dónde?
 —Hasta el cielo!
 —Con pasión?
 —Con pasión!
 Desde niña soy tuya!
 —Yo también con anhelo...
 —Ya lo sé.
 —No lo sabes... te codicio y te celo
 ¡Sufro sed de tu boca sobre mi corazón!
 —Hay un himno en los árboles.
 —Es mi amor que te aclama.
 —Una estrella se ríe.
 —Desvarías, mi bien:
 Esa estrella es tu aliento que se azula, se inflama,
 En el nido gorjea, en la flor embalsama
 Y le dice a mi espíritu: Hazte fúlgido y vén!
 —Cómo subes!
 —Te adoro!
 —Me da celos la estrella!

- Eres tú!
 —Cómo brilla!
 —Con divino esplendor!
- Es muy triste.
 —Muy triste!
 —Es muy bella.
 —Muy bella!
- Así en mi alma fulgura de tu imagen la huella:
 ¡Hermosa, pero triste, lo mismo que el amor!
- Un cuento... dime un cuento.
 —Silbaban en el monte
- Dos tordos...
 —Hace mucho?
 —El día en que te amé!
- La luna plateada brilló en el horizonte...
 —Los tordos tarareaban versos de Anacreonte...
 —Mis ojos te miraron...
 —¡Y en ellos te besé!
- Me quema, desde entonces, el beso que me diste.
 —Aquel beso me abrasa los labios sin cesar.
 —Brillamos, desde entonces, como esa estrella triste.
 —La luz que me consume...
 —La luz que en mí pusiste...
 —No pueden apagarla las olas de la mar.
- Un beso es una llama!
 —Es una luz radiante
- Que no se vé!
 —Que brilla dentro del corazón!
 —El mío resplandece y arroba en tu semblante!
 —El tuyo está en mis ojos!
 —El beso es el diamante
- Del broche del vestido azul de la Ilusión!

—Se azula el horizonte!

—La claridad aumenta!

—Adiós!

—Adiós!

—Escucha! —

—Qué quieres

—Besamé!

—El beso es como el óleo que aviva y alimenta
Las amorosas ansias!

—La luna amarillenta

Se hundió tras de los sauces!

—Jamás te olvidaré!

Así se hablan, mi vida, tu corazón y el mío X
Cuando la luna argenta las noches de zafir:
¡El fuego de tus ojos me rinde al albedrío,
Y son los labios tuyos dos rosas del estío
Rimadas por las musas del inmortal Shakspir!

Así se hablan los ritmos de nuestros corazones
Cantando el dúo eterno del veronés balcón:
¡Oh numen que me inspiras las últimas canciones,
Has sido la más bella de todas mis visiones,
Más bella que las damas de Lope y Calderón!

Te quiero como siempre y adoro en tu hermosura
Que es gracia y armonía, perfume y claridad:
La Helena de mi Homero era una Helena impura
Y tú tienes, mi Elena, del lirio la blancura,
Lo nárdeo de las alas de la Inmortalidad!

“EL PAÍS DEL TRÉBOL” *

* De “EL PAÍS DEL TREBOL”, sólo existe la primera edición de 1913.

EL BESO ERRANTE

Llegué muy tarde;
Me hallaba lejos;
¡Nunca, en la vida,
Se llega a tiempo!
Pasé una noche
Mirando al cielo;
¡Sombras y sombras!
¡Todo era negro!
¡Al fin el alba
Tendió los flecos
De sus vislumbres
De perla y fuego!
¡El tren corría
Lento, tan lento,
Que la impaciencia
Rompió mis nervios,
Y anonadado,
Lívido, tétrico,
Como un cadáver
Hice el trayecto!
¡Todos lloraban
Junto a su cuerpo!
¡Junto a la nieve
De sus cabellos!
¡Junto a los labios
Que me nutrieron
Y en que aún latía
Su último beso!
¡Ay! por doquiera
Que el paso llevo,
Llueva y granice,
O azule el véspero

Y el aire puro
Rompa en chispeos;
 Bajo la luna
Y el sol de fuego,
En mis vigiliass,
Llenas de espectros,
Y cuando logra
Rendirme el sueño,
 ¡Siempre en el fondo
De mi cerebro,
Oigo el chasquido
Tenaz del beso
De aquella boca
Que era un concierto
De arrullos dulces
Y santos rezos!

* * *

 ¡Es que era el último
Beso aquel beso
Que me guardaban
Y no me dieron
De aquella mártir
Los labios secos!
 ¡Es que en mi alma
Como un lamento,
Como un sollozo
Suenan tus ecos,
Beso flotante,
Fúnebre beso.
Que en torno mío constantemente
Tocas a muerto!

“EL PAÍS DEL TRÉBOL”

DE LA VIDA

Y bien, ha resbalado! Libre, harapienta,
 Iba vendiendo flores de calle en calle;
 Nacida entre negruras, se crió hambrienta
 Con el tórax hundido y endeble el talle.

Creció junto a un alcohólico vendiendo flores,
 Y lo mismo que todos, igual que todas
 Oyó al clavel bermejo de los amores
 Cantarle una hechicera canción de bodas.

¡Ha resbalado, es cierto, la pobrecita!
 ¡Es natural y justo que resbalara!
 ¡Desde muy pequeñuela se halló solita
 Con hondas palideces sobre la cara!

¡Iba vendiendo flores y la adularon,
 Con embustes de gloria la adormecieron,
 Con promesas de dicha la fascinaron,
 Y se enredó en las mallas que la tendieron!

¡Si hay un crimen, el crimen no es cosa suya!
 ¡Es del padre beodo y olvidadizo!
 ¡Es del amor, del canto, de la aleluya
 Que al óleo de las flores mezcló su hechizo!

Y ved, aunque solloce de arrepentida,
 Aunque todos la traten como culpada,
 ¡El amor sin virtudes que halló en la vida
 Aún azul lo negro de su mirada!

Y en tanto el padre jura con desvarío
 Y las vecinas hablan de lo pasado,
 ¡Ella siente el vacío, todo el vacío
 De la ausencia del hombre que la ha engañado!

“EL PAÍS DEL TRÉBOL”

¡CORONAD A GUIDO!

¡Cercad, cercad con orla de laureles
La cabellera del cantor de Amira!
¡Dad a esa musa, que se sangra en mieles,
Un gran montón de rosas y claveles
Para que guarde su cansada lira!

¡Dad a la noche del ilustre anciano
La luz del sol del inmortal mañana,
Y entrelazad a su cabello cano
Una corona de perfume indiano
Tejida en vuestra selva americana!

Boyero que nació en vuestros hogares
Poblando con sus trovas matutinas
Vuestros hermosos bosques de palmares,
Bien merecen sus dúlcidos cantares
Una ofrenda de palmas argentinas!

Una beldad gentil, de tez morena,
Corone al prócer de la ciencia gaya,
Y le recuerde la beldad serena
Por él vista al pasar, rústica y buena,
Bajo los pliegues de su corta saya!

Fue dulce el ruiñeñor, el inspirado
A quien ya el frío de la noche invade,
Y cantaba lo mismo que han cantado
El boyero del numen de Obligado
Y el clarín de la Atlántida de Andrade!

¡Tejed, tejed con ramas de laureles,
De Nenia al trovador, un dulce nido
Que aromaticen sus postreras mieles!
¡Bajo un monte de nardos y claveles
Guardad el arpa celestial de Guido!

“EL PAÍS DEL TRÉBOL”

D I O S

¿Dios, vuestro Dios, bendice al que batalla
Por los negros que la dicha explota,
O está Dios en el grupo que derrota
Al porvenir con rayos de metralla?

¿Dónde está Dios? ¿Está con el que calla
Cuando siente la fusta que le azota,
O Dios está con el pendón que flota
Del fortín de lo humilde en la muralla?

¡Todos nombráis a Dios! ¡El sacerdote
Sin caridad, el rico sin cordura,
La virtud que se vende, el juez perjuro!
¡Dios se va convirtiendo en un azote,
Y huyen de Dios los astros de la altura
Porque Dios los aparta del Futuro!

“EL PAÍS DEL TRÉBOL”

LA RESPUESTA DEL INDIO

¡Héroes de blanca tez, en cuyo instinto
Ruge el instinto del coyote fiero,
Y que zahumáis vuestro cortante acero
En las ramas en flor del teberinto!

¡Héroes de blanca faz, que en sangre tinto
Movéis adustos vuestro airón guerrero,
En nombre del que muere en el madero
A cuyos pies se postra Carlos Quinto!

A vuestro Dios, que se hunde en la sombría
Noche sin fin, doliente y lacrimoso
Como las corzas que mi flecha hería,
¡Prefiero el Sol, el Sol esplendoroso
Que al quetzal ciñe su copete airoso
Y con más luz renace cada día!

“EL PAÍS DEL TRÉBOL”

EN NAVIDAD

—Noche buena, noche buena, —
Alegres los niños cantan,
En tanto que a mí esta noche
Me parece noche mala.
 ¡Fue en este mes, en el mes
Del turrón y las castañas,
En el mes del tamboril
Y el guitarro y la dulzaina!
 ¡Fue en este mes, en el mes
Tan dulce a la catalana
Que adoró en las navidades
De las ferias de la Rambla!
 ¡Pasa de largo, gaitero,
Que los sones de tu gaita
Ya en mí no suenan a gloria
Como a gloria me sonaban
Cuando la voz de mi madre,
Mitad risa y mitad lágrimas,
Me cantó, en la noche buena,
Los villancicos de España!

Noche buena, noche buena,
Que de luces coronada
Das alegría a los niños
Y borlones a las cardas,
Das ensueños a las vírgenes
Y apolicromas las dalias,
¡Acércate a su sepulcro,
Y rompiendo su mortaja,
Infunde vida a los ojos
Adorados de mi santa,

Y haz que se mezcle al bullicio
De las verbenas doradas,
Donde al compás de los ecos
Morunos de la guitarra,
Mozas y mozos se cimbran
Bailando bailes de España!

Pero no, no la despiertes;
Déjala dormir en calma;
No desgarres su sudario,
Ni des luz a sus miradas.
¡Una madre, sin los hijos
Engendro de sus entrañas,
Hasta en mitad de la gloria
Siente que todo le falta,
Porque siente, como yo,
Que sollozan y no cantan
Los gitarros que rasgúan
Entre cintas y entre albahacas,
Entre zumbas y requiebros,
Los villancicos de España!

Pesebre, en cuyo portal
Se detuvo la fantástica
Luz de la estrella que brilla
Más que la luz meridiana;
Pesebre donde una noche,
Tan serena como blanca,
Rindieron su adoración
Los tronos y las cabañas
Al que la cruz de Espartaco
Hizo triunfar en las Navas
Y puso sobre la púrpura
Del indio sol de Atahualpa;

Pesebre donde una madre,
Con su príncipe en la falda,
Por todas las madres ruega
Y el canto de todas canta,
¡Si das a todos los huérfanos
La impresión que a mí me causas,
No es de extrañar que te cubra
La nieve que lenta baja
Y que en remolinos rueda
Del olivar por las ramas!
¡Esa nieve de los huérfanos
Se apiña sobre las almas,
Pensando que nunca, nunca,
Nunca la voz adorada,
Mecerá sus navidades
Con villancicos de España!

“EL PAÍS DEL TRÉBOL”

MONTEVIDEO

Huerta de flores donde he nacido,
Cesto de palma donde hacen nido
Los puros ibis de mi deseo,
 ¡Bendita sea
 La luz febea
Que en tus cristales chisporrotea,
Rubí y topacio que te hermosea,
Oro del cofre de tu trofeo,
Cardenal indio que canturrea
Tus alabanzas, Montevideo!

 Cuando la dulce melancolía
Me canta tristes, señora mía,
Y en el columpio me balanceo
 De su canción,
¡Sobre la tarde flotar te veo!
¡Tu nombre arrulla mi corazón!
¡Eres Julieta, yo soy Romeo,
Y en los balcones de la ilusión,
Donde hay capullos de grana y de oro,
Donde hay un mirlo y hay un gorjeo,
 Te hablo y te adoro,
 Montevideo!

 Cuando las noches de la amargura
Encresponeen la lumbre pura
De tu zafíreo sol de himeneo,
Piensa, señora, que la armonía
De la guitarra de mi rondeo
Es sólo tuya, por ser muy mía!
¡Piensa, Eurídice, que soy Orfeo,
Y que en las salves con que te canto

Los monstruos domo, y el mal espanto,
Y el norte azulo, Montevideo!

Ave marina junto a las olas,
Envuelta en ritmo de barcarolas,
Eres bordada torre moruna,
Catedral goda de cien calados,
Cuando en tu cielo vierte la luna
Sus resplandores anacarados;

Y así te veo,
Sultana mía,
Y de sus luces al centelleo,
—Jarrón de esencias, telar del día, —
Te envío el alma con el fraseo
Arabe y goda de la armonía
De mis estrofas, Montevideo!

Exporta, rima, produce, avanza,
Robusta y libre, proba y valiente,
Ciudad en que el numen de la esperanza
Verdea lauros para tu frente.
¡Oh ciudad mía del aire puro,
Ríe y riendo corre al futuro!
Oh dulce reina de mis amores,
Morisco y aéreo jarrón de flores,
¡Sé en tus campiñas, gentil payesa!
¡Sé en tus festines, noble princesa!
¡Sobre tus playas sé el manoteo
Ágil y alegre de la bañesa;
Y sé si ofenden tu gallardía,
Ciudad sin nubes, tigre del monte
Que acopla troncos, que zarzas cría,
Y aguza el grito del venteveo
Cuando el churrinche de tu horizonte
Se hace más rojo, Montevideo!

Cesto de flores donde he nacido,
Huerta moruna que se retrata
Coquetamente sobre el bruñido
Espejo undoso del ancho Plata,
¡Arrulla, sueña, zurce y labora
Como una avispa trabajadora,
Y de los mundos en el torneo
Luce valiente tu gallardeo!
 ¡Mirra y harpeo,
Imponte y triunfa batalladora,
Si es indudable, como yo creo,
Que en tus jardines teje la aurora
De los futuros el centelleo!
Bajo la lumbre que te enamora
Con los topacios de su chispeo,
 Siempre y ahora,
Mientras el mundo su balanceo
Rime en los golfos de lo estrellado,
Bendita seas, madre y señora!
¡Bendito seas, vergel cerrado,
Balcón del alba, mi idolatrado
Montevideo!

“EL PAÍS DEL TRÉBOL”

A LA SIEMPRE BENDITA

¡Ya nunca más, mi viejecita santa,
Te veré de tu patio entre las flores,
Cuando el himno triunfal de sus colores
La luz estiva en los rosales canta!

¡Para siempre sin ti! ¡Ya en mi garganta
Pueden clavar sus flechas los dolores!
¡Contigo huyó el amor de los amores,
El amor que bendice y que levanta!

¡Bien estás donde estás! ¿Qué lograrías
Si nuestra inútil lucha compartieras?
¡Ni al hijo que se fue besar podrías
Por mucho llanto, oh madre, que vertieras,
Ni al hijo que quedó devolverías
La escolta de sus jóvenes quimeras!

“EL PAÍS DEL TRÉBOL”

EL PAIS DEL TREBOL

En la América española
Hay un pedazo de tierra
Que su pabellón de guerra
Sin una mancha tremola;
En su cielo de amapola,
Como el copete imperial
Del índico cardenal,
Se viste de grana el día...
¡Esa es mi tierra! ¡la mía!
¡Mi dulce tierra oriental!

Edén de rosas sembrado,
Y cuyos helechos de oro
Tiemblan al zumbo sonoro
Del colibrí esmeraldado;
Edén que cruza el sagrado
Alerta del terutero,
Y donde entona el pampero,
Cuando sacude los talas,
Las varoniles escalas
De su cántico guerrero.

Edén en donde el ñandú
Hila su agudo silbido,
Y donde teje su nido
El zorzal en el ombú;
Donde el fúlgido tisú
De sus alas primorosas
Agitan las mariposas
Sobre el clavel de carmín
Y sobre el blanco jazmín
De esencias maravillosas.

Edén de amor donde el río,
A los golpes de la lluvia,
Cria la tortuga rubia
Y el cañaveral bravío;
Donde, sobre el praderío,
El ágil venado ostenta,
En su añosa cornamenta,
El dibujo de una lira,
Y donde arrullos suspira
La torcaza cenicienta.

Este vergel seductor,
Este jardín adorado,
Está tejido y sembrado
Con trébol de buen olor;
Trébol luce en su verdor
La serranía crestada,
En los valles acostada
Tiende el trébol su verdura,
Y hay trébol hasta en la dura
Maleza de la cañada,

Tierra de trébol es tierra
Que hierve como el cristal
Saltador del manantial
Despeñado de la sierra;
Por eso mi edén encierra,
En sus llanuras triunfales,
La luz donde los trigales
Cobran tintes de oro viejo
Y en que se ensangra el bermejo
Capullo de los ceibales.

En la América española
Hay un vergel perfumado
Que el símbolo immaculado
De lo porvenir tremola;
En su cielo de amapola,
Más rojo que el imperial
Copete del cardenal,
Nació la lumbré del día...
¡Esa es mi patria! ¡la mía!
¡La dulce patria oriental!

“EL PAÍS DEL TRÉBOL”

PANCHO BICUDO

I

La historia de la patria, la nacional historia
Es una enorme lira de penetrante son;
Un órgano en que escribe la mano de la gloria
La endecha más ardiente de su inmortal canción.

En todas las cuchillas del pago bendecido
Donde el pampero encrespa las plumas del ñandú,
Donde los molles mueven del cardenal el nido,
Donde la tarde engrana la copa del ombú;

En todas las cuchillas del pago que verdea
Lo mismo que las olas del fragoroso mar,
Hay un clarín que tañe sus himnos de pelea,
Hay un clarín que nunca se cansa de vibrar.

Es el clarín, oh madre, de aquellas tradiciones
En que a ponchazo y chuza, tu montonera fiel
De los obuses pórtugos buscaba en los armones
Un sol para tu olímpica corona de laurel.

Todo en aquellas horas de intrépido coraje
Luchó devotamente por nuestra libertad;
¡Las cumbres, los bañados, y hasta el corcel salvaje
Tienen derecho al culto de la posteridad!

¡Todo, desde los montes donde fecunda tejes
En torno de los árboles, las mallas del cipó,
Hasta de las carretas los ferrugientos ejes
Que crujen bajo el rico botín de Ituzaingó!

II

¿Recuerdas, madre mía, que te sirvió de escudo
Aquel heroico pecho que modelaste tú
El alma del soldado vencido en Paysandú?
Para albergar el alma valiente de Bicudo,

¡Dos veces, sí, dos veces, nuestra ciudad homérica,
Nuestra ciudad indómita, nuestra ciudad pujil,
Entre el respeto unánime de la asombrada América,
Sintió sobre sus hombros las uñas del Brasil!

Setenta campesinos de tu legión sagrada
Descienden desde el norte con lentitud marcial;
Quinientos veteranos les siguen la pisada;
¡Cuando el trabuco falte comenzará el puñal!

Llegado junto al río, Bicudo se detiene;
De Paysandú en las torres se cimbra tu pendón;
Y tus jaguares luchan con el tropel que viene
Cantando las fosfóricas canciones del cañón.

Las albas opalinas, los oros de las puestas,
Las noches con sus lunas de dulce fulgidez,
Te dicen cuando enfloran el trébol de tus cuestras:
—¡Los tuyos son muy pocos, más pocos cada vez!

En los horribles choques del entrevero rudo
El capitán glorioso la sepultura halló;
Pero sobre el cadáver helado de Bicudo,
¡La muerte canta el himno triunfal de Ituzaingó!

III

Sin jefe los soldados, con el fusil hendido,
Se agrupan sobre el muro que asalta el portugués:

¡Cien veces victorioso, cien veces repelido,
En los tapiales nunca logra clavar los pies!

Los vientos gritan — ¡Patria!— cuando la aurora empieza;
Tus campesinos — ¡Patria!— gritan al expirar,
Y — ¡Patria!— por las noches la luna con tristeza
Grita sobre los tumbos del río como mar.

¡El pórtugo se adueña de la ciudad sitiada!
¡Sesenta y tres cadáveres alfombran el bastión!
¡Sesenta y tres soldados de tu legión sagrada
Y era setenta el número de tu viril legión!

¡Los otros siete, patria, de aquellos inmortales,
Los otros siete tigres del escuadrón marcial,
Sangrientos, cancerosos, sin filo en los puñales,
¡Aún hipan bajo el paño del tricolor cendal!

Sobre los héroes trágicos tu pabellón agitan
Los vientos de tus noches de fúlgido zafir.
¡El porvenir se acerca! — los matorrales gritan,
Y cantan los arroyos: — ¡Se acerca el porvenir!

Vencieron los vencidos, — les dice a los cocuyos
El bosque que sacude su matorral punzó,
¡Y con la sangre heroica de los ochenta tuyos
Fabrican nuestros astros la luz de Ituzaingó!

“EL PAÍS DEL TRÉBOL”

155933

[163]



INDICE

	Pág.
PRÓLOGO	VII
Biografía	XXIX
Criterio de la edición	XXX
SELECCIÓN DE POESÍAS	1
A la memoria del poeta	
Adolfo Berro	3
La visión charrúa	6
Sinfonía Montés	11
I. Invocación	11
II. El Aguila	12
III. El tordo	13
IV. El buitre	15
V. El churrinche	16
VI. El boyero	18
VII. La calandria	19
VIII. El pecho amarillo	21
IX. El colibrí	22
X. La garza	25
XI. El chingolo - Las flores	26
XII. El zorzal	30
XIII. El teru-teru	31
XIV. La mulita	33
XV. La viuda	34
XVI. La golondrina	36
XVII. Strix Flammea	37
XVIII. El cardenal	40
XIX. Los árboles	41
XX. El poeta	44
Carta de ciudadanía	45
Artigas	47
Sin título	67
Los redomones	68
Las dos invasiones	73
A ti	84
En el camalote	85
La guitarra	86
Alejandro Magariños Cervantes	92

La siesta	95
Andresillo	97
A solas	102
Amer Bei Dier	103
Himno a la luz	105
Medio evo	107
Las doce	110
Indra	113
A ella	115
Fides	117
Por todos los caídos	118
25 de Agosto	120
A Don Quijote	121
Pasión agonizante	122
Loreley	123
El cipó	125
El sauce	126
El maíz	129
La cruz del sur	132
Las Piedras	133
Lohengrin	137
Ultimo arpegio	140
El eterno diálogo de Verona	141
El beso errante	144
De la vida	146
¡Coronad a Guido!	147
Dios	149
La respuesta del indio	150
En Navidad	151
Montevideo	154
A la siempre bendita	157
El país del trébol	158
Pancho Bicudo	161

VOLUMENES PUBLICADOS

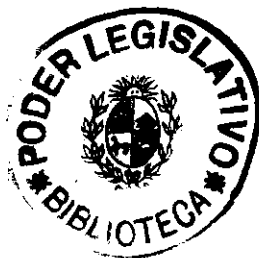
1. — Carlos María Ramírez: ARTIGAS.
2. — Carlos Vaz Ferreira: FERMENTARIO.
3. — Carlos Reyles: EL TERRUÑO y PRIMITIVO.
4. — Eduardo Acevedo Díaz: ISMAEL.
5. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES.
6. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA.
7. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo I).
8. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo II).
9. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS LITERARIOS.
10. — Sansón Carrasco: ARTÍCULOS.
11. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS CONSTITUCIONALES.
12. — José P. Massera: ESTUDIOS FILOSÓFICOS.
13. — El Viejo Pancho: PAJA BRAVA.
14. — José Pedro Bellan: DOÑARRAMONA.
15. — Eduardo Acevedo Díaz: SOLEDAD y EL COMBATE DE LA TAPERA.
16. — Alvaro Armando Vasseur: TODOS LOS CANTOS.
17. — Manuel Bernárdez: NARRACIONES.
18. — Juan Zorrilla de San Martín: TABARÉ.
19. — Javier de Viana: GAUCHA.
20. — María Eugenia Vaz Ferreira: LA ISLA DE LOS CÁNTICOS.
21. — José Enrique Rodó: MOTIVOS DE PROTEO. (Tomo I).
22. — José Enrique Rodó: MOTIVOS DE PROTEO. (Tomo II).
23. — Isidoro de María: MONTEVIDEO ANTIGUO. (Tomo I).
24. — Isidoro de María: MONTEVIDEO ANTIGUO. (Tomo II).

25. — Daniel Granada: VOCABULARIO RIOPLATENSE RAZONADO. (Tomo I).
26. — Daniel Granada: VOCABULARIO RIOPLATENSE RAZONADO. (Tomo II).
27. — Francisco Xavier de Viana: DIARIO DE VIAJE. (Tomo I).
28. — Francisco Xavier de Viana: DIARIO DE VIAJE. (Tomo II).
29. — León de Palleja: DIARIO DE LA CAMPAÑA DE LAS FUERZAS ALIADAS CONTRA EL PARAGUAY. (Tomo I).
30. — León de Palleja: DIARIO DE LA CAMPAÑA DE LAS FUERZAS ALIADAS CONTRA EL PARAGUAY. (Tomo II).
31. — Pedro Figari: ARTE, ESTÉTICA, IDEAL. (Tomo I).
32. — Pedro Figari: ARTE, ESTÉTICA, IDEAL. (Tomo II).
33. — Pedro Figari: ARTE, ESTÉTICA, IDEAL. (Tomo III).
34. — Santiago Maciel: NATIVOS.
35. — Alejandro Magariños Cervantes: ESTUDIOS HISTÓRICOS, POLÍTICOS Y SOCIALES SOBRE EL RÍO DE LA PLATA. (Tomo I).
36. — Alejandro Magariños Cervantes: ESTUDIOS HISTÓRICOS, POLÍTICOS Y SOCIALES SOBRE EL RÍO DE LA PLATA. (Tomo II).
37. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTIGAS. (Tomo I).
38. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTIGAS. (Tomo II).
39. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTIGAS. (Tomo III).
40. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTIGAS. (Tomo IV).
41. — Juan Zorrilla de San Martín: LA EPOPEYA DE ARTIGAS. (Tomo V).
42. — Juana de Ibarbourou: LAS LENGUAS DE DIAMANTE.
43. — Eduardo Dieste: TESEO - LOS PROBLEMAS DEL ARTE.
44. — José Enrique Rodó: ARIEL Y LIBERALISMO Y JACOBI-NISMO. (En prensa)
45. — Mateo Magariños Solsona: PASAR.
46. — Héctor Miranda: LAS INSTRUCCIONES DEL AÑO XIII. (Tomo I).

47. — Héctor Miranda: LAS INSTRUCCIONES DEL AÑO XIII.
(Tomo II).
48. — Martín C. Martínez: ANTE LA NUEVA CONSTITUCIÓN.
49. — José P. Varela: OBRAS PEDAGÓGICAS. LA EDUCACIÓN DEL PUEBLO. (Tomo I).
50. — José P. Varela: OBRAS PEDAGÓGICAS. LA EDUCACIÓN DEL PUEBLO. (Tomo II).
51. — José P. Varela: OBRAS PEDAGÓGICAS. LA LEGISLACIÓN ESCOLAR. (Tomo I).
52. — José P. Varela: OBRAS PEDAGÓGICAS. LA LEGISLACIÓN ESCOLAR. (Tomo II).
53. — Eduardo Acevedo Díaz: NATIVA.
54. — Eduardo Acevedo Díaz: GRITO DE GLORIA.
55. — Carlos Roxío: SELECCIÓN DE POESÍAS.



Este quincuagésimo quinto volumen de la Colección de Clásicos Uruguayos fue impreso para la BIBLIOTECA ARTIGAS del Ministerio de I. Pública por los Talleres Gráficos Barreiro y Ramos S. A. Se terminó de imprimir en Montevideo, a los 24 días del mes de Noviembre de 1964.



SELECCION
DE POESIAS